

EL NÚMERO CUARENTA

Con este número estamos completando 40 ediciones de la revista “Aguas Vivas”. Como sabemos, este número es muy significativo en las Escrituras. Es número de “prueba, examen y ensayo” – como ha dicho Hartill. Para nosotros este tramo del tiempo en que la hemos estado publicando, creemos que por encomienda de Dios, esta revista, ha sido también eso – prueba, examen y ensayo.

Literalmente, hemos sido probados, hemos estado rindiendo un gran examen y estamos siendo ensayados – aprendiendo, para prestar, tal vez en el futuro, si la gracia del Señor nos asiste, algún verdadero servicio al Señor. Han sido años difíciles a causa de la torpeza de nuestro corazón, que no ha estado siempre afinado al propósito original del Señor; han sido también tiempos en que la misma palabra compartida se ha vuelto contra los que la comparten – cual espada de dos filos–, en busca de un eco real en su experiencia de vida, ocasionando a la vez agonía y gozo.

Lo que comenzó como una publicación de carácter restringido para unos pocos hermanos en Chile, se amplió casi de la noche a la mañana, hasta límites impensados. El Señor nos ha honrado sobremanera al conocer a la distancia a muchos hijos de Dios en casi todo el planeta. Mucha ayuda hemos encontrado en el Cuerpo de Cristo; muchos hermanos diseminados en Chile y por todo el mundo, con sus oraciones, su palabra y sus aportes, nos han alentado para seguir, cuando ya no quedaban fuerzas. Muchos valiosos colaboradores se han sumado a esta tarea. Gracias a Dios por cada uno de ellos.

Así que ahora, al entregar este nuevo número al pueblo de Dios, rogamos al Señor que la use para confirmar la fe de su pueblo, para llevar consuelo y luz, y rogamos también que nos permita en el futuro servirle mejor, con mayor pureza y excelencia, con más abnegación y santidad – aunque nuestras pobres vidas sean consumidas en la tarea.

En este número, ponemos a disposición de nuestros lectores cuatro de los diez mensajes que fueron impartidos en nuestra Segunda Conferencia Internacional, en septiembre de 2005, bajo el lema “La Restauración del Testimonio de Dios”.

Para la gloria de nuestro Dios y Padre, y de su Hijo Jesucristo.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / AÑO 7 · Nº 40 · JULIO - AGOSTO 2006

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

Nace la religión del futuro

Las religiones del mundo se rinden ante el altar de la ciencia.

Ricardo Bravo M. 5

TEMA DE PORTADA

El cimiento de la obra de Dios

Sin el cimiento de Dios no hay edificación de Dios.

Eliseo Apablaza 12

La restauración del testimonio de Cristo

La iglesia debe despojarse de todo lo terrenal para expresar todo lo que Cristo es. *Rodrigo Abarca* 21

La ciudad de Dios

La iglesia tiene un glorioso destino final, pero un gran desafío en el presente. *Rubén Chacón* 31

Las lágrimas de la restauración

La historia de la restauración está regada con las lágrimas de los restauradores. *Gonzalo Sepúlveda* 38

LEGADO

La total suficiencia de Cristo

La incertidumbre en que viven muchos cristianos se debe a no haber recibido un Cristo pleno. *C. H. Mackintosh* 47

Recibiendo la carga del Señor

Antes de intentar hacer la obra de Dios debemos recibir la carga de Dios. *T. Austin-Sparks* 59

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Precursor de la vida interior

Semblanza de Miguel de Molinos 64

Los priscilianos

El precio del testimonio de Cristo. *Rodrigo Abarca* 71

ESTUDIOS BÍBLICOS

Bosquejo de 1 y 2 de Samuel. <i>A. T. Pierson</i>	77
El Tesoro de David Estudiando los Salmos con C. H. Spurgeon	79
Viendo a Cristo en la Iglesia Un estudio de la Epístola a los Efesios. <i>Stephen Kaung</i>	84
Los nombres de Cristo El Verbo de Dios. <i>Harry Foster</i>	95

BIBLIA

Los números en la Biblia. El número «50»	97
Preguntas & Respuestas	98
¿Cuánto sabe de la Biblia? Ponga a prueba sus conocimientos bíblicos	101

APOLOGÉTICA

En busca de Dios Evidencias y pruebas de la existencia de Dios. <i>Watchman Nee</i>	103
---	-----

REPORTAJES

«Esto vino de Mí» Testimonio de Alice Yuan, una de las mujeres olvidadas de la iglesia sufriente. <i>Anneke Companjen</i>	112
--	-----

SECCIONES FIJAS

Citas Escogidas	11
Maravillas de Dios	46
Bocadillos de la Mesa del Rey	63
Joyas de Inspiración	76

* * *

Foto de portada: «*Jardín Botánico, Curitiba (Brasil)*»
Todas las imágenes de esta edición, a excepción de las páginas 64 y 112
corresponden al mismo lugar de la foto de portada.

Las religiones del mundo se rinden ante el altar de la ciencia.

Nace la religión del futuro



Ricardo Bravo M.

El máximo exponente de la literatura francesa actual, Michel Houellebecq, señalaba hace poco tiempo que ya comienza a tomar cuerpo un nuevo tipo de religiosidad, principalmente en Occidente, la cual se encuentra ligada a los avances científicos. En una entrevista periodística que se le hiciera a este escritor a fines del año pasado, con motivo de la publicación de su libro titulado «*La posibilidad de una isla*» (2005), ante la pregunta de si las sectas de hoy irían a ser las religiones del mañana, éste respondía: «*Aquellos grupos que conectan las esperanzas trascendentes con la ciencia están llamados a sustituir a los actuales*

monoteísmos. Nietzsche ya mostró que la ciencia, en sí misma, está henchida de religiosidad. La religión del futuro será científica». Houellebecq agrega que para escribir este libro, se documentó mucho sobre las sectas y finalmente, escogió «la más inteligente», la secta de los raelianos (secta que promueve la obtención de la inmortalidad por medio de la clonación). Agrega que la escogió porque «*está más adaptada a los tiempos modernos, a la civilización del ocio, porque no impone condenas morales, sino que, sobre todo, se centra en prometer la inmortalidad*».

Al considerar esto último, se podría pensar que estas ideas, algo fuera

de norma, son acogidas sólo por algunos pocos, pero al saber que este libro ha batido récord económico en Europa desde sus inicios y ha estado como número uno en las listas de mayores ventas por largo tiempo desde su aparición, entonces se ha de pensar necesariamente que esta nueva tendencia está siendo tomada en serio. Y es que la ciencia (y su brazo tecnológico) está inmersa en cada actividad humana de la vida actual, adquiriendo con ello rasgos inequívocos de omnipresencia, además de presentarse como la creadora del bienestar humano, con soluciones tecnológicas para casi todos los problemas, con la medicina sanando enfermedades, por difíciles que éstas sean. Todo esto le otorga a la ciencia cierto semblante de omnipotencia, además de mostrarse como portadora de esperanzas a futuro. ¿Que más se le puede pedir a una religión?

Evidencias de la nueva religión

Para validar este análisis, ante los eventuales ya ‘convertidos’ a esta nueva religión, se requiere de alguna investigación científica y de una pregunta enmarcada en el mismo sentido: ¿Con que evidencias científicas se cuenta, que nos permitan al menos inquietarnos con la influencia del desarrollo científico en el pensamiento religioso de la sociedad actual?

Un reciente estudio llevado a cabo en España, denominado CRECE (Comisiones de Reflexión y Estudio de la Ciencia en España 2005), buscó sintetizar y debatir evidencias objetivas a partir de las percepciones de la ciencia que tiene la sociedad española. Entre las conclusiones de este estudio

destacan al menos dos aspectos muy relevantes y sintomáticos de la relación entre la ciencia y pensamiento de la sociedad contemporánea. En primer lugar, el estudio revela que la mayoría de la gente entrevistada le concede una enorme autoridad a la ciencia, a pesar que sabe muy poco de ella.

En segundo lugar, se puede concluir de este estudio europeo que la ciencia goza de la más alta credibilidad por parte de la población, aún por encima de otras actividades humanas, viéndola como una panacea capaz de resolver casi todos los problemas que se presenten, por difíciles que éstos sean. En un foro posterior realizado a través de Internet para comentar este estudio, uno de los participantes señalaba: «*Tenemos bienestar médico y tecnológico hoy día gracias a la ciencia y los científicos. Esas personas son nuestros dioses. Nuestra religión debería de ser la ciencia. Y CREER en ella*» (el énfasis de las mayúsculas es de origen).

En Chile no estamos tan lejos de esta tendencia, y la percepción de la gente cotidiana es parecida. Ante una pregunta periodística realizada a jóvenes que asoleaban su piel a mediodía en las playas de Viña del Mar en el pasado verano (hora en que la radiación Ultra Violeta es más perjudicial), éstos respondían que no renunciarían a una piel bronceada, aún estando latente la posibilidad de desarrollar algún tipo de cáncer cutáneo, porque estaban seguros que la ciencia descubriría en algún momento la cura para este mal. Esta respuesta revela una confianza ciega en la tecnología médica, aunque el periodista les señalase

previamente que, en promedio, la población juvenil de 18 años ya ha acumulado en su cuerpo entre el 50% y 80% de la radiación solar que debiera haber acumulado en toda su vida, y que el cáncer a la piel según un estudio dermatológico hecho por la Universidad de Chile, ha aumentado en más de un 100% entre 1992 y 2001 (Zemelman, 2002).

Esta es una paradoja realmente extraordinaria. El que, por un lado, se le dé a la ciencia una gran autoridad y credibilidad; y, por otro, el que se sepa poco o nada acerca de ella, como releva el estudio europeo.

Influencia de la nueva religión

Esta incongruencia sin duda está ya produciendo frutos indeseados de la influencia científica en el pensamiento contemporáneo, con consecuencias insospechadas para una sociedad que esté abierta a aceptar y creer en cualquier cosa que sea hábilmente revestida de una aureola científica. Debido a este analfabetismo científico, están surgiendo sectas y creencias pseudo científicas que se revisten del prestigio de la ciencia seria para conseguir seguidores.

Pero aún hay más, este analfabetismo científico está también alcanzando a altas autoridades, líderes de enormes comunidades religiosas, las que se dejan infiltrar por postulados científicos muchas veces no probados, pero aceptados como válidos gracias a esta alta credibilidad con que goza la ciencia, quedando dispuestas a transar incluso fundamentos estructurales de la religión o filosofía que profesan.

Por ejemplo, la antigua religión y

filosofía hindú conocida como budismo, también está reconociendo a la ciencia como la máxima instancia de credibilidad actual, elevada a una categoría religiosa. En la conferencia dictada en el 2005 por el Dalai Lama, en la Sociedad de Neurociencia en Washington, Estados Unidos, declaraba que *«en la investigación budista de la realidad, al menos en principio, las evidencias empíricas deberían triunfar sobre la autoridad de las escrituras (budistas), sin importar cuán profundamente venerada pueda ser dicha escritura»* (Argandoña, 2006). De esta manera, el budismo va modificando sus principios milenarios en función de lo que la ciencia a través de su método (y filosofía implícita) le va entregando como una forma de entender la vida, el cosmos y sus orígenes.

En 1996, en un mensaje emitido a los miembros de la Pontificia Academia de las Ciencias, con motivo de una plenaria que versaba sobre los orígenes de la vida y la evolución, el Papa Juan Pablo II declaraba que *«efectivamente, la verdad no puede contradecir a la verdad»*; dando a entender con ello que la ciencia tendría elementos probatorios irrefutables acerca del origen de la vida en la tierra y su posterior evolución (exceptuando el hombre, que habría sido creado por Dios directamente), y por tanto, el mensaje bíblico o su interpretación, debieran ajustarse a lo descubierto por la ciencia. Expresando su alegría por el tema de la plenaria, agregaba que se trataba de: *«un tema esencial que interesa grandemente a la Iglesia»*.

¿Pero qué hay de evidencia científ-

fica real acerca del origen de la vida en la tierra al azar? La hipótesis que goza de mayor respaldo en ciertas esferas científicas sobre el surgimiento de la vida en la tierra es la del origen químico de la vida, la cual lleva ya 56 años como hipótesis especulativa, desde que Urey y Miller desarrollaran su clásico experimento sobre cómo podría haber surgido la vida en un hipotético escenario de la tierra primitiva, en donde lograron sintetizar moléculas sencillas del tipo monómero. Este experimento ha sido repetido miles de veces en distintos laboratorios del mundo, divulgado en innumerables libros, en documentales de televisión, textos de colegio, artículos científicos, etc. Durante todo este tiempo, la biología molecular y la bioquímica han avanzado una enormidad, aportando con ello una formidable cantidad de información que niega una y otra vez la hipótesis del origen químico de la vida. Sin embargo, esta hipótesis se mantiene con todo su frescor, como si se hubiese postulado ayer. Pero no fue ayer. Después de medio siglo de haberse realizado el experimento de Urey y Miller, no se ha podido avanzar ni un milímetro más, a pesar que han trabajado en ello arduamente un gran número de científicos en el mundo, realizando miles de experimentos y gastando miles de millones de dólares en ello.

En este caso, la influencia negativa de la ciencia en grandes líderes religiosos no es tanto por la ignorancia de éstos hacia la ciencia (aunque en cierta medida puede serlo, considerando el desarrollo exponencial de algunas áreas científicas, transformadas en

En realidad, se hace ver como ciencia pero no lo es. Son las concepciones filosóficas de quienes hacen ciencia o divulgan ciencia.

verdaderos enigmas para la mayoría de la gente), sino por otra forma más sutil, en que la influencia de la ciencia puede hacer daño. En realidad, se hace ver como ciencia pero no lo es. Son las concepciones filosóficas de quienes hacen ciencia o divulgan ciencia, que se invierten de ella para introducir sus ideas personales acerca de una u otra teoría no probada pero presentada como un hecho probado. Esta es una línea divisoria tan tenuemente marcada que suele no ser vista; es el punto donde termina la verdadera ciencia con datos probados y se inician las creencias y especulaciones en ciencia, las que van siendo consideradas como verdades. Ejemplo de ello es la hipótesis sobre el origen químico de la vida, que como vimos en párrafos previos, ha sido capaz de modificar fundamentos básicos de importantes movimientos religiosos. Sin embargo, éstas se mantienen sólo en los conceptos filosóficos de sus defensores, los que al estar vestidos con impecables batas blancas e instalados en costosos laboratorios de universidades prestigiosas, inspiran reverencia y credibilidad casi absolutas.

Incluso, si por alguna improbable posibilidad, se lograra en algún laboratorio de biología molecular superar la etapa de subir la escala organizativa

de moléculas desde monómeros a polímeros, y llegar a formar proteínas complejas como la molécula de ADN, que es aquella que permite la auto-replicación en la célula, entonces tampoco se podría avalar la hipótesis del origen químico de la vida al azar, porque la formación de estas moléculas no habrá sido al azar. Habrá sido el trabajo de decenas de años de miles de connotados doctores en biología molecular, utilizando sofisticados equipos y dirigiendo cada paso del proceso. Aún considerando este último escenario improbable, la hipótesis sobre el origen químico de la vida al azar seguiría siendo altamente especulativa.

Ciencia especulativa

No obstante, alguien podría preguntarse: ¿pero por qué está mal la especulación en ciencia? En realidad, la especulación en ciencia no está mal, pero sólo cuando se hace al inicio de una investigación, y cuando no se cuenta con mayores antecedentes sobre el tema, y por tanto es necesario iniciar con alguna hipótesis (Boyd, 1991). La especulación en este caso se plasma en las primeras hipótesis de trabajo, que generalmente se llaman hipótesis especulativas. Después de este paso, si los antecedentes recabados en los estudios que se van realizando apuntan a que la hipótesis especulativa inicial no tiene asidero alguno, entonces debe ser eliminada porque ha sido refutada o rechazada. Por el contrario, si los antecedentes nuevos de la investigación señalan que algunos elementos de la hipótesis especulativa parecen cumplirse, entonces se tiene una hipótesis más

robusta sobre la cual seguir investigando, aunque deberá haber todavía mucha más investigación para aceptarla como valedera.

¿Puede la ciencia finalmente explicarlo todo? ¿Tiene algún límite? Una equivocada percepción sobre la ciencia es que ésta puede definir «la verdad» acerca de las cosas investigadas, cuando en realidad no lo puede hacer. Es la propia ciencia la que en sus postulados admite que nunca podrá alcanzar la verdad absoluta. La ciencia no es más que un proceso riguroso, en el cual se usan experimentos para responder a preguntas o hipótesis. A este proceso se lo denomina el ‘método científico’, que no es uno sólo, sino varios, en donde el más utilizado es el método hipotético deductivo (Popper, 1982). Las teorías siempre están siendo perfectibles a la luz de nuevos antecedentes. Y son escasas aquellas teorías que pueden alcanzar la categoría de ley. Por ejemplo, en las ciencias físicas se han podido establecer algunas leyes (Ej. La ley de gravedad universal), en cambio en los postulados esenciales de las ciencias biológicas prácticamente se cuenta sólo con teorías (Ej. La teoría celular), ante la imposibilidad de probar con exactitud fenómenos relacionados con la vida. En este sentido, algunos científicos afirman que la ciencia no puede explicar, sino que sólo podría describir. Explicar fenómenos nos lleva a causas profundas, no factibles de probar en un laboratorio. La ciencia, por tanto, otorga un método adecuado para asomarnos al mundo que nos rodea, pero sólo al mundo objetivo, material y cuantificable. Ne-

cesariamente se ha de concluir que la ciencia es incapaz, debido a las limitaciones de su método deductivo o inductivo, de explicar y entender todo acerca de la realidad.

La religión del futuro ya estuvo en el pasado

Por lo anteriormente expuesto, esta nueva religión que muchos están queriendo ver en la ciencia y su filosofía que la sustenta, capaz de modificar fundamentos de grandes religiones líderes en el mundo actual, no tiene nada nuevo, pues ya hacía su estreno en Atenas, Grecia, hace más de dos milenios. En el libro Hechos de los apóstoles se relata la visita misionera de Pablo a Atenas, ciudad que concentraba en esa época los mayores avances del mundo antiguo en lo tocante a ciencia, filosofía y artes. Todo ello producía una enorme necesidad en la cultura ateniense y extranjera de generar y adorar nuevos dioses asociados a los nuevos idearios filosóficos que se iban presentando.

Sin embargo, uno de los primeros sentimientos de Pablo hacia esa ciudad no fue de alegría por encontrarse en el centro del saber humano mundial, sino por el contrario, fue de irritación al ver la ciudad entregada a la idolatría (17:16). De todas formas Pablo inicia la predicación del Evangelio, la que al ser escuchada por algunos filósofos, le llevan finalmente al Areópago, una especie de asamblea filosófica o corte suprema de esa época, para que explicase esta nueva enseñanza de cosas extrañas (17:18-20). El texto bíblico explica que había allí no sólo sabios filósofos locales, sino

también extranjeros, los que *«en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo»* (17:21).

Pero Pablo, al tener que exponer el mensaje de Cristo, inteligentemente no los trata de idólatras, sino que con cierta ironía les dice: *«en todo observo que sois muy religiosos»*, porque había visto distintos santuarios con altares dedicados a diferentes dioses; y, tomado como referencia uno de esos altares que decía *«Al dios no conocido»*, les predicaba el Evangelio de Cristo (17:22-23).

Hoy nos toca asistir a un nuevo endiosamiento de las ciencias y sus filosofías subyacentes, las que siguen atrayendo a muchos, como ocurrió en el mundo antiguo. Por ello, el mensaje que el Señor le entregó a Pablo para que les predicase a los atenienses está más latente que nunca: *«AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo, pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación, para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos. Sien-*

do, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar,

que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos». (Hechos 17:23-31).

Bibliografía

Argandoña G. 2006. Budismo y neurociencia. Suplemento Artes y Letras, El Mercurio, Domingo 30 de abril de 2006.

Boyd, Richard. 1993. Confirmation, Semantics, and the Interpretation of Scientific Theories. The Philosophy of Science. Mit Press. Cambridge.

Comisiones de Reflexión y Estudio de la Ciencia en España, Acción CRECE. 2005. Confederación de Sociedades Científicas de

España (COSCE). 168 pp. <http://www.cosce.org/pdf/crece.pdf>.

Houellebecq M. 2005. La posibilidad de una isla. Editorial: Alfaguara.

Popper K. 1982. La lógica de la investigación científica. Madrid: Tecnos.

Reina Valera. 1960. Santa Biblia, revisión 1960. Editorial Caribe.

Zemelman V. A. Kirschbaum, & M. Garmendia. 2002. Malignant melanoma Mortality rates in Chile (1988-98). Int. J. Dermatol; 41: 99-103.

* * *

Sí le importaba

En Nueva Inglaterra vivía un hombre llamado John Vassar. A todo el mundo le hablaba de Jesucristo. En un hotel de Boston se acercó a una mujer y le preguntó: ¿Conoce usted a Cristo? Cuando la mujer le relató el caso al marido, éste, enfadado, le dijo: Y ¿por qué no le respondiste: '¿A usted qué le importa?' La esposa contestó: Si hubieras visto la expresión del rostro del hombre y escuchado el modo en que me habló, sin duda habrías visto que sí le importaba".

¡Oh, si Dios nos diese un amor de esa clase por las almas!

Billy Graham, en La juventud, el sexo y la Biblia

Cualquier cosa por salvar la vida

Por muchos años viví en Kentucky, donde a veces hay derrumbes en las minas de carbón. Si los mineros quedan enterrados por un derrumbe y sus familias están afuera llenas de ansiedad por saber que les pasará, y si los mineros encuentran una pequeña abertura, ¿piensa usted que ellos se van a quejar de la estrechez de esa abertura y de cómo les arañaría al salir? ¡Ellos se meterían por aquella abertura, sin importarle el dolor y la inconveniencia, porque les llevaría a la vida!

¡Cualquier cosa que usted sacrifica para encontrar la vida vale la pena! Nuestro problema es que muchas veces no apreciamos el fin de nuestro camino, la salvación, ni el peligro en el cual nos encontramos, y por tanto nos quejamos de la estrechez del camino de Cristo.

Paul Earnhart

CITAS ESCOGIDAS

Indiferencia en el cristianismo es el primer paso rumbo a la apostasía del cristianismo.

William Secker

Un creyente santificado es como una campana de plata: cuanto más es tocado, tanto mejor resuena.

Stephen Charnock

El cristianismo de hoy no transforma a las personas. Al contrario, está siendo transformado por ellas. No está elevando el nivel moral de la sociedad; está descendiendo al nivel de la propia sociedad, congratulándose con el hecho de que consiguió una victoria, ¡porque la sociedad está sonriendo mientras el cristianismo acepta su propia rendición!

A. W. Tozer

Las Escrituras nos enseñan la mejor forma de vivir; la forma más noble de sufrir; y la forma más comfortable de morir.

John Flavel

La ley profiere amenazas; el evangelio ofrece promesas.

Thomas Adams

La vida no pretende ser un lugar de perfección, pero sí de preparación para llegar a ser perfectos.

Richard Baxter

Las promesas de Dios son como las balsas flotantes que nos impiden naufragar cuando entramos en las aguas de la aflicción.

Thomas Watson

La herejía no es una negación completa de la verdad, sino una perversión de la verdad.

Arthur W. Pink

Nuestra vida no debe estar marcada por las inquietudes que generan ansiedad, sino por la fe que produce felicidad.

C. H. Spurgeon

(Tomadas de «Fé para Hoje»).

Sin el cimiento de Dios no hay edificación de Dios.



El cimiento de la obra de Dios

Eliseo Apablaza

Quisiera que revisáramos algo acerca de este gran tema que es la restauración del testimonio de Dios. Y quisiera que en esta primera exposición pudiésemos ver algunas cosas referentes a los cimientos de toda obra de Dios.

Toda obra de Dios comienza en Dios

Cumplidos los setenta años del cautiverio en Babilonia, la Palabra dice que Dios despertó el espíritu de Ciro rey de Persia, y despertó el espíritu de los jefes de las casas paternas, para que los judíos subiesen a Jerusalén a restaurar el templo y la ciudad. (Esd. 1:5). Toda obra de Dios comienza en Dios.

Leemos en el profeta Hageo que,

después que se había interrumpido la obra de la restauración, de nuevo Dios despierta el espíritu de Zorobabel, de Josué y de todo el pueblo, para que retomasen la obra de la restauración. (1:14). Ahí encontramos de nuevo que Dios toma la iniciativa. Sea para comenzar o sea para retomar la obra de la restauración, Dios es el que inicia y es el que reinicia su obra.

Esto nos indica claramente que ningún hombre, por muy inteligente y muy dotado que sea, puede dar inicio a la obra de Dios. Él determina los tiempos y las sazones; él escoge a los hombres. Así lo hizo en los días de la restauración de Jerusalén, y así lo ha hecho hasta nuestros días.

Y he aquí una cosa maravillosa, algo que nos asombra: Dios está hoy trabajando de nuevo en esta obra de la restauración, y he aquí que él, de nuevo, ha tomado la iniciativa, escogiendo a los hombres para llevarla a cabo.

Restauración del altar y del culto

Cuando aquellos cincuenta mil judíos salieron de Babilonia respondiendo al llamado de Dios, y subieron a Jerusalén, dice Esdras en el capítulo 3, que lo primero que ellos hicieron fue restaurar el altar, e iniciar de esa manera el servicio de los holocaustos, de las ofrendas, que se debían realizar según la ley de Moisés.

Lo primero es el altar, y esto nos indica que lo primero que Dios hace cuando comienza esta obra de la restauración es restaurar la comunión con Dios que estaba rota, porque sin altar no hay comunión con Dios.

En el altar vemos a Jesucristo derramando su sangre en la cruz por nosotros. Y entonces, los que estábamos en Babilonia, redescubrimos el valor de la sangre de Jesús. No es que la hubiésemos ignorado; es un redescubrimiento, es un apropiarse con mayor fuerza del poder, de la vigencia que tiene la sangre de Jesús. Y junto con eso, con ver a Jesús en la cruz, y su obra maravillosa a favor de nosotros, escuchar sus palabras cuando dijo: «Consumado es», reconocer que nuestra salvación está consumada, que nuestra comunión ha sido restaurada con Dios. Entonces surge del corazón del creyente una ofrenda de alabanza, de adoración, de acción de gracias.

Por eso aquí, en la versión Reina-

Valera, dice como subtítulo del capítulo 3, «Restauración del altar y del culto». Van las dos cosas juntas. Cuando redescubrimos la obra preciosa de Jesús, cuando nos sentimos perdonados, entonces sube la alabanza, la adoración, y se renueva el culto.

Creo que nuestra experiencia en Chile en los últimos treinta años comenzó por allí: restaurar la comunión con Dios. Una comunión viva; no una liturgia, no una mera tradición religiosa. Y luego el culto. No sólo a hacer una reunión de acuerdo a cierto programa, sino dejar que el Espíritu fluya, que el Espíritu dirija y nos eleve hasta el trono de Dios, para ofrecer holocaustos, sacrificios espirituales que glorifican su nombre.

Es precioso el día en que se restaura el altar y el culto en nuestro corazón; es una nueva dimensión de la vida cristiana. Todo es diferente. La presencia de Dios entre nosotros es real. El Espíritu Santo tiene gobierno; comienza la recuperación de Dios. Sin embargo, ese es sólo el comienzo.

Echando los cimientos del templo

En Esdras 3:6 dice: «Desde el primer día del mes séptimo comenzaron a ofrecer holocaustos a Jehová, pero los cimientos del templo de Jehová no se habían echado todavía». Esa frase es muy significativa: el altar está restaurado, los holocaustos suben al cielo, pero el Espíritu Santo hace una observación aquí: «...los cimientos del templo de Jehová no se habían echado todavía». Es decir, la obra de Dios no está terminada, ni mucho menos. Esto está muy bien, pero falta lo prin-

cipal. Cuando está el altar y el culto restaurado, nosotros ganamos; pero mientras el Señor no tenga su Casa, él no ha ganado.

De tal manera que aquí hay un «pero», y a la luz de esta palabra podemos nosotros examinar nuestro propio camino. Tenemos altar, tenemos culto, pero, ¿y Dios tiene su casa? ¿Está su templo restaurado?

Sin duda, hay muchos movimientos de restauración en el mundo hoy en día, pero probablemente algunos de ellos todavía estén en el plano de la restauración del altar o la restauración del culto. Es necesario hacer notar que, mientras la casa no esté restaurada, entonces el testimonio del Señor sobre la tierra no estará restaurado.

Por eso, muy luego comienzan los preparativos, y en Esdras 3:10 tenemos a los albañiles del templo de Jehová echando los cimientos con gran algarabía. Ellos se vistieron de ropas hermosas, y cantaban de gozo, porque por fin estaban viendo lo que durante setenta años habían echado de menos; entonces se confundían las voces de alegría con el lloro. Fue un día memorable aquel.

El cimiento de la Iglesia

Ahora, amados hermanos y hermanas, quisiera invitarlos a que revisáramos en el Nuevo Testamento cuál es la equivalencia a la colocación de los cimientos del templo en la restauración del testimonio del Señor.

Mateo 16:15 dice: *«Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bien-*

aventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella».

Esta escena de Cesarea de Filipo ocurre aproximadamente a los tres años de ministerio del Señor Jesús. Él ha hecho milagros, ha predicado hermosos mensajes, ha hecho muchos bienes; sin embargo, él se aparta con los discípulos para resolver una cuestión fundamental en el corazón de ellos. ¿Qué clase de hombres han estado siguiendo a Jesús? ¿Espectadores de milagros? ¿Hombres que han recibido hermosas enseñanzas? ¿Con qué clase de hombres Dios va a edificar su iglesia?

Entonces, acontece este asunto fundamental: el Padre revela a Jesús al corazón de Pedro. Y lo muestra de estas dos maneras representadas en estas frases: *«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»*, y el Señor aclara que eso no es una invención de Pedro, sino que es una revelación del Padre; que esa revelación es algo maravilloso, porque Pedro es llamado «bienaventurado». Luego el Señor dice que sobre esa roca será edificada su iglesia.

O sea, éste es el cimiento, este es el fundamento de la edificación de Dios. Entonces, esta escena de Cesarea de Filipo es equivalente de alguna manera a Esdras capítulo 3, cuando aquellos judíos, con lloro y con gritos de alegría, pusieron el fundamento del templo; porque el templo representa a la iglesia. En el Nuevo Testamento, el

templo de Dios es la iglesia.

«*Sobre esta roca edificaré mi iglesia*». Esta revelación, que no es de carne ni sangre, sino que es una iluminación divina, es tan firme, es tan sólida en el corazón de un hombre o de una mujer, que ellos están en condiciones de ser edificados en esta casa espiritual que es la iglesia. Ahora, a partir de este momento, faltando unos seis meses para la cruz, comienza a abrirse el misterio que estaba escondido desde los siglos y edades en el corazón de Dios; esta doble revelación acerca de Jesús.

En Lucas 4:41 vemos que este conocimiento acerca de Jesús también había sido notificado al Hades. Dice: «*También salían demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía, y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo*». Noten ustedes: si podemos unir las dos frases: «*Tú eres el Hijo de Dios*», decían los demonios, y más abajo dice: «*...sabían que él era el Cristo*». El Hijo de Dios, el Cristo.

Cuando el Señor Jesús es llevado a juicio ante el Sanedrín, ¿cuál fue la causa por la cual lo juzgaron? Le decían: «*Tú te has hecho pasar por Dios, diciendo que eres Hijo de Dios*». Y después, cuando está en la cruz, Mateo y Lucas nos muestran que a Jesús lo zaherían, diciéndole: «*Tú eres el Cristo*». Otros decían: «*Tú eres el Hijo de Dios, descendiende de ahí*». Ahí estaba el punto central de la revelación de Dios acerca de Jesús, confesado por los discípulos, conocido por los demonios, conocido por los sacerdotes, y causa de su persecución y muerte.

En Hechos capítulo 9 tenemos a

Pablo que se convierte, y en el versículo 20 dice: «*En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios*». Y en el versículo 22 dice: «*Pero Saulo mucho más se esforzaba, y confundía a los judíos que moraban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo*». Si unimos el versículo 20 y el 22, ahí tenemos de nuevo esta doble revelación acerca de Jesús, que era el motivo y el centro de la predicación: El Hijo de Dios, el Cristo.

Cuando Felipe le comparte al etíope, y después lo bautiza, le dice: «*Si crees de todo corazón, bien puedes*», y el eunuco le dice: «*Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios*». Y la expresión Jesucristo es una unión de Jesús + Cristo, Jesús el Cristo: Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios.

El ministerio de restauración de Juan

Toda la obra de Dios la encontramos resumida en el Nuevo Testamen-

La restauración debe tener un firme fundamento. La edificación de Dios no puede hacerse sobre arena; no puede hacerse sobre hombres, por grandes que sean; o sobre doctrinas, por buenas que sean. Hay un solo fundamento: Jesucristo, el Hijo de Dios.

to en el ministerio de tres apóstoles: el ministerio de Pedro, el que junta las piedras para que luego sean edificadas; el ministerio de Pablo, el perito albañil que edifica la casa; y el de Juan, el restaurador.

Estos tres ministerios representan toda la obra de Dios en el Nuevo Testamento: la predicación del evangelio, la edificación de la casa de Dios, y luego, cuando la iglesia ha decaído, entonces viene la restauración.

Como estamos hablando de la restauración del testimonio del Señor, nos va a preocupar la figura del apóstol Juan. ¿Cuál fue su ministerio? Juan vivió hasta cerca del año 100 de nuestra era. Cuando Juan desarrolla su ministerio ya todos los demás apóstoles habían muerto, y la iglesia otrora gloriosa del libro de los Hechos, había venido a un estado de deterioro. Entonces surge el ministerio de Juan con mucha fuerza, y aunque era un anciano de días, sin embargo era un hombre vigoroso en su espíritu, al cual Dios usa para marcar el camino de la restauración. De manera que Juan es el apóstol de la restauración, y entonces escribe el evangelio de Juan, las tres epístolas de Juan, y el Apocalipsis.

Cuando revisamos el evangelio de Juan, escrito mucho tiempo después que los otros tres evangelios, encontramos cosas asombrosas. En el capítulo 1, se acercan los judíos a Juan el Bautista y le preguntan: «Tú, ¿quién eres?». Él les dice: «Yo no soy el Cristo». Y más abajo dice: «Otro viene después que mí». Es como si dijera: «Yo no soy el Cristo, pero luego viene el Cristo». Cuando ve al

Señor dice: «Este es el Cordero de Dios». Y la expresión «el Cordero de Dios» tiene mucha relación con la expresión «Jesús es el Cristo», como vamos a ver.

Cuando Andrés, en el versículo 41, encuentra a Simón, le dice: «*Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)*». Y en el versículo 49 Natanael le dice a Jesús: «*Rabí, tú eres el Hijo de Dios*».

Así, antes que termine el primer capítulo del evangelio de Juan, ya tenemos un claro testimonio acerca de Jesús como el Cristo y como el Hijo de Dios.

Cuando el Señor se encuentra con la mujer samaritana, ¿cuál es el tema acerca del cual comparte con la mujer y con los samaritanos donde esa mujer vivía? En un momento de la conversación, la mujer le dice al Señor: «*Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas*». Jesús le dijo: «*Yo soy, el que habla contigo*». Entonces la mujer va a la ciudad y dice: «*Venid, ved a un hombre me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?*». Y los hombres vienen, invitan a Jesús y le escuchan, y luego ellos daban testimonio: «*Ya no creemos solamente por lo que ella nos dijo, sino nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo*». De modo que el tema central del capítulo 4 de Juan es la revelación de Jesús como el Cristo.

Avanzamos al capítulo 9 de este evangelio. Jesús sana a un ciego de nacimiento. Este hombre fue expulsado de la sinagoga, y cuando el Señor

lo supo, lo buscó y le hizo una pregunta: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?». El hombre le dice: «¿Quién es, Señor; para que crea en él?». Versículo 37: «Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es».

El Señor con la mujer samaritana y el Señor con este hombre, se revela a sí mismo como el Cristo, como el Hijo de Dios. A estas dos personas, que eran como personas de segunda clase en la sociedad, él les da a conocer su verdadera identidad. Nicodemo no lo supo, pero ellos lo supieron.

En dos ocasiones en el evangelio de Juan aparecen personas declarándole al Señor Jesús, cara a cara, la misma confesión de Pedro. Una es Pedro, en el capítulo 6, versículos 68 y 69: «Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Y la otra es Marta. Capítulo 11: «Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?» (v. 27). Noten ustedes, el Señor está diciendo que él es la resurrección y la vida, y luego le dice a la mujer: «¿Crees esto?». La mujer contesta algo totalmente distinto a lo que el Señor le está preguntando. Ella no dice: «Creo que tú eres la resurrección y la vida». En cambio, dice: «Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo».

Es muy extraño. En ambos casos, Pedro y Marta hacen esta declaración al Señor mientras atraviesan por un

momento de crisis. Cuando Pedro hace su declaración, muchos discípulos se están volviendo atrás, y el Señor les dice: «¿Ustedes también se van a ir?». Pedro le dice: «Señor, ¿a quién iremos?», y ahí hace su declaración. Luego, Marta tiene a su hermano Lázaro muerto; y su corazón está atravesado por el dolor.

Es muy interesante que esa declaración aparezca en boca de dos creyentes en momentos como ese. Pedro era uno de los Doce; Marta era uno de esos tres hermanos de la casa en Betania. Eso nos indica entonces que a esta altura del ministerio del Señor, esta revelación no sólo era una gracia concedida a los Doce sino también a ese círculo íntimo de los amigos de Jesús.

En Juan 20:30-31 dice: «Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre». Esto es muy interesante. Los tres evangelistas anteriores ya habían partido, habían dejado sus libros escritos, y Juan aquí nos dice que él escribió su evangelio con este solo objetivo. Es como si Juan nos dijera: «Hermanos, para volver al principio, para que la iglesia sea restaurada, tenemos que volver a Mateo 16, a la revelación que el Padre le dio a Pedro».

Ustedes saben que, si hubiese sido por cercanía, el evangelio de Marcos debió haber sido el evangelio que abundase más en esta revelación, porque Marcos estuvo muy cercano a Pedro en su ministerio. Sin embargo,

no fue así; el Espíritu Santo no lo quiso así. No era ese el momento de enfatizar el asunto; era al final, en los días de Juan, los días de la decadencia.

Cuando revisamos los cuatro evangelios y hacemos una pequeña estadística, nos damos cuenta, por ejemplo, que la expresión *Hijo de Dios*, o *el Hijo*, refiriéndose al Señor Jesús, es usada por Juan 24 veces, por Marcos apenas 5 veces, y por Lucas 7 veces. De la misma manera, la palabra *Padre*, refiriéndose a Dios, Juan la utiliza 115 veces, y los otros evangelios apenas veinte, tres y doce veces. Y obviamente, cuando el Señor dice *Mi Padre*, implícitamente está destacándose su condición de *Hijo, Hijo de Dios*.

Veamos la primera epístola de Juan. En ella tenemos la misma revelación impregnándolo todo. El modo más usado para referirse a Jesús en esta epístola es la expresión *Jesucristo* – Jesús Cristo– y también la expresión *Hijo de Dios*. Las palabras *Hijo* o *Hijo de Dios* aparecen más veces en esta epístola de Juan que en ninguna otra epístola. Juan es el único escritor del Nuevo Testamento o de las epístolas que incluye la combinación *Jesucristo + Hijo*; es decir Jesús + Cristo + Hijo de Dios.

Cuando Juan está terminando su epístola en el capítulo 5, versículo 1, dice: «*Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios*». Y luego, en el versículo 5, dice: «*¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?*». Juntamos ambos versículos, y tenemos la declaración completa: «El que cree

que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; el que cree que Jesús es el Hijo de Dios, vence al mundo».

Dos expresiones llenas de significado

Amados hermanos y hermanas, lo que he estado mostrando hasta aquí son sólo hechos. Están ahí, en la Escritura, son hechos. Pero, ¿cuál es la interpretación de estos hechos? Hay otra cosa interesante, y es que normalmente cuando aparece esta doble expresión, siempre aparece en primer lugar que Jesús es el Cristo, y en segundo lugar, que él es el Hijo de Dios. Y acá, la expresión *Jesús es el Cristo*, se asocia con el nuevo nacimiento, con el nacer de Dios, y la expresión *Jesús es el Hijo de Dios*, se asocia con la victoria del cristiano, es decir, con el caminar del cristiano. Tiene que ser en ese orden.

Yo no tengo la respuesta completa acerca de qué significan estas dos expresiones respecto a Jesús –Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios– y por qué esta revelación está en el cimiento de la casa de Dios. Intentaré decir algunas cosas ahora, pero sé que no es eso todo lo que esto significa. Hay un misterio muy grande, que nosotros no acabaremos de entender, creo, mientras estemos aquí.

El hecho de que Jesús sea el Cristo nos lleva al aspecto humano de Jesús. Jesús es el Hijo de Dios nos lleva al aspecto divino de Jesús.

Cuando leemos el Antiguo Testamento, no encontramos en ninguna parte que se haya dicho que el Cristo sería a la vez Hijo de Dios. Lo sorprendente es que el Cristo de Dios, este que estaba anunciado en el Antiguo

Testamento, haya sido Dios mismo encarnado. El Cristo pudo haber sido un hombre, nacido de hombre y de mujer. Pero he aquí lo asombroso, cuando juntamos esta doble expresión acerca de *Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios*, tenemos a Dios manifestado en carne.

La palabra *Cristo* nos lleva a la cruz; la expresión *Hijo de Dios* nos lleva un poco más allá de la cruz, nos lleva a la vida divina. La cruz nos habla de perdón, de reconciliación, de restauración de esa enemistad que teníamos con Dios. La cruz tiene que ver con la expiación; el Cristo nos habla de eso. Creer que Jesús es el Cristo es creer en la suficiencia de la obra de la cruz. No hay nada que agregar allí; todo está hecho. Cuando vemos a Jesús como el Cristo, muriendo en la cruz del Calvario, encontramos reposo de nuestras obras, reposo y tranquilidad en nuestra conciencia, porque nuestros pecados realmente han sido perdonados.

Y cuando vemos al Hijo de Dios, a Jesús divino, a Jesús-Dios, le vemos en la eternidad pasada, pero también le vemos dentro de nosotros. El Jesús que nos salvó como el Cristo, hoy vive dentro de nosotros como el Hijo de Dios, y su vida nos sostiene. Hoy caminamos con esa vida dentro de nosotros. Él es el Hijo de Dios; nosotros somos hijos de Dios, participantes de su naturaleza divina.

Cuando nosotros vemos a Jesús como el Cristo, nacemos de nuevo. Pero luego, necesitamos creer también que él es el Hijo de Dios, que él vive en nosotros, y esa vida es la que ven- ce al mundo.

Jesús, como el Cristo, hizo una obra en la cruz. Jesús, como el Hijo de Dios, está haciendo su obra hoy dentro de nosotros. Por eso, a la mujer samaritana, el Señor le habla acerca del Cristo. Ella era una mujer que estaba perdida; necesitaba una transformación. Pero cuando encuentra al ciego de nacimiento, no se revela a él como el Cristo, sino como el Hijo de Dios, porque él ya había hecho una obra en ese hombre, y ahora necesitaba esta revelación nueva para vivir una vida acorde con Cristo.

El firme fundamento de la Iglesia

El cimiento de la restauración de Dios, de la casa de Dios, de la iglesia, es Jesús como el Cristo, como el Hijo del Dios viviente. Tenemos que tener cuidado, sin embargo; no sea que esta frase se transforme en un mero eslogan, algo que podamos repetir de memoria como si fuese una frase mágica.

Creo que de alguna manera esta doble expresión acerca de Jesús son como dos títulos – si pudiéramos decir así – de dos tratados. Uno llamado «Jesús es el Cristo»; y el otro llamado «Jesús es el Hijo de Dios». Esos son los títulos, pero, ¿qué hay dentro? ¿Cuál es el contenido de ellos? Eso es algo muy grande.

El contenido completo de esos tratados no lo conocemos. Hemos compartido algunos atisbos. Tal vez cuando la iglesia esté plenamente restaurada – el conjunto de toda la iglesia – cuando el conjunto de todos los profetas, de todos los apóstoles, de todos los maestros, en conjunto todos tal vez, podrán –teniendo la mente de Cristo–

develar en toda su vastedad este maravilloso misterio.

Amados hermanos y hermanas, la restauración debe tener un firme fundamento. La edificación de Dios no puede hacerse sobre arena; no puede hacerse sobre hombres, por grandes que sean; o sobre doctrinas, por buenas que sean. Hay un solo fundamento: Jesucristo, el Hijo de Dios. El Señor, en su gracia, nos permita, en estos días y en los días que vienen, ir descubriendo la profundidad de este conocimiento, para la gloria de Dios y para la edificación de su iglesia.

Una última cosa. Pedro recibió esta revelación por un acto milagroso de Dios. Sin embargo, en el libro de Hechos encontramos que esta revelación venía por la predicación de la Palabra. Pablo predicaba que Jesús era el Cristo ... Pablo predicaba que Jesús era

el Hijo de Dios. Y detrás de esas dos frases viene todo el contenido; de tal manera que hemos de confiar, hemos de creer, que mientras anunciamos a Jesús, el Padre lo revelará al corazón de los oyentes.

Mientras anunciamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el Padre, de nuevo, va a intervenir en el corazón de cada uno de los que él ha escogido, para sellar esta verdad, y para que esta verdad –Cristo mismo revelado– llegue a ser el fundamento de sus vidas.

Si hemos recibido esta revelación, sabremos que no hay nada aparte de Cristo que valga la pena. En él estamos completos y perfectos; no necesitamos absolutamente nada más, por bueno que sea, por loable que sea. Todo lo demás es basura. ¡Bendito es Jesús, el Hijo de Dios! ¡Bendito es Jesús, el Cristo de Dios!

* * *

¿A quién traspasaron?

El rabino judío de nacionalidad rusa, José Rabinowitz, explicaba de la siguiente manera el pasaje de Zacarías 12:10 a su amigo, el maestro y predicador A. J. Gordon:

"¿Sabe usted qué controversias han mantenido los judíos sobre Zacarías 12:10? "Mirarán a mí, a quien traspasaron". No quieren admitir que es Jehová a quien traspasaron. Por tanto, disputan acerca del 'a quien'; pero ¿se ha fijado en que esta palabra es sencillamente la primera y la última letra del alfabeto hebreo 'Aleph' y 'Tav'? ¿Se admira usted de que me llenara de admiración y asombro cuando abrí la Biblia en Apocalipsis 1: 7-8 y leí estas palabras de Zacarías, ahora citadas por Juan: "He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron ... Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso."? Me parecía que Jesús me decía: "¿Dudas quién es aquel que traspasaste? Yo soy el 'Aleph Tav', el Alpha Omega, Jehová el Todopoderoso".

En A. J. Gordon, su vida y su obra, de Ernesto B. Gordon

La restauración del testimonio de Cristo es la recuperación de lo que Cristo es en su plenitud. Para poder expresarlo, la Iglesia debe desprenderse de todo lo terrenal.

La restauración del testimonio de Cristo



Rodrigo Abarca

Lecturas: Mateo 13:1, 10-11, 24, 31, 33, 34-35.

El significado de las parábolas

Ustedes pueden observar que en el capítulo 13 de Mateo el Señor usa repetidas veces la expresión: «*El reino de los cielos es semejante a...*», y hace a continuación una comparación entre el reino de los cielos y una figura —una parábola— extraída de la vida cotidiana. Entonces, las parábolas son usadas para ejemplificar algo que tiene que ver con el reino de los cielos.

Por eso, en primera instancia, son fáciles de entender. Pero lo que no es fácil de entender es su sentido espiritual. Así, al explicar las dos primeras parábolas, el Señor nos dio un principio: que el significado evidente de la

parábola esconde un significado espiritual que no es evidente para el entendimiento humano. Y por tanto, se requiere al Señor mismo para interpretar las parábolas, vale decir, la ayuda del Espíritu Santo.

Aunque el lenguaje del Señor parece simple, su significado no es simple. El versículo 35 nos dice que el Señor hablaba en parábolas, «*...para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: Abriré en parábolas mi boca; declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo*». Como dice también la Escritura: «*Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le*

aman». Cosas escondidas, secretas, a las cuales el hombre no tiene acceso, porque están escondidas del hombre desde la fundación del mundo.

El reino que fue escondido

Como pueden notar, el tema de estas parábolas en general es el reino de los cielos. Cuando la Escritura – particularmente el evangelio de Mateo – habla del reino de los cielos, ¿a qué está haciendo referencia? Si leemos Mateo 6:9, la conocida oración que el Señor enseñó, y prestamos atención a las dos primeras partes de ella, veremos que nos explica qué es esencialmente el reino de los cielos.

Dice: «*Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos –por eso, entonces, hay un «reino de los cielos»–, santificado sea tu nombre. Venga tu reino*». Es decir: Padre, que tu reino, que está en los cielos, venga a la tierra. Por eso dice: «*Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*». Que aquello que está en los cielos venga a la tierra; que aquello que ocurre en los cielos, ocurra también en la tierra.

Entonces, el reino de los cielos nos habla, en primer lugar, y esencialmente, del gobierno de Dios en los cielos. Cuando el apóstol Juan, en el capítulo 4 de Apocalipsis, es invitado a subir a los lugares celestiales, lo primero que ve en el cielo es un trono, y en ese trono, a uno sentado. Por consiguiente, uno se encuentra con que Dios gobierna en el cielo y su voluntad es obedecida en el cielo. Los ángeles corren a cumplir su voluntad; los arcángeles se inclinan delante de su autoridad; y los querubines y serafines se gozan en

hacer su voluntad.

Dios gobierna en el cielo. Pero, ¿gobierna Dios en la tierra? Cuando miramos lo que ocurre en la tierra, debemos confesar que Dios no gobierna la tierra ni el mundo. En verdad, Dios gobierna todas las cosas. Dios está aún gobernando el movimiento del universo, de las galaxias y de los planetas en sus órbitas. También gobierna las estaciones, la vida, el crecimiento y la muerte. Pero hablar del mundo, nos referimos a la tierra y a los hombres; a las naciones, las gentes y los pueblos que habitan la tierra. ¿Gobierna Dios el corazón del hombre? Debemos admitir que no.

Pero fíjese usted en lo que ya leímos: «Declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo». ¿Por qué estas cosas están escondidas desde la fundación del mundo? En otras partes, la Escritura utiliza la expresión «desde antes de la fundación del mundo». Pero aquí no dice desde antes, sino desde la fundación del mundo. Esto significa que en el consejo eterno de la voluntad de Dios no estaba el que estas cosas fueran escondidas del hombre.

Debían ser reveladas al hombre en el principio; sin embargo, fueron escondidas. ¿Por qué? Porque Dios perdió al hombre en el principio. Usted recuerda lo que ocurrió en Génesis capítulos 2 y 3. Cuando Dios expresa su voluntad y su propósito eterno: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*».

He ahí la expresión del pensamiento eterno de Dios con respecto al hombre: Que el hombre tenga la imagen de Dios, que la lleve y que la exprese.

Y que luego –teniendo la imagen de Dios– pueda señorear, gobernar, y ejercer la autoridad de Dios en la tierra. Es decir, que el reino de Dios venga y se exprese en la tierra a través del hombre. Pero, para eso, había un requisito: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen*». Si el hombre no posee esa imagen, no puede ejercer la autoridad de Dios y no puede representar a Dios, ni el reino de Dios. Es decir, el hombre no puede ser el testimonio de Dios sobre la tierra.

Reino y testimonio

Nuestro tema es la recuperación del testimonio de Dios. Y aquí podemos observar que el propósito de Dios es que el hombre sea la expresión de ese testimonio sobre la tierra.

¿Qué es el testimonio de Dios? Lo que representa a Dios de manera perfecta, con lo cual él puede identificarse. Cuando algo expresa a Dios sobre la tierra, entonces tenemos el testimonio de Dios sobre ella. Por eso, en el Antiguo Pacto, el arca del pacto era llamada el arca del testimonio, porque representaba a Dios.

El arca era el testimonio de Dios. Dios se había identificado con el arca. Y esto es una figura. Pero vea usted, hermano, que en el pensamiento eterno de Dios, aquello que fue predestinado para representar a Dios no es un arca, un objeto físico, sino el hombre.

«*Hagamos al hombre a nuestra imagen*». «Que el hombre sea nuestro reflejo, y que sea nuestro testimonio sobre la tierra». Esto quedó expresado allí en el principio y es la esencia del testimonio de Dios. Pero, para que el hombre pudiera llevar la imagen de

Dios, en medio del huerto Dios plantó el árbol de la vida, para, de esa manera, mostrar que en el centro de sus pensamientos está ese árbol. Y en el Nuevo Testamento, cuando el apóstol Juan comienza su evangelio, en el prólogo nos dice que el Verbo estaba con Dios, y también que en ese Verbo estaba la vida. Por lo tanto, ahora sabemos que el árbol de la vida representaba al Señor Jesús, el Verbo de Dios.

Entonces, tenemos que Dios tiene como propósito que el hombre lleve su imagen, es decir, sea su testimonio en la tierra, y que exprese su autoridad y su voluntad celestial sobre la tierra, de manera que la tierra llegue a ser un reflejo del cielo. Pero, para que el hombre entrara en ese propósito, debía primero comer de ese árbol de la vida; es decir, debía comer a Jesucristo. Eso es lo que significa el árbol en medio del huerto.

Aún el hombre, llamado a un destino tan magnífico, está bajo el propósito preeminente y supremo de Dios, que es su Hijo Jesucristo. Entonces, el hombre tenía que conocer a Jesucristo y recibir su vida dentro de sí, para constituirse en el hombre corporativo, que es la iglesia. Sólo entonces podría llevar la imagen de Dios y expresar su autoridad en la tierra; y, de este modo, llegar a ser el testimonio de Dios. Por tanto, el testimonio de Dios, no sería el hombre en su estado terrenal, aún antes de la caída, sino un hombre corporativo que tendría a Cristo como su vida y su cabeza.

Sabemos que eso no ocurrió en el principio. Esa es la tragedia de la raza humana. Adán no comió del árbol de la vida, y sí comió del árbol de la cien-

El mayor peligro no está en los pecados, ni en el pecado mismo, que es en sí un gran peligro. Satanás puede ser mucho más sutil que eso. Él sabe que basta con que simplemente seamos traídos a la esfera de lo terrenal, y él ya ha obtenido la victoria; porque todo lo que pertenece al hombre natural está sometido a él.

cia del bien y del mal. Y entonces la puerta se cerró. El propósito de Dios quedó cerrado para el hombre, y el reino de Dios permaneció escondido para él. ¿Por qué? Porque Dios cerró el camino al árbol de la vida. Y sin el árbol de la vida, que es Cristo, todos los propósitos de Dios para el hombre son inaccesibles.

Por eso dice el Señor: *«Abriré en parábolas mi boca; declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo»*. Pues, aquellos pensamientos y propósitos que Dios había preparado para el hombre, permanecieron escondidos. Porque todo aquello estaba encerrado en Jesucristo, el árbol de la vida, y solamente él podía declararlo.

La recuperación del reino y el testimonio

Pero, ¡bendito sea su nombre! él

vino. Nosotros no podíamos ir a él, pero él vino hasta nosotros. Porque, en el cumplimiento del tiempo, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria. Y aquel árbol de la vida, que había sido escondido del hombre en el principio de todo, ahora apareció de nuevo sobre la tierra, y otra vez hizo disponible el fruto de la vida para el hombre.

El Señor ha venido, y con él ha venido el reino de los cielos a la tierra. Por eso, sus primeras palabras fueron: *«Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado»*. Qué buena nueva; eso es evangelio: el reino de los cielos, la voluntad y el propósito eterno del Padre, que se había perdido, ha vuelto ahora a la tierra por medio de Jesucristo.

Y entonces, mi hermano amado, cuando el Señor viene a la tierra, nos declara lo que fue escondido. Y en las parábolas, donde nos habla de la semejanza del reino de los cielos con una cosa y otra, y nos muestra, de este modo, los principios por medio de los cuales ese reino viene a la tierra, el ataque contra ese reino sobre la tierra, y finalmente el triunfo de ese reino.

Todo eso, creo yo, está aquí en estas parábolas, porque usted debe comprender que cuando el hombre cayó, no solamente quedó excluido de la voluntad de Dios y del reino de Dios. Esa fue nuestra tragedia, nuestra pérdida. Pero Dios también perdió algo. No sólo el hombre perdió algo; el hombre perdió a Dios, y con Dios perdió la vida, y perdió todo. Pero Dios también perdió algo: perdió al hombre, y con el hombre perdió la tierra. Y sin el hombre y sin la tierra, el propósito eter-

no de Dios no puede ser realizado.

Cuando Dios perdió al hombre, perdió también una pieza fundamental para el cumplimiento de su voluntad. Pero, la caída no fue sólo que el hombre rechazó el árbol de la vida y desobedeció a Dios, comiendo el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, sino que también fue que se dejó seducir y engañar por el enemigo de Dios. Se alió con el poder maligno y hostil a la voluntad de Dios, aquel ángel rebelde cuyo propósito es –si fuera posible– quitar a Dios mismo de su trono.

El hombre se ha dejado seducir por este poder enemigo de Dios, se ha sometido a sus dictados, y ha quedado completamente a su merced. Por eso, encontramos que en el Génesis es sólo una serpiente, pero en el Apocalipsis, cuando han pasado muchos años, ya no es sólo una serpiente: ahora es un dragón, porque ha tomado dominio del hombre. Y en la medida que el hombre ha crecido y se ha multiplicado en la tierra bajo el dominio de él, también ha crecido él.

El hombre le ha cedido el poder y la autoridad de la tierra al dragón. Así que, desde el punto de vista del cielo, la tierra es un territorio hostil y enemigo. Un enemigo ha entrado y ha tomado el dominio de lo que le pertenece a Dios; ha tomado el dominio de la raza humana y de la tierra. Hay un enemigo que está ocupando el territorio en el cual Dios se ha propuesto llevar a cabo su voluntad. Y Dios necesita recobrar ese territorio de las manos de su enemigo.

Por ello, Dios envió a su Hijo a este mundo, al corazón del territorio de su

enemigo. Porque, si en la tierra Cristo estaba bajo el gobierno de los cielos, entonces el reino de los cielos también estaba sobre la tierra.

Si Dios tiene sólo un hombre sobre la tierra que obedezca su voluntad de los cielos, entonces toda la tierra le pertenece a él nuevamente. Por tanto, Satanás no puede permitir que haya algo que represente a Dios en la tierra, porque si esto ocurre quiere decir que él tiene que salir de la tierra; y que su dominio se acabó. Entonces, si leemos las parábolas con atención, veremos que desde la primera de ellas en adelante, junto con la venida del reino de Dios, aparece de inmediato la oposición de Satanás.

Parábolas y restauración

«*He aquí, el sembrador salió a sembrar*». El Hijo de Dios vino, y trajo la palabra del reino de Dios, el propósito de Dios, a la tierra. Pero, cuando él salió a sembrar, vinieron las aves. ¿Quiénes son las aves? El Señor dijo: «*Viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón*». Así, desde el mismo principio de la venida del Señor a la tierra, Satanás empezó a trabajar para estorbar e impedir, y para –si le fuese posible– acabar con la obra del Señor Jesucristo.

Desde el punto de vista de Dios, toda su obra desde el momento en que el hombre cayó, hasta el momento en que el Señor regrese, es una obra de recuperación. Cuando somos salvos y recibimos la palabra del Señor, entramos en esa obra de restauración de parte de Dios. Y si entramos en ella, también entramos inmediatamente en antagonismo con el príncipe de este

siglo, porque evidentemente él no quiere que nada del mundo sea recobrado para Dios. Él no quiere que el hombre sea devuelto a Dios; Por ello, si usted pasa al lado de la obra de restauración de Dios, se pone en el campo enemigo con respecto a Satanás. Y su obra de destrucción, desaliento, y engaño, comienza de inmediato.

Por eso, hermanos, hablamos de recuperación y restauración. Cuando hablamos de recuperación, significa que algo ha sido dañado, se ha perdido o ha sido deformado. Algo ha sido llevado lejos del propósito y del pensamiento original de Dios. Hablamos de restauración porque algo se ha alejado de Dios y tiene que ser traído de regreso.

En las parábolas de Mateo capítulo 13, encontramos, entonces, la venida del reino de Dios, la venida del propósito de Dios al mundo, con Cristo, y a la vez, encontramos la oposición y los obstáculos que el enemigo de Dios pone a la manifestación del reino de Dios en el mundo.

El comienzo de la restauración

Veamos con atención, entonces, cómo se desarrolla esta lucha. En la primera parábola encontramos al sembrador sembrando la palabra de Dios. Esta es la palabra que incluye los pensamientos de Dios con respecto al hombre. Es la palabra del reino de Dios; no sólo es una palabra de salvación. Fíjense que el Señor no la llama la palabra del evangelio de salvación, sino que la llama la palabra del reino, porque lo que está en juego aquí es el gobierno de Dios sobre el hombre y sobre la tierra.

La palabra del reino de Dios viene al corazón del hombre. E inmediatamente las fuerzas malignas que están en este mundo empiezan a trabajar para impedir que esa palabra cumpla su propósito en el corazón del hombre. Se levantan obstáculos y se interponen barreras: seducciones y atracciones del mundo, son arrojadas sobre aquellos que reciben la palabra. En unos, Satanás la arrebató; en otros, la ahogan los afanes de la vida. Satanás tiene muchas maneras de envolvernos, para intentar apartarnos del propósito de Dios y arrebatarlo de nuestro corazón; para volvernos inútiles e impedir que produzcamos fruto para Dios.

El ataque de Satanás

Luego, en el versículo 24, hay una segunda parábola, la del trigo y la cizaña. Lo que relata es un acontecimiento común. Cuando se siembra el trigo, si alguien quiere hacer daño, siembra cizaña entre el trigo. Cuando la cizaña brota de la tierra, es muy difícil distinguirla del trigo. Pero si usted los deja crecer suficiente tiempo, descubrirá que cuando ambas se desarrollan, son completamente distintos: el trigo produce fruto, pero la cizaña no. Hay que dejar que crezcan y maduren para poder distinguir al uno de la otra.

Ese es un significado que cualquier persona que sepa algo de siembras entenderá de inmediato. Como la mayoría de nosotros somos gente de ciudad, no lo hacemos tan fácilmente. Pero, ¿cuál es el significado espiritual de la parábola? Está en los versículos 37 al 43. Cuando nosotros miramos lo que ocurrió en la historia de la igle-

sia, comenzando desde el tiempo en que el Espíritu Santo descendió en Pentecostés, y surgió la primera iglesia en Jerusalén, veremos que esto es precisamente lo que ha ocurrido.

Cuando Satanás vio que los hijos de Dios habían sido sembrados en el mundo, reaccionó sembrando su propia semilla en el mundo. Ahora, cuando dice la parábola: «*El campo es el mundo*», debemos saber que Satanás no puede sembrar su semilla en el Cuerpo de Cristo. La iglesia es el cuerpo de Cristo y pertenece solamente a Cristo. Por lo tanto, Satanás no puede introducirse en lo que pertenece a Cristo. Por eso, observe con atención que el campo no es la iglesia.

Muchos teólogos, especialmente los reformados, interpretaban esta parábola diciendo que el campo es la iglesia, y que entonces hay una iglesia invisible, que sólo Dios conoce y que está compuesta de los verdaderos hijos de Dios, y otra iglesia visible, donde hay de todo, los que son hijos y los que no son hijos. Sin embargo, nadie sabe con certeza quiénes son y quiénes no son. Pero el Señor no dijo que el campo fuera la iglesia. El dijo: «*El campo es el mundo*».

La iglesia es el territorio de Jesucristo, le pertenece sólo a él. Cuando la Escritura habla de la iglesia, habla del Cuerpo que expresa únicamente a Jesucristo. La Escritura sólo emplea la palabra iglesia para hablar de aquello que pertenece a Jesucristo.

Entonces, cuando leemos que aquí dice, «*La buena semilla son los hijos del reino*», quiere decir que la iglesia es la buena semilla. Pero el campo es el mundo. Ahora podemos entender

que, si la iglesia está en el mundo – pero no en el sistema de este mundo – habita el mismo espacio físico que aquellos que son hijos del malo. Y como compartimos el mismo espacio y el mismo territorio, entonces sí, en las asambleas de los santos, la cizaña – los hijos del malo – puede crecer y estar presente. De hecho, esta es una parte de la estrategia de Satanás para deformar y destruir a la iglesia.

En los tiempos del apóstol Juan, ya había empezado a ocurrir que en muchas asambleas ya no se podía distinguir quiénes eran verdaderos hermanos y quiénes no lo eran. Si leemos con atención la primera carta de Juan, vamos a encontrar que ya entonces había un problema enorme entre los hermanos. ¿Qué es lo que quiere Satanás? Quiere que los hijos del reino estén inmovilizados, impedidos o estorbados, para que no puedan expresar el reino de Dios en la tierra. Desde el principio, él intentó introducir estos elementos que no son de Cristo en medio de los santos. Y esto significa que debemos estar conscientes de cómo Satanás ataca a la iglesia.

En la época de Juan, ya muchos habían entrado. El apóstol Juan dice: «*Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros*». Ya entonces existía la mezcla; y eso iba a continuar. ¿Cuál era el problema con todo ello? Que, de esta manera, Satanás iba a introducir en la iglesia elementos extraños. Ahora bien, todo lo que es de este mundo y de esta tierra, cuando es introducido en la iglesia de Cristo, se convierte en un impedimento y un estorbo para la manifestación del Señor y de su Espíritu.

Hermano amado, el terreno de la iglesia es el terreno de Jesucristo, y el terreno de Cristo es el terreno de la resurrección. Sólo lo que pertenece a la vida de resurrección, pertenece a Jesucristo. Entonces, la iglesia está en el lado de la vida de resurrección. Ese es el terreno donde la iglesia debe crecer, alimentarse, madurar y fructificar. Pero cuando la iglesia se desliza al terreno del hombre natural, esto es, de los pensamientos, las obras y las capacidades del hombre natural, pierde su territorio. Y vuelve a ese terreno antiguo, donde se torna estéril y vacía. Allí pierde el testimonio de Jesucristo y ya no puede expresar ni representar al Señor.

Usted debe saber que esto es, efectivamente, lo que ocurrió en la historia de la iglesia. Cuando uno lee el libro de los Hechos, ve cómo el Señor vivía en la iglesia, cómo él se expresaba a través de la iglesia, y cómo gobernaba su iglesia. Pues el Espíritu tenía todas las cosas bajo su mando. Pero, llegamos al final del primer siglo, y descubrimos que los hombres han comenzado a tomar el control y que los pensamientos humanos están empezando a gobernar la iglesia.

Al leer la situación de las siete iglesias en Asia descubrimos que ya no son más como esa primera iglesia que vivía para Cristo, que estaba gobernada solamente por él, sino que hay elementos de contaminación y de confusión: mentiras, herejías, prácticas pecaminosas escondidas, y muerte. Cuatro veces se menciona en las siete cartas del Apocalipsis la obra de Satanás. ¿Por qué? Porque se nos quiere advertir que Satanás está siempre trabajan-

do para estorbar el propósito de Dios. Por eso necesitamos conocer en qué clase de lucha estamos envueltos los hijos de Dios.

Hermano amado, el mayor peligro no está en los pecados, ni en el pecado mismo, que es en sí un gran peligro. Satanás puede ser mucho más sutil que eso. Él sabe que basta con que simplemente seamos traídos a la esfera de lo terrenal, y él ya ha obtenido la victoria; porque todo lo que pertenece al hombre natural está sometido a él.

Sólo lo que pertenece a Cristo no está bajo el dominio de Satanás. Todo lo demás puede ser manejado por Satanás. Así que, si él logra introducir entre nosotros cosas simplemente humanas –pensamientos, ideas, conceptos, formas de ver las cosas que no vienen de Cristo–, él entonces ha ganado ventaja sobre nosotros. Así es como él siembra la cizaña junto al trigo, y por eso es tan difícil distinguir al principio entre ambas. La obra del hombre, la imitación del alma, puede ser tan parecida a la vida del Espíritu. Podemos incluso usar el mismo lenguaje, hablar las mismas palabras, pero hacerlo desde el terreno de lo meramente natural, y no desde el terreno de lo espiritual; y hay un universo de diferencia entre lo uno y lo otro.

La obra de restauración del Señor es una restauración en la vida de resurrección y en el terreno del Espíritu. Ella consiste en traernos al terreno del Espíritu, donde Dios está gobernando y reinando por medio de su Hijo Jesucristo.

Deformación y restauración plena

Al seguir leyendo, descubrimos

que el reino de los cielos es también semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo. Si leemos con atención esta parábola y la siguiente, pues son gemelas, descubrimos algo que tiene un cierto carácter antinatural. Naturalmente, una semilla de mostaza produce un arbusto. Pero aquí el Señor dice que se hace un árbol. Y dice, además, que vienen las aves del cielo y hacen nido en sus ramas.

Ahora, si usted quiere ser consistente al entender la Palabra del Señor, debe considerar que esas aves tienen que significar lo mismo que las de la parábola del sembrador. Y también, que esta parábola está emparentada con el sueño del rey Nabucodonosor, quien veía un árbol grande cuyas ramas se extendían y tocaban el cielo, mientras venían todas las aves del cielo y anidaban en sus ramas, y las bestias se cobijaban bajo ellas. Esto nos habla de la obra del hombre natural, y de cómo la iglesia, la obra de Dios en el mundo, puede ser deformada, y llegar a crecer de una manera antinatural, de tal manera que incluso las aves del cielo, es decir, los elementos malignos, llegan a entrar en ella.

Efectivamente, si uno revisa la historia, después de los años en los que la iglesia fue perseguida y diezmada continuamente, hallamos que a partir del 312 D. de C., Satanás cambió de táctica. Entonces, un emperador llamado Constantino, «se convirtió» al cristianismo, y declaró al cristianismo la religión oficial del Imperio. En ese momento, muchos hermanos se alegraron y lo tomaron como una bendición de Dios, porque diez años antes

había ocurrido la más grande de las persecuciones, bajo el emperador Diocleciano.

Los hermanos dijeron: «Este es un hombre enviado de Dios». Pero, a partir de Constantino, las puertas de iglesias se abrieron para que cualquier cosa pudiese entrar; es decir, las aves del cielo y las bestias de la tierra. Por ello, el árbol creció y se hizo enorme. Pero no creció con la vida de Dios, sino que creció con las cosas y los elementos de la tierra y del mundo. Ese crecimiento trajo una tremenda confusión y daño hasta el día de hoy.

Por eso Dios se ve en la necesidad de restaurar, de recuperar, porque algo anormal, algo que no pertenece a la naturaleza de la iglesia ha sido introducido entre los hijos de Dios; cosas que vienen de afuera, del mundo, del hombre, y aun del mismo Satanás. Y la iglesia tiene que desprenderse de todo eso, para ser única y exclusivamente el testimonio de Dios.

Lo que procede del hombre no puede ser testimonio de Dios sobre la tierra, por muy bueno, cabal, eficiente, organizado y productivo que sea. Nunca podrá expresar a Dios. Si hay algo del hombre agregado a la obra de Dios, si hay un pensamiento humano introducido en la obra de Dios, entonces esa obra se vuelve incapaz de expresar a Dios.

Vemos este árbol enorme, lleno de aves y bestias. Nunca fue la cristiandad tan grande como en la Edad Media. Nunca fue tan poderosa y nunca estuvo tan lejos de expresar al Señor. Por esta causa, Dios comenzó una obra de recuperación, que lentamente nos ha venido trayendo de regreso al te-

rreno donde Cristo, y solamente él, es nuestra vida, fundamento y nuestro todo. ¿Cuál es el testimonio? Que Jesucristo es suficiente para nosotros. Que sólo lo necesitamos a él, y nada más. Hasta que todo lo demás haya sido desechado y excluido. Y esa será nuestra victoria: la victoria de él en nosotros.

Por ello, hermanos, al final, encontramos otras dos parábolas: la del tesoro escondido y la de la perla de gran precio. Pienso que esas parábolas tienen dos significados. Un primer significado se refiere al valor que Dios nos dio en su gracia, y a la obra de Cristo a favor de nosotros. Ciertamente, el Señor nos buscó, nos encontró, dio su vida por nosotros, y nos salvó.

Pero, además, se refieren a cómo nosotros podemos recobrar a Jesucristo.

Dice él: «*El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo*». El tesoro estaba escondido. ¿Puede ver usted que, bajo capas y capas de cristianismo y de tantas cosas añadidas a la obra y a las iglesias en la tierra —la expresión terrenal del testimonio de Dios— hay de verdad un tesoro escondido? Ese tesoro es Jesucristo. Pero hay una sola forma de obtenerlo: usted tiene que deshacerse de todo lo que posee, para tener únicamente a Jesucristo. Ese es el precio. El mismo que el pagó por nosotros. Entonces podremos recuperarlo en plenitud y, con él, el testimonio de Dios. Amén.

* * *

Como una aguja tocada por un imán

El corazón de un creyente afectado por la gloria de Cristo, es como una aguja tocada por un imán. Él no puede permanecer más quieto o satisfecho a distancia, aunque sus movimientos sean débiles y trémulos. Él está continuamente siendo inclinado a él, mas no llegará a su descanso en este mundo. Con todo, allá en el cielo, con Cristo siempre delante de nosotros, podremos mirarle firmemente a él en toda su gloria. Esta visión constante traerá refrigerio eterno y alegría a nuestras almas.

John Owen en *La Gloria de Cristo*

El hijo vuelve a sus raíces

Es indiscutible que una cultura no puede soportar indefinidamente la desintegración del matrimonio, de la familia y del hogar. La familia es esencial para la perpetuación y preservación de la humanidad; es básica para el orden social y el principal ambiente para la instrucción y el crecimiento. El mandamiento de Dios a Israel incluía la responsabilidad de instrucción religiosa en la familia (Deut. 6:4-9). En la familia se establecen sistemas de valor; se aprende el respeto de la autoridad, disciplina, amor, respeto, se toma la dirección en la vida.

Aunque pueda parecer, años más tarde, que el hijo repudia grandemente lo que aprendió en el hogar, ciertamente él tiene una gran ventaja sobre aquel que no recibió orientación bíblica en casa. En la crisis, generalmente, el hijo retorna a sus raíces.

Richard C. Halverson

La ciudad de Dios, que es la iglesia, tiene un glorioso destino final, pero en la actualidad enfrenta grandes desafíos.



La ciudad de Dios

Rubén Chacón

Nuestra Biblia es una colección de 66 libros, todos y cada uno de ellos inspirados por el Espíritu Santo. Cada uno de ellos tiene su razón de ser; ninguno sobra, ninguno falta. Por ejemplo, ¿qué sería de nuestra Biblia si faltara el libro de Apocalipsis? La Biblia, sin el libro de Apocalipsis, sería un libro sin final. No es una casualidad que este libro esté puesto al final. Es el último libro, y está ubicado en el lugar correcto, porque es la conclusión de la Biblia.

La última visión

Todo lo que transcurre desde el Génesis en adelante tiene su culminación en el libro que está puesto en el último lugar de la Biblia, el Apocalipsis. Todo lo que comienza en el Génesis tiene su cumplimiento, su culmi-

nación, su consumación, en el libro de Apocalipsis.

Quisiera que nos fijáramos con qué visión termina el libro de Apocalipsis, que cierra toda la revelación. Entonces, quiero invitarlos a mirar en Apocalipsis 21, vers. 9 en adelante. *«Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero».*

Con esta última visión se cierra el libro y se cierra la Biblia. *«Yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero».* La visión, entonces, va a tratar acerca de la iglesia. La iglesia del Señor Jesucristo es la desposada del Cordero. El Apocalipsis termina con la visión acerca de la iglesia, y en esta visión nos es revelada la esposa del Cordero.

¿Por qué es que el Apocalipsis termina con la revelación de la desposada del Cordero? Porque la iglesia es el cumplimiento del eterno propósito de Dios. Cuando, en la eternidad pasada, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, concibieron este plan eterno y se propusieron llevarlo a cabo a través de los siglos, el resultado final es precisamente el que tenemos en esta última visión.

Dios el Padre, eternamente, ha querido una novia para su Hijo. Juan la vio hace dos mil años. Pero el Señor Jesucristo, el amado del Padre, la vio en la eternidad pasada. Tal como es descrita en esta última visión, así la vio el Hijo en la eternidad pasada. Y por eso, cuando él la vio, la amó. Y aun cuando supo, en su presciencia, que ella iba a caer —y que por el pecado iba a caer tan bajo que los profetas la iban a describir como una ramera— no obstante, como la vio consumada, en su estado final, de todas maneras estuvo dispuesto a amarla, a redimirla y a hacerla su iglesia gloriosa. ¡Bendito sea el Señor! El Señor la amó primero, y porque la amó, fue capaz de entregarse a sí mismo por ella.

Dios nos ama hoy, nos soporta hoy, nos tiene paciencia hoy. Y, ¿saben por qué nos ama? Porque él ya nos ve terminados. Él ya nos vio en nuestro estado final; sabe que lo que somos hoy no es lo que seremos mañana. ¡Aleluya! Él tiene la capacidad de vernos ya acabados, perfeccionados; y como él ya nos ve así, anticipadamente, nos puede amar y soportar y tenernos toda la paciencia que sea necesaria.

Que esta visión también nos ayude a tener paciencia unos con otros. Por

eso, es bueno el ejercicio de decirle al hermano: «Hermano, tenme paciencia. No siempre voy a ser como soy hoy; mañana seré como Dios me ha destinado a ser». ¡Alabado sea el Señor!

Una novia gloriosa, una novia perfecta, una novia preparada, vestida de lino fino, blanco y resplandeciente. Una novia dispuesta para su marido. Ya Juan la vio hace dos mil años, ya Jesucristo la vio en la eternidad pasada, y es bueno que nosotros también la veamos. Vamos hacia allá, es nuestro destino final, y Dios es fiel para lograr su propósito.

La santa ciudad

Ahora, continuemos con el versículo 10. Cuando Juan se apresta a ver a la desposada del Cordero, yo no sé si él tuvo una sorpresa, pero para nosotros resulta sorprendente. Luego que el ángel lo invitó a verla, dice Juan: *«Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios»*.

Dijimos que esta visión es acerca de la iglesia, la esposa del Cordero. Pero cuando Juan mira, ¿qué es lo que ve? Ve una ciudad. No sé si eso le sorprende a usted. Porque cuando se le va a mostrar la iglesia, lo que ve Juan es una ciudad. Una ciudad muy especial, por supuesto, no una ciudad cualquiera; pero es una ciudad.

Entonces, ¿la desposada es la ciudad? ¿No se le va a mostrar aquí el lugar donde vive la desposada? No, a Juan se le está mostrando la novia misma. La novia misma es esta ciudad. Por supuesto, por otras Escrituras sabemos que el Señor también nos

tiene preparada una ciudad literal. Si vamos a resucitar con cuerpo, entonces tiene sentido que también vamos a vivir en una ciudad celestial. Pero en esta visión, esta ciudad no es la habitación de la iglesia; es la iglesia misma revelada de esa manera. ¡Alabado sea el Señor!

Entonces, cuando a Juan se le muestra la novia en su plenitud, habiendo alcanzado la perfección, es interesante que a él no se le muestre la novia, ni como el cuerpo de Cristo, ni como la familia de Dios, ni como el pueblo de Dios, ni como el templo del Espíritu Santo, sino como una ciudad.

Por las cartas del Nuevo Testamento, sabemos que estas figuras con que se describe a la iglesia son muy comunes: la iglesia es el cuerpo de Cristo, es la familia de Dios, es el templo del Espíritu Santo. Pero muy poca atención ponemos a este hecho: que la iglesia también es la ciudad de Dios. La iglesia es una ciudad; nosotros somos una ciudad. Y no cualquier ciudad: somos la ciudad de Dios, la ciudad que tiene su origen arriba, que tiene su origen en el cielo, y que está aquí en la tierra, pero que es de arriba.

La iglesia es la ciudad de Dios. Y lo que me llama la atención, hermano, es que la figura o la metáfora que se escoge para revelar a la iglesia en su plenitud sea la de una ciudad. Quiere decir entonces que, hasta que la iglesia no sea la ciudad de Dios en la práctica, el propósito de Dios no estará plenamente alcanzado.

A la hora de revelar la plenitud de la iglesia, ésta es vista como la ciudad de Dios. Es una ciudad compuesta de piedras vivas. Los cimientos de la ciu-

dad son doce, cada uno de ellos es una piedra preciosa, y esas piedras preciosas corresponden a los doce apóstoles del Cordero. Esta ciudad está formada de piedras vivas, está hecha de personas. Esta ciudad somos nosotros, que fuimos tomados del polvo, convertidos en piedras vivas; pero que finalmente, no sólo seremos piedras, sino piedras preciosas.

Algunos aspectos de la visión

No tenemos tiempo para comentar toda la visión que va desde Apocalipsis 21:9 a 22:5, pero quisiera destacar algunas características principales, donde es fácil ver que esta ciudad de Dios que es la iglesia tiene la plenitud de Dios.

En el versículo 11, cuando Juan la comienza a ver, lo primero que le llama la atención de esta ciudad santa, que descende del cielo y descende de Dios, es que *tiene la gloria de Dios*. La iglesia, como la ciudad de Dios, contiene la gloria de Dios y resplandece. Porque una cosa es contener la gloria de Dios y otra cosa es reflejar la gloria de Dios. Pero esta ciudad que es la iglesia no sólo contiene la gloria de Dios, sino que la refleja, la expresa, la proyecta. La gloria de Dios resplandece a través de ella. Hoy día, la iglesia contiene la gloria de Dios, y en algún grado la iglesia expresa esa gloria. Pero aquí está vista en su plenitud; aquí refleja en forma plena la gloria del Señor.

El versículo 12 dice que además *tiene un muro grande y alto*. Su altura es de más de sesenta metros. ¿Ha visto alguna ciudad que tenga muros tan altos? ¿Qué indica este muro en esta

revelación de la iglesia? Este muro hace separación entre lo santo y lo profano. Esta es una ciudad santa, no hay mezcla en ella; ya está completamente separado lo que es de Dios y lo que no es de Dios, lo santo de lo inmundado.

Por eso, dice el vers. 27: «*No entrará en ella ninguna cosa inmundada, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero*». Así que este muro hace separación, indica que en ella ya no hay mezcla, ya no hay confusión; es una iglesia santa, perfectamente santa, una ciudad santa.

Qué interesante el 22:3: «*Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella*». ¿Dónde se ha establecido finalmente el trono de Dios? Dentro de la ciudad que es la iglesia. Eso quiere decir que Dios ha tomado pleno control de la iglesia, que ella está perfectamente sujeta a Dios y a Cristo, que en ella se hace ahora la perfecta voluntad de Dios, sin

La iglesia no sólo debe salir de Babilonia, sino que también debe regresar de la división. Al igual que Israel, la iglesia está desparrramada, está disgregada. Y nosotros tenemos este llamamiento del Señor no sólo a regresar de Babilonia, sino también a regresar de la división.

ningún atisbo de rebelión ni de insubmisión. «*Y sus siervos le servirán*». Sin resistencia, sin rebeldía, sin oposición, sus siervos, voluntariamente y de todo corazón, le servirán.

Quise empezar con el trono. Volvamos ahora al 22:1: «*Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero*». Por eso quise primero hacer notar que el trono de Dios y del Cordero está establecido en la iglesia, porque de ese trono sale un río limpio de agua de vida. ¿No es acaso lo que dijo el Señor Jesucristo en el evangelio de Juan? «*El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva*». Es esto lo que estamos viendo acá: un río limpio de agua de vida que sale del trono de Dios y del Cordero, y que corre al interior de la ciudad, al interior de la iglesia.

Versículo 2: «*En medio de la calle de la ciudad, y a uno y a otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones*». También el árbol de la vida está plantado en ella.

En el Génesis, el árbol de la vida fue puesto fuera del hombre, en el huerto, porque Dios quería que el hombre accediera voluntariamente a él. Adán no tenía prohibición de comer del árbol de la vida. Dios quería que Adán comiera voluntariamente del árbol de la vida, y una vez que hubiese comido, ese árbol habría pasado a estar dentro de Adán. Pero lo que no se logró con Adán, nuestro Señor Jesucristo, el postrer Adán, ha permitido en su gracia que ese árbol ahora

esté implantado en nuestros corazones.

Así que, ¿cómo no va a ser ésta la plenitud de la iglesia? El árbol de la vida está en medio de ella, el trono de Dios y del Cordero está establecido en ella. Ella contiene la gloria de Dios, y no sólo la contiene, sino que la refleja. ¡Alabado sea el Señor! Hay un río limpio de agua viva que corre por su interior. Así que ésta es claramente la plenitud de la iglesia, esta es claramente la visión del estado final y consumado de la iglesia.

La iglesia como ciudad de Dios hoy

Traigamos ese futuro, ahora, al presente. Y la pregunta es: Esta visión de la iglesia, ¿es aplicable en el presente? ¿La iglesia es hoy día la ciudad de Dios, o esta visión ha de ser interpretada como algo que llegaremos a ser en la eternidad, pero que hoy no lo somos?

Por supuesto, la plenitud no la tenemos hoy, pero, ¿por eso no somos hoy la ciudad de Dios? Quiero declarar que somos la ciudad de Dios, aun cuando no hayamos alcanzado la plenitud; porque tampoco hemos alcanzado la plenitud de ser el cuerpo de Cristo, de ser la familia de Dios, de ser el templo del Espíritu Santo, pero lo somos hoy. De la misma manera, la iglesia hoy es la ciudad de Dios.

Entonces, mire qué interesante; yo creo que esto nos puede cambiar un poco la perspectiva y la visión: La iglesia en Temuco es la ciudad de Dios en Temuco, la iglesia en Antofagasta es la ciudad de Dios en Antofagasta, la iglesia en Londrina es la ciudad de Dios en Londrina. No sólo es el cuerpo de Cristo, no sólo es el templo del Espíritu Santo; es también la ciudad de Dios.

No necesito demostrar —porque conocemos la Palabra— que en cada ciudad del Nuevo Testamento donde hubo iglesia, hubo siempre una sola iglesia. La iglesia local fue siempre la iglesia de la localidad, la iglesia de la ciudad, y por esa razón siempre fue una, y no hay ningún texto del Nuevo Testamento en que en una localidad la palabra *iglesia* aparezca en plural.

¿Y cuál es la razón? —Porque ese es el hecho totalmente demostrable por el Nuevo Testamento— ¿Cuál es la explicación? ¿Por qué la iglesia en la localidad es una? ¿Por qué no puede ser más de una? Una de las posibles respuestas puede estar aquí: Si la iglesia es la ciudad de Dios, entonces dentro de la ciudad puede haber una sola iglesia.

A una ciudad le corresponde solo una ciudad. Y más aún, podemos preguntarnos: ¿Qué porte ha de tener la ciudad de Dios en la ciudad de Londrina? Va a tener el porte de la ciudad de Londrina; sus límites van a ser los límites de la ciudad.

Territorialmente, la iglesia como la ciudad de Dios ocupará el espacio de la ciudad de Londrina, de la ciudad de Temuco, de la ciudad de Antofagasta. Culturalmente, la iglesia en esa localidad debe, además, ser una iglesia autóctona, es decir, una iglesia originaria del lugar. Pero también debe ser una iglesia idiosincrásica, es decir, que debe tener un modo propio y peculiar del pueblo mismo en que ella se levanta, que corresponde a su naturaleza, a su etnia, a su raza.

Y desde el punto de vista del gobierno, esa iglesia local que es la ciu-

dad de Dios en esa localidad, debe ser autónoma. Autónoma de cualquier jerarquía humana, para que sea sólo de Cristo y sólo Cristo sea su cabeza. Autónoma, no para hacer lo que quiera, sino libre para ser de Cristo, sujeta a Cristo y obediente a él.

De tal manera que, si en una localidad la iglesia no está siendo fiel a Cristo, no está sujeta a su cabeza, los obreros o las otras iglesias tienen derecho a exhortarla. No hay jerarquía humana sobre la iglesia. Cristo es la cabeza de la iglesia, pero nosotros podemos velar unos por otros, reclamando esa fidelidad a Cristo. No queremos ninguna jerarquía humana gobernando a la iglesia, pero sí queremos verla sujeta a Cristo y obediente a Cristo, y para ese efecto necesitamos el cuidado de todos, la exhortación de todos, la enseñanza de todos. ¡Alabado sea el Señor!

Así que, hermano, por unos momentos, póngase esta visión en su mente y en su corazón. Piense en la iglesia local donde usted pertenece, y concébase por algunos segundos como la ciudad de Dios en esa localidad.

La iglesia local es la ciudad de Dios en esa localidad, y está llamada a dar testimonio del Señor, a contener y reflejar la gloria de Dios, a construir ese muro que indique que ya no hay mezcla en ella, que es pura y santa, que en ella no entra cosa inmundada o que hace abominación. Está llamada a dar testimonio de que el trono de Dios, el gobierno de Dios, la autoridad de Dios, es plenamente expresado a través de ella; que el árbol de la vida la sustenta y la alimenta, y que el río de agua viva la riega, la purifica. Ese es nuestro desafío.

Ahora, hermanos, la iglesia local, que es la ciudad de Dios en la localidad, está formada por todos los hijos de Dios que viven en esa localidad. La iglesia local, que es la ciudad de Dios, por el hecho de que es una, que no puede haber dos ni tres, incluye a todos los que Dios ha recibido y que viven en esa localidad. Si Dios los ha recibido, nosotros no podemos rechazarlos; si son hijos de Dios, son nuestros hermanos.

Así que, la iglesia local, que es la ciudad de Dios, que está llamada a manifestar la plenitud de Dios en esa localidad, tiene que reunirse bajo el principio de la localidad. ¿Y cuál es ese principio? Que somos una sola iglesia, que somos un solo cuerpo, que formamos parte de una sola ciudad, con todos los que Dios en esa ciudad ha recibido; que somos uno con todos los que invocan el nombre del Señor en esa localidad.

El desafío de la unidad de la iglesia

Así que, cuando estamos hablando de la restauración del testimonio del Señor, en este punto es necesario que volvamos a desafiarlos con respecto a la unidad de la iglesia. Nosotros solos –dicho de manera exclusiva– no podemos confesarnos la iglesia local. No podemos en nuestro corazón, ni en nuestra actitud, ni en nuestra declaración, dejar a ningún hijo de Dios fuera.

Que el Señor nos ayude para no cerrarnos. El hermano Christian Chen también lo dijo en la Conferencia anterior. Dijo que nosotros seguimos el camino de Filadelfia, pero no nos podemos declarar Filadelfia, no nos po-

demos poner la etiqueta ‘Somos la iglesia de Filadelfia’. Podemos participar del camino que nos muestra la revelación de esa iglesia, pero el día que nosotros decimos ‘Yo soy Filadelfia’, entonces nos hemos convertido en la iglesia de Laodicea.

Porque cuando nos cerramos, hermanos, ¿saben lo que ocurre? Decimos a partir de ese momento: «Somos la iglesia local. Que vengan todos los que quieran a sumarse a la iglesia local». Como nosotros ya lo somos, a los demás, ¿qué les queda? Venir a sumarse a nosotros. Sin embargo, nuestra actitud no debe ser esperar que los demás vengan a nosotros, que somos la iglesia local, sino nosotros, ‘errantes soñadores’, vamos en busca de nuestros hermanos.

El hermano Christian nos enseñó el año pasado que Israel ha tenido dos regresos, de dos cautiverios. En el primero, Israel volvió de Babilonia, con Zorobabel, Esdras y Nehemías. Pero, a partir de 1948, Israel experimentó un segundo regreso, y esta vez fue del hecho de estar dispersos por las naciones del mundo. Entonces, él hacía esta aplicación a la iglesia: La iglesia no sólo debe salir de Babilonia, sino que también debe regresar de la división. Al igual que Israel, la iglesia está desparramada, está disgregada. Y nosotros tenemos este llamamiento del Señor no sólo a regresar de Babilonia, sino también a regresar de la división.

¿Nos ofrendaremos al Señor para esta tarea que humanamente es imposible? Cuando uno plantea esto, obviamente, vienen mil preguntas respecto de cómo, dónde, cuándo, hasta qué límites. Sí, porque hay peligros,

hay desventajas, hay cientos de cosas. Pero, como nos decía el hermano Hoseah Wu, Dios quiere ganar algo en esta Conferencia. No sólo nosotros queremos ganar algo; Dios también quiere ganar algo.

La iglesia es la ciudad de Dios, y la iglesia, como la ciudad de Dios, es una en cada localidad, y está conformada por todos los hijos de Dios, aunque estén dispersos, aunque estén en las denominaciones, y aunque estén en el mundo todavía. Porque, ¿cuántos hijos de Dios hay en la localidad que todavía no han sido salvos, que todavía no han sido regenerados? Así que ni siquiera estamos hablando sólo de los que ya son, sino aun de los que han de ser. Así que no sólo la unidad de la iglesia, sino que también la evangelización, es algo que no podemos dejar a un lado, y que tenemos que tener en nuestro corazón permanentemente.

Como hoy no vamos a resolver el problema de la unidad, por lo menos yo les animo y les desafío, en el nombre del Señor, a que abramos el corazón un poco más, y a lo menos empecemos a orar. Derribemos cualquiera barrera que aún esté en nuestro corazón. Aun si nuestras declaraciones necesitan ser corregidas, hagámoslo, en el nombre del Señor. Démosle a Dios el espacio y la posibilidad de que él nos pueda convertir en soñadores como José, que —enviados por el Padre— salen en busca de sus hermanos.

Yo quiero seguir soñando, y en el nombre del Señor les desafío a que lo hagamos juntos, a que le permitamos al Señor usarnos en la restauración de su testimonio.

La historia de la restauración, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, está regada con las lágrimas de los restauradores.

Las lágrimas de la restauración



Gonzalo Sepúlveda

Hermanos amados, ayer se nos compartió acerca de la gloria de la Nueva Jerusalén. ¡Qué difícil resulta describir tal hermosura! Recibimos gran consuelo al saber que vamos hacia allá. ¡Qué precioso destino tenemos!

Hoy estamos aquí, en las limitaciones de la carne y de la sangre, en medio de un mundo que está entero bajo el maligno. Pero viene el día en que ya no estaremos en este tabernáculo cansado, frágil y enfermizo, sino en uno semejante al cuerpo de la gloria suya, y por la eternidad reinaremos con el Señor.

Nuestro tema es la restauración. La restauración supone que hubo una des-

gracia, una caída, un cautiverio, un fracaso muy grande. Entonces, es necesario que se produzca un movimiento que restaure. Y, como ya se ha dicho, la iniciativa debe tomarla Dios.

El cautiverio del pueblo antiguo

«Amargamente llora en la noche, y sus lágrimas están en sus mejillas» (Lam. 1:2). Esta es la condición de Jerusalén en días de Jeremías. El profeta llora amargamente mientras ora y escribe. Estas son las lágrimas durante la caída.

«¡Cómo se ha ennegrecido el oro!
¡Cómo el buen oro ha perdido su brillo! Las piedras del santuario están esparcidas por las encrucijadas de to-

das las calles. Los hijos de Sion,preciados y estimados más que el oro puro, ¡cómo son tenidos por vasijas de barro, obra de manos de alfarero!» (Lam. 4:1-2). «Los ancianos no se ven más en la puerta, Los jóvenes dejaron sus canciones. Cesó el gozo de nuestro corazón; nuestra danza se cambió en luto. Cayó la corona de nuestra cabeza; ¡Ay ahora de nosotros! porque pecamos... Mas tú, Jehová, permanecerás para siempre; tu trono de generación en generación... Vuélvénos, Oh Jehová, a ti, y nos volveremos; renueva nuestros días como al principio (Lam. 5:14-16, 19, 21).

Con gran dolor, el profeta deja estampada la terrible condición del pueblo de Israel en aquellos días. Sin embargo, el cautiverio babilónico al que fueron llevados no duraría para siempre. La fecha de término eran setenta años. (Jer. 25:11).

Veamos las lágrimas de la restauración en el profeta Daniel: *«En el año primero de Darío hijo de Asuero... yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años».* Daniel estudia las Escrituras, ¡y descubre que el tiempo se ha cumplido! Entonces se derrama en oración y ruego: *«Y volví mi rostro a Dios el Señor; buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza. Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente,*

y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas ... Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario solado... » (Dan. 9:3-5, 17).

Dios encontró en Daniel a un siervo que se derrama delante de él, y rápidamente viene un ángel del cielo a consolarle. Para que haya restauración en este tiempo, ¡deben existir Danieles que conmuevan los cielos con su oración!

La respuesta a esta oración la encontramos en el libro de Esdras: *«En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén. Y a todo el que haya quedado, en cualquier lugar donde more, ayúdenle los hombres de su lugar con plata, oro, bienes y ganados, además de ofrendas voluntarias para la casa de Dios, la cual está en Jerusalén».*

Oh, hermanos, la respuesta del cielo proveyó todas las cosas que se necesitaban. Un rey poderoso, Ciro de Persia, fue el instrumento de Dios.

¡Qué buena noticia! «*El que haya quedado...*». Muchos judíos despertaron con este anuncio, e hicieron rápidamente los preparativos y muchos regresaron a Jerusalén.

Lágrimas de restauración

En el libro de Esdras 3:12 se describe el espíritu de aquellos días de restauración de la casa de Dios: «*Y muchos de los sacerdotes, de los levitas y de los jefes de casas paternas, ancianos que habían visto la casa primera, viendo echar los cimientos de esta casa, lloraban en alta voz, mientras muchos otros daban grandes gritos de alegría. Y no podía distinguir el pueblo el clamor de los gritos de alegría, de la voz del lloro; porque clamaba el pueblo con gran júbilo, y se oía el ruido hasta de lejos.*»

Los más jóvenes cantaban. Ellos veían la victoria presente. Estaban contentos por lo que estaba ocurriendo; cantaban y danzaban. Pero había algunos ancianos, de ochenta o más años de edad. Ellos habían sufrido todo el triste destierro hacia el cautiverio, con Jeremías habían llorado las Lamentaciones del capítulo 5. Pudiendo haberse quedado cómodos en Babilonia, prefirieron hacer todo el camino de retorno, ¡oyeron a su Dios! Ellos, que habían colgado las arpas en los sauces porque no podían cantar cánticos del Señor en tierra de extraños (Sal. 137), esperaron setenta años para descolgar las arpas: «Allá rendiremos culto, en el lugar que nuestro Dios ha escogido. ¡Vamos!». Y a duras penas llegaron, y cuando vieron que se echaban los cimientos de la casa, intentaron cantar, pero no pudieron. En ese

momento, sólo pudieron llorar, y lloraron a gritos.

De seguro, ellos pensaron: «Por nuestras fuerzas, jamás se podría haber hecho esto. Nosotros sólo aportamos pecados, sólo aportamos carnalidad e idolatría, así entorpecimos el propósito del Señor. Pero Dios en su infinita misericordia nos recupera, nos trae de vuelta a su casa». Y ahora, al ver los cimientos, lloran y se derraman delante del Señor.

¿Restauración queremos? La restauración es con lágrimas. Se llora mientras la casa de Dios se edifica, porque algo se ha visto de la gloria de la primera casa, y de su ruina posterior. La característica de aquellos judíos piadosos, era que ellos «**habían visto la casa primera**». Ellos jamás se conformarían con un sustituto babilónico. Muchos de ellos murieron sin consuelo, y esta generación de los días de Esdras y Nehemías tuvo la gracia de ver en sus días la restauración del testimonio del Señor sobre la tierra.

Somos bienaventurados si nuestros ojos espirituales se han abierto para «ver la casa de Dios», es decir la iglesia, el testimonio del Señor hoy sobre la tierra, la cual ciertamente no es un edificio en un lugar geográfico determinado. Las Escrituras no nos muestran una organización de manufactura humana, sino un organismo vivo, formado por hombres y mujeres redimidos que viven la vida de Cristo, en comunión unos con otros, bajo el gobierno del Espíritu Santo.

Hoy estamos viendo un poco más claramente lo que es el amor de hermanos, la centralidad de Jesucristo, la vida de Cristo formado dentro de

nosotros, algo estamos viendo de la gloria de Dios en medio de su casa. Bendigamos al Señor, porque no ha sido por nuestra fuerza, ni por nuestra capacidad, sino por la infinita fidelidad, misericordia y gracia de nuestro Dios. ¡A él sea el honor, la gloria y toda la alabanza!

Más lágrimas

Hay más lágrimas. Hay lágrimas en Daniel capítulo 9; hay lágrimas en Esdras capítulo 9 y también en Nehemías capítulo 9. ¿Por qué llora Esdras?

Cuando oí esto, rasgué mi vestido y mi manto, y arranqué pelo de mi cabeza y de mi barba, y me senté angustiado en extremo. Y se me juntaron todos los que temían las palabras del Dios de Israel, a causa de la prevaricación de los del cautiverio. (Esdras 9:3-4). ¡Qué percepción espiritual tiene Esdras! Él sabe precisamente en qué punto se encuentran. «Deberíamos estar aun cautivos, pues lo merecemos. Dios ha levantado un remanente, y por Su misericordia estamos aquí restaurando todas las cosas».

Sin embargo, en plena restauración, también se cometieron pecados. Entendamos esto: Hubo pecados que provocaron el cautiverio (días de Jeremías). Pero los pecados que Esdras confiesa aquí, ¡son los pecados en plena restauración! ¿Qué nos querrá decir el Señor a nosotros con esto?

Déjenme decirles algo: los pecados que se cometan en este tiempo, después de todo lo que hemos visto, tienen una gravedad mayor, porque nuestra responsabilidad es mayor hoy. Mientras más cerca estemos del Se-

Ese llanto amargo será el comienzo de una verdadera restauración. Después de aquella saludable crisis, lloraremos amargamente, y nos pondremos al lado de Dios, contra nuestra carne. Esto es un síntoma de madurez en los hijos de Dios.

ñor, los pecados de los hijos de Dios parecen ser aun más graves.

Miremos Esdras 10:1. *«Mientras oraba Esdras y hacía confesión, llorando y postrándose delante de la casa de Dios, se juntó a él una muy grande multitud de Israel, hombres, mujeres y niños; y lloraba el pueblo amargamente».* ¿Podemos ver aquí la unidad de la iglesia? Cuando Esdras llora, cuando pide perdón, no está solo. Daniel estaba solo; pero Esdras está acompañado. La restauración ha avanzado. En términos del nuevo pacto podemos decir que «el cuerpo está tomando forma». Hoy, Dios está reuniendo hombres y mujeres quebrantados de corazón.

No sólo los hombres; también las mujeres están incluidas, y los niños. Que los niños aprendan de los fracasos de los viejos, y juntos nos postremos delante del Señor, y lloremos santificándole.

Dios miró con agrado esta humillación de su pueblo. El Señor se agradó de un clamor como el de Daniel y

de Esdras, y de toda aquella multitud que lloraba amargamente. Luego siguió adelante la restauración. Dios de nuevo se movió, y finalmente se logró el objetivo de los hijos del cautiverio.

Estas son las lágrimas de la restauración.

Las lágrimas de Pablo

Vamos ahora al Nuevo Testamento. Pablo reúne a los ancianos de las iglesias de Mileto y Éfeso. *«Cuando vinieron a él, les dijo: Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos ... Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno»* (Hechos 20:18-19, 31). ¿Por qué llora el apóstol? En él se cumple la palabra profética: *«Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas»* (Sal. 126:5-6).

El apóstol sirvió con humildad y con lágrimas; y cuando amonestó, lo hizo con lágrimas de nuevo. Es dramático este relato. *«Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mis-*

mos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos» (Hechos 20:28-30).

Veamos estos dos aspectos que hicieron llorar al apóstol.

El primero es: *«Entrarán en medio de vosotros lobos rapaces»*. Los que entran. *«¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?»* (Gál. 3:1). Aquí hay un llanto en el corazón del apóstol: Alguien vino, y fascinó a los hermanos, y los alejó de la legítima devoción del Señor Jesucristo. Alguien los sacó de la gracia, de la fe, del Espíritu; los hizo volver a la carne, a las cosas externas.

Somos testigos de esta desgracia. Algunos, prometiendo libertad, han llevado a nuestros hermanos a esclavizarse una vez más, y en estos días, con lágrimas, hemos recibido a algunos amados hermanos que vienen huyendo de siervos que se enseñorearon de ellos.

Cristo formado en nosotros

«Tienen celo por vosotros, pero no para bien, sino que quieren apartaros de nosotros para que vosotros tengáis celo por ellos... Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál. 4:17, 19). Hermanos, las lágrimas en el servicio de Pablo eran porque Cristo aún no había sido formado; por tanto, la carne aún estaba viva, alguien había entrado a fascinar, a confundir a los hermanos con emociones pasajeras. Pero él llora de nue-

vo, llora hasta que Cristo sea formado en el corazón de los hermanos. Estas son las lágrimas que tendremos que volver a llorar.

«*Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo...*» (Flp. 3:18). Aquí ya no son personas que entraron desde afuera, sino que se levantaron de adentro. Este es el segundo motivo por el cual Pablo derramaba sus lágrimas en Mileto.

¿Quiénes son los enemigos de la cruz de Cristo? No son mundanos, son hermanos. Estos hermanos son los que siempre causan divisiones y tensiones; son los que resisten la autoridad, y muchas veces ellos mismos son autoritarios. Al oírles hablar, el Espíritu Santo nos da testimonio de su falta de quebranto. Se ve «al hombre», palpamos un ego muy grande, la vida de Cristo está aun encerrada, sin expresión. ¿Entendemos esto?

Hermanos, cuando la división quiere amenazar la iglesia, entonces se sabrá quién es quién en la casa de Dios, entonces se sabrá quién es amigo de la cruz de Cristo y quienes están del lado equivocado; quiénes son los que han avanzado algo en la restauración del testimonio del Señor. Aun hay lágrimas que llorar, el Señor nos socorra porque la carne todavía está presente.

Las lágrimas de Pedro

Hay otro llanto que debemos tener muy en cuenta: «*Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo*

fuera, lloró amargamente» (Mateo 26:75).

¿Por qué llora aquí Pedro? ¿No tenía él la revelación del Cristo? ¿No era él ya un hijo de Dios? No está llorando por lo que nosotros normalmente llamamos pecado. Él había dicho unos instantes antes: «*Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré*». Tenía un sentimiento de superioridad sobre sus hermanos, tenía un altísimo concepto de sí mismo, y cuando se ve confrontado a la prueba, fracasa estrepitosamente.

Los principales problemas que nosotros tenemos para avanzar en la restauración del testimonio del Señor, no son las debilidades morales. Porque, cuando alguien comete un pecado, por vergonzoso que sea, se humillará reconociéndolo. Pero el mayor problema que tenemos es el alto concepto que nos queda de nosotros mismos, es la firmeza en la carne, lo que consideramos «bueno» de nosotros mismos: «Yo no te negaré», dijo Pedro, contradiciendo a su Señor.

Luego, el Señor Jesús guarda silencio, sabiendo lo que espera a su vaso escogido. Nada hizo para evitar que Pedro le negara. Él pudo haber ordenado a Juan, a Mateo o a los otros: «¡Cuiden a Pedro, que no entre en el patio de Anás, porque allí me negará, impídanse, llévenlo a Betania, escondánlo en casa de Marta y María!». No, el Señor le dejó fracasar.

En aquella hora, Pedro supo quién era él realmente. ¡Qué vergüenza, qué dolor más grande! Recién llegó a conocerse a sí mismo. Allí sufrió la derrota de sus mejores atributos humanos: su arrojo, su valentía, su alto con-

cepto de sí mismo, su sentimiento de superioridad sobre sus hermanos. Sin embargo, estas lágrimas fueron las que marcaron su verdadera restauración.

Me temo que a muchos de nosotros el Señor no nos va a librar de estas vergüenzas, hasta que nos demos cuenta lo peligrosos que somos en nosotros mismos. Porque un siervo que pierda la confianza en su carne, se volverá manso, dúctil en las manos del Señor.

Cuán difícil es tratar con un hermano duro de carácter; con un hombre firme en sus posiciones, contestatario, argumentador, resuelto, lleno de juicios. Cree, mejor dicho, presume, que sus ideas, sugerencias y opiniones, son las mejores, y lucha por hacerlas prevalecer. ¿Cómo tratamos con él? Cuando un hombre no ha llorado amargamente, exhibe su propia firmeza, muy seguro de sí mismo. ¿Cómo lo tratamos? No queda otra alternativa que el Señor trate con él. El Señor tiene que derribarnos.

No son los problemas morales los que retrasan la obra de la restauración o la unidad de la iglesia. Son las posiciones firmes del hombre, las fortalezas de la carne, la justicia propia. Ese es el mayor problema para la restauración. Pero, como Dios se ha propuesto que nosotros resplandezcamos como luminarias, él ha fijado sobre ti y sobre mí sus ojos (Sal. 32:8-9), y lo que se ha propuesto, lo llevará a cabo.

Yo no sé qué medios usará Dios contigo o conmigo. He sufrido algunas de estas cosas, no sé cuántas me faltará sufrir todavía. Pero es una crisis necesaria, hermanos. Si Dios va a ganar algo con nosotros, tiene que tra-

tar con esas durezas, con esas posiciones rígidas, con esa falta de renovación en el entendimiento, con ese deseo de hacer las cosas siempre de la misma manera. Eso es religiosidad vana, a fin de cuentas. El Señor tiene que romper todo eso.

Tendrá que llevarnos al punto en que nos conozcamos vergonzosamente y lloremos nuestra miseria. Ese llanto amargo será el comienzo de una verdadera restauración. Después de aquella saludable crisis, lloraremos amargamente, y nos pondremos al lado de Dios, contra nuestra carne. Esto es un síntoma de madurez en los hijos de Dios.

Después de experimentar estos dolores, algo de aquella arrogancia natural, algo de aquella repulsiva autosuficiencia, irá muriendo. Que el Señor permita que caigamos de rodillas, porque cuando esto va muriendo, entonces se comienza a ver algo de la dulzura de Cristo, algo de la gracia, de lo apacible del carácter de Cristo. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Lágrimas en Apocalipsis

«Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjuagará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron...» (Ap. 21:3). Después viene la descripción de la gloriosa ciudad celestial, la desposada, la esposa del Cordero. ¿Quiénes estarán allí? Los que lloraron.

Oh hermanos: Jeremías, Daniel y Esdras lloraron por el pecado del antiguo pueblo del Señor. Y no estuvieron solos – muchos se acercaron para llorar delante del Señor. Y cuando se echaban los cimientos, se lloró.

Y cuando Pablo sirvió al Señor, lo hizo con lágrimas, a causa de los enemigos de la cruz de Cristo. Muchos tenían la doctrina de la cruz, pero no la realidad, y provocaban divisiones y tensiones en el pueblo, y Pablo lloraba por eso, y con lágrimas les amonestaba.

El Señor necesita hombres quebrantados de corazón. Aquellos que nunca lloran (no hablamos de una mera emoción), son incapaces de edificar la casa de Dios, de conducir a los santos a la ansiada madurez. Si no son tratados por el Señor pueden llegar incluso a maltratar a las ovejas. Dios trabajará con hombres quebrantados.

El fruto apacible

¿Cómo era Pedro antes de haber llorado amargamente? ¿Cómo le vemos después, en Pentecostés? Parecen dos hombres distintos. ¡Qué bien le hizo a Pedro ese llanto amargo! Le marcó el rumbo de lo que tenía que ser el verdadero servicio en el Espíritu.

¡El Señor nos hará un favor si nos derriba! El Señor me hará el favor más grande si quebranta la dureza de mi alma, que aprisiona la vida de Cristo.

El camino de la restauración es un camino con lágrimas. Si queremos presentarnos ante el Señor con gavillas, no esperemos sólo reuniones con mucha algarabía y danza. Pablo dice: «Cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo que es la iglesia». Hay aflicciones, porque todavía hay mucha carne presente. El Señor derribe esto. El día que el Señor te deje en silencio, el día que te quebrante, te hará un gran favor.

* * *

¿Por qué los cristianos no leen?

¿Por qué hoy en día los cristianos encuentran la lectura de los grandes libros difícil y más allá de sus capacidades? Ciertamente los poderes intelectuales no menguan de una generación a otra. Nosotros tan listos e inteligentes como nuestros padres, y cualquier pensamiento que ellos eran capaces de entender nosotros también somos capaces de entenderlo, sobre todo si estamos suficientemente interesados en hacer el esfuerzo. El mayor causante de la decadencia que existe en la calidad de la literatura cristiana actual, no es intelectual sino espiritual. Para disfrutar un gran libro religioso se requiere un grado de consagración a Dios y separación del mundo que pocos cristianos modernos tienen hoy. Los libros de los primeros padres cristianos, los místicos, los puritanos, no son difíciles de entender, pero ellos habitan en altas esferas, en las montañas, donde el aire es vigorizante y rarificado, y ninguno sino el que está enamorado de Dios puede llegar allí. Una razón del por qué la gente es incapaz de entender la gran literatura clásica cristiana es que están intentando entenderla sin tener intención alguna de obedecerla.

A. W. Tozer

LA ORACIÓN DE UN NIÑO

Ocurrió a fines del siglo XIX, en la gran ciudad de Nueva York. Era uno de los días más helados de febrero.

Un pequeño muchacho de unos diez años estaba parado delante de una tienda de calzado en Broadway, descalzo, mirando a través de la vitrina, y estremeciéndose de frío.

Una señora que iba por la calle en un hermoso carruaje, tirado por caballos finamente enjaezados, observó al pequeño en su precaria condición, e inmediatamente dio orden al cochero de detenerse ante la tienda. La señora, ricamente vestida de seda, descendió del carruaje, se acercó al muchacho, y le dijo: «Hijito, ¿qué miras con tanta atención?».

«Estaba pidiéndole a Dios que me diese un par de zapatos», fue la respuesta.

La señora lo cogió de la mano, entró en la tienda, y preguntó al propietario si le permitiría a uno de sus empleados ir a comprar seis pares de medias para el muchacho. Él dueño asintió prontamente. Ella le preguntó entonces si podía proporcionarle un lavatorio con agua y una toalla, y él contestó: «Ciertamente,» y con prontitud se los trajo.

La dama llevó al niño a la parte posterior de la tienda, y, quitándose sus guantes, se arrodilló y le lavó los pies, secándoselos con la toalla. En ese momento, el dependiente había vuelto con las medias. Poniéndole un par en los pies del muchacho, ella le compró y le dio un par de zapatos, y empaquetando los restantes pares de medias, se los dio, y dándole un golpecito en la cabeza le dijo: «Espero, hijito, que ahora te sientas más cómodo».

Cuando ella se retiraba, el muchacho sorprendido cogió su mano, y mirándola a la cara, con lágrimas en sus ojos, respondió su pregunta con estas palabras: «¿Es usted la esposa de Dios?».

*«Touching Incidents» (1895)
Solomon B. Shaw*

La incertidumbre en que viven muchos hijos de Dios se debe a no haber recibido en sus corazones un Cristo pleno, como la total provisión de Dios para ellos.



La total suficiencia de Cristo

C. H. Mackintosh

A partir del momento en que el alma es llevada a sentir la realidad de su condición delante de Dios –a la profundidad de su ruina, culpa y miseria– no podrá haber descanso hasta que el Espíritu Santo revele al corazón un Cristo pleno y todo-suficiente.

Esta es la única solución posible, y el remedio perfecto de Dios para nuestra completa pobreza.

Se trata de una verdad muy simple, pero de la mayor importancia; y podemos decir con toda seguridad, que cuanto más completa y profundamente el lector aprenda esto para sí mismo, mejor será. El verdadero secreto de la paz está en descender hasta el fondo

de un *yo* irremediamente culpable, arruinado y sin esperanzas, y ahí encontrar un Cristo todo-suficiente como la provisión de Dios para nuestra más profunda necesidad. Esto es verdaderamente descanso – un descanso que nunca puede ser perturbado.

En este artículo nos proponemos mostrar al lector necesitado, que en Cristo se encuentra atesorado para él todo lo que pueda llegar a necesitar, sea para atender las necesidades de su propia conciencia, los ardientes deseos de su corazón, o las exigencias de su camino.

Buscaremos probar, por la gracia de Dios, que la *obra* de Cristo es el único lugar de reposo verdadero para

la *conciencia*; que su *Persona* es el único objeto para el *corazón*; y que su *Palabra* es la única guía verdadera para el *camino*.

La obra de Cristo para la conciencia

Al considerar este importante asunto, hay dos cosas que exigen nuestra atención: primero, lo que Cristo hizo por nosotros; segundo, lo que él está haciendo para nosotros. En la primera, tenemos la expiación; en la última, la intercesión como Abogado. Él murió en la cruz por nosotros: él vive para nosotros sentado en el trono.

a) Lo que Cristo hizo por nosotros

Por su preciosa muerte expiatoria él suplió plenamente todo lo que tenía que ver con nuestra condición de pecadores. Él cargó nuestros pecados, y los llevó del todo y para siempre. Él llevó la culpa por todos nuestros pecados – los pecados de todos los que creen en su nombre. Jehová cargó en él todas nuestras iniquidades (Is. 53). *«Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios»* (1ª Ped. 3:18).

Esta es una verdad inmensa, y de total importancia para el alma necesitada – una verdad que se asienta en el propio fundamento de la posición cristiana. Es imposible que un alma despertada, espiritualmente esclarecida, pueda disfrutar de la paz divinamente establecida hasta que esta tan preciosa verdad sea recibida en simplicidad de fe. Debo saber, sobre la base de la autoridad divina, que todos mis pecados fueron quitados de la vista de Dios para siempre; que él mismo

se deshizo de ellos de modo que viniese a satisfacer todas las exigencias de su trono y todos los atributos de su naturaleza; que él se glorificó a sí mismo por lanzar fuera mis pecados, y esto, de una manera mucho más tremenda y maravillosa que si me hubiese enviado al infierno eterno por causa de ellos.

Sí, fue él mismo quien lo hizo. Esta es la esencia y el meollo de todo el asunto. Dios puso nuestros pecados sobre Jesús, y él nos dice esto en su santa Palabra, a fin de que podamos saberlo sobre la base de la autoridad divina – una autoridad que no puede mentir. Dios lo planeó así, Dios lo hizo así; y así Dios lo dice. Todo viene de Dios, de principio a fin, y nosotros tan solamente tenemos que descansar en eso como niños. ¿Cómo sé que Jesús llevó mis pecados en su propio cuerpo sobre el madero? Por la misma autoridad que me dice que yo tenía pecados que debían ser llevados. Dios, en su maravilloso e inigualable amor, me asegura a mí, un pobre y culpable pecador, mercedor del infierno, que él mismo cuidó de todo el asunto de mis pecados, y se libró de ellos de un modo tal que vino a traer una rica cosecha de gloria para su eterno Nombre, por todo el universo, en presencia de toda inteligencia creada.

Y en esto, la fe viva debe tranquilizar la conciencia. Si Dios se satisfizo a sí mismo con la solución para mis pecados, yo debo quedar igualmente satisfecho. Sé que soy un pecador – puede que incluso sea el mayor de los pecadores. Sé que mis pecados son mayores en número que los cabellos

de mi cabeza; que son negros como la medianoche – negros como el mismo infierno. Sé que cualquiera de esos pecados, el menor de ellos, merece las llamas eternas del infierno. Sé –porque la Palabra de Dios lo dice– que una simple partícula de pecado no puede jamás entrar en su santa presencia; y que, por consiguiente, no había para mí otro destino sino la eterna separación de Dios.

Todo eso lo sé, sobre la base de la clara e incuestionable autoridad de aquella Palabra que está para siempre afirmada en los cielos.

Pero, ¡oh profundo misterio de la cruz, el glorioso misterio del amor redentor! Veo al propio Dios llevando todos mis pecados –pecados de la peor especie– todos mis pecados, de la manera como él los vio y los avaluó. Lo veo colocándolos todos sobre la cabeza de mi bendito Sustituto, y tratando con él allí por causa de los pecados. Veo las oleadas de la justa ira de Dios –su ira contra mis pecados– su ira que debería haberme quemado a mí, alma y cuerpo, en el infierno, por toda una terrible eternidad; yo las veo abalanzándose sobre el Hombre que quedó en mi lugar, que me representó delante de Dios, que soportó todo lo que yo merecía, con Quien un Dios santo trató como si hubiese tratado conmigo. Veo la imparcialidad de un Juez, la santidad, verdad y justicia tratando con mis pecados, y librándome de ellos eternamente, ¡no dejando escapar ninguno de ellos! Sin connivencia, sin paliativos, sin indiferencia, pues el mismo Dios tomó el caso en sus manos. Su gloria estaba en juego; su inmaculada santidad, su eterna ma-

jestad, las sublimes reivindicaciones de su gobierno.

Todo eso tenía que ser satisfecho en una medida tal que lo glorificase delante de los ángeles, hombres y demonios. Él podría haberme enviado al infierno por causa de mis pecados. Yo no merecía nada menos que eso. Todo mi ser moral, desde lo más profundo, merecía esto – y debería haberlo recibido. No tengo ni siquiera una palabra como disculpa para un simple pensamiento pecaminoso, eso para no hablar de una vida manchada por el pecado de principio a fin.

Otros pueden argumentar como quieran acerca de la injusticia de una eternidad de castigo para una vida de pecado – la completa falta de proporción que hay entre algunos años de prácticas malas y las interminables eras de tormento en el lago de fuego. Pueden argumentar, pero creo plenamente, y lo confieso sin reservas, que por un simple pecado contra un Ser tal como es el Dios que veo en la obra

El pobre amante del mundo puede pensar que la vida del cristiano es muy estática, insípida, llegando incluso a ser una ocupación idiota. Tal vez él quede espantado de ver cómo alguien puede vivir sin aquello que él llama «diversión».

de la cruz, yo merecía sobradamente el castigo eterno, oscuro, y el sombrío abismo del infierno.

No estoy escribiendo como un teólogo; si fuese uno de ellos, sería una tarea muy simple adornar esto con una larga lista de evidencias de las Escrituras a fin de probar la solemne verdad del castigo eterno. Pero no; estoy escribiendo como alguien que fue divinamente instruido del verdadero desierto que es el pecado, y este desierto, yo, calmada, deliberada, y solemnementemente declaro, es, y sólo puede ser, la eterna exclusión de la presencia de Dios y del Cordero – tormento eterno en el lago que arde con fuego y azufre.

Sin embargo – ¡y eternas aleluyas sean dadas al Dios de toda gracia!, porque, en vez de enviarnos al infierno por causa de nuestros pecados, él envió a su Hijo para ser la propiciación por esos mismos pecados. Y en el desarrollo del maravilloso plan de redención, vemos un Dios santo tratando con la cuestión de nuestros pecados, y ejecutando juicio sobre ellos en la Persona de su tan amado, eterno y co-igual Hijo, a fin de que el pleno manantial de su amor pudiese fluir en nuestros corazones. «*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados*» (1ª Juan 4:10).

Por tanto, esto debe traer paz a la conciencia, si tan solamente fuere recibido con sencillez de fe. ¿Cómo es posible que alguien crea que Dios se satisfizo a sí mismo en cuanto a los pecados de él, y al mismo tiempo él mismo no tener paz? Si Dios nos dice:

«Y no me acordaré más de su pecado» (Jer. 31:34) ¿qué más podríamos desear como fundamento de paz para nuestra conciencia? Si Dios me asegura que todos mis pecados están invisibles como en densa oscuridad – que fueron lanzados detrás de Sí – y que han salido para siempre de delante de sus ojos, ¿por qué es que yo no tendría paz? Si él me muestra al Hombre que cargó mis pecados sobre la cruz, ahora coronado a la diestra de la Majestad en las alturas, ¿acaso mi alma no debería entrar en el perfecto descanso en lo referente a mis pecados? Con toda seguridad.

La liberación del pecado. Sin embargo, bendito sea el Dios de toda gracia, porque no es sólo la remisión de los pecados que se nos anuncia por medio de la muerte expiatoria de Cristo. Tenemos también *completa liberación del presente poder del pecado*. Este es un gran asunto para todo verdadero amante de la santidad. De acuerdo con la gloriosa dispensación de la gracia, la misma obra que asegura la completa remisión de los pecados rompió para siempre el poder del pecado. No se trata sólo de que hayan sido borrados los pecados de la vida, sino el pecado de la naturaleza está condenado. El creyente tiene el privilegio de considerarse a sí mismo como muerto al pecado.

«*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20). Esto es cristianismo. El viejo yo crucificado, y Cristo viviendo en mí. El cristiano es una nueva creación. Las cosas viejas ya pasaron. La muerte de Cristo encerró para siempre la historia del viejo yo;

y, por tanto, aunque el pecado habite aún en el creyente, su poder está roto y eliminado para siempre. No solamente la culpa que él llevaba está pagada, sino que su terrible dominio fue totalmente destruido.

Es esta la gloriosa enseñanza de Romanos 6 al 8. El estudioso atento de esta magnífica epístola observará que a partir del capítulo 3:21, hasta el capítulo 5:11 tenemos la obra de Cristo aplicada a la cuestión de los *pecados*; y del capítulo 5:12 hasta el final del capítulo 8 tenemos otro aspecto de la obra de Cristo, es decir, su aplicación a la cuestión del *pecado* – «nuestro viejo hombre ... el cuerpo del pecado ... el pecado en la carne». No hay, en las Escrituras algo como el perdón del pecado. Dios condenó al pecado; Dios no lo perdonó – una distinción que es inmensamente importante. Dios demostró su eterna aversión al pecado en la cruz de Cristo. Él expresó y ejecutó su juicio sobre el pecado, y ahora el creyente puede considerarse ligado e identificado con Aquel que murió en la cruz y que ha resucitado de entre los muertos. Él salió de la esfera del dominio del pecado y entró en aquella esfera nueva y bendita donde la gracia reina por la justicia. «*Pero gracias a Dios, dice el apóstol, que aunque erais esclavos del pecado (antes, no ahora), habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado (no meramente teniendo los pecados perdonados), vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como hombre, por vuestra humana debilidad, que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para ser-*

vir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.» (Rom. 6:17-22).

Aquí está el precioso secreto de una vida santa. Estamos muertos al pecado; vivos para Dios. El reino del pecado terminó. ¿Qué tiene que ver el pecado con un hombre muerto? Nada. Bien, entonces, el creyente murió con Cristo; está sepultado con Cristo; está resucitado con Cristo para andar en novedad de vida. Él vive bajo el precioso reino de la gracia, y tiene como fruto la santificación. El hombre que hace uso de la abundante gracia divina como disculpa para vivir en pecado niega el mismo fundamento del cristianismo. «*Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?*» (Rom. 6:2). Imposible. Sería una negación de toda la posición cristiana. Imaginar al cristiano como alguien que debe seguir, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, y año tras año, pecando y arrepintiéndose, pecando y arrepintiéndose, es degradar el cristianismo y falsificar la posición cristiana como un todo. Decir que un cristiano debe seguir pecando porque él tiene la carne en sí es ignorar la muerte de Cristo en uno de sus grandes aspectos, y reputar como mentira toda la enseñanza de los após-

toles en Romanos capítulos 6 al 8.

Gracias a Dios, no existe razón de por qué el creyente debería cometer pecado. «*Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis*» (1ª Juan 2:1). No deberíamos justificar ni siquiera el más simple pensamiento pecaminoso. Se trata de nuestro dulce privilegio andar en la luz, como Dios está en la luz; y con toda certeza, cuando estamos andando en la luz, no estamos cometiendo pecados, o salimos de la luz y cometemos pecado; pero la idea normal, verdadera y divina de un cristiano es la de alguien andando en la luz, y no cometiendo pecado. Un pensamiento pecaminoso es extraño al verdadero carácter del cristianismo. Tenemos pecado en nosotros, y vamos a continuar teniéndolo mientras estamos en el cuerpo; pero si andamos en el Espíritu, el pecado en nuestra naturaleza no se irá a manifestar en la vida. Decir que *no necesitamos pecar* es la afirmación de un privilegio cristiano; decir que *no podemos pecar* es un engaño e ilusión.

b) Lo que Cristo está haciendo para nosotros

Considerando que nuestra condición es imperfecta y que nuestro andar es imperfecto; considerando también que nuestra comunión es susceptible de ser interrumpida, es por esta razón que necesitamos *del actual oficio de Cristo por nosotros*.

Jesús vive a la diestra de Dios por nosotros. Su activa intervención a nuestro favor no cesa ni por un momento. Él atravesó los cielos en virtud de la expiación consumada, y allí ejerce continuamente su perfecta in-

tercesión por nosotros delante de Dios. Él está allí como nuestra justicia permanente, a fin de mantenernos siempre en divina integridad de la posición y de la relación a la cual su muerte expiatoria nos introdujo. Por eso leemos en Romanos 5:10: «*Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida*». Así también leemos en Hebreos 4:14-16: «*Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*». Y también en Heb. 7:24-25: «*Mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos*». Y en Heb. 9:24: «*Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios*».

Tenemos también, en la 1ª Epístola de Juan, el mismo asunto representado bajo un aspecto un poco diferente. «*Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros*

pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1ª Juan 2:1-2).

¡Cuán precioso es todo esto para el cristiano sincero, que está siempre consciente—perfecta y dolorosamente consciente— de su debilidad, necesidad y fracaso! ¿Cómo es posible que alguien que vea estos pasajes que acabamos de citar pueda poner en duda la necesidad del cristiano de un ininterrumpido ministerio de Cristo en su favor? ¿No es espantoso que algún lector de la Epístola a los Hebreos, algún observador de la condición y del andar del creyente más fiel, pudiese ser hallado negando la aplicación del sacerdocio e intercesión de Cristo por los cristianos hoy?

¿A favor de quién (permítasenos preguntar) está Cristo viviendo y actuando ahora a la diestra de Dios? ¿Será a favor del mundo? Ciertamente no; pues él dice, en Juan 17:9: «*No ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son*». ¿Y quiénes son éstos? ¿Se tratará acaso del remanente judío? No; ese remanente todavía no entra en escena. ¿Quiénes son ellos, entonces? Creyentes, hijos de Dios, cristianos, que están ahora pasando por este mundo pecaminoso, sujetos a fallar y a ser engañados a cada paso del camino. Estos son el objeto del ministerio sacerdotal de Cristo. Él murió para hacerlos limpios; él vive para mantenerlos limpios. Por su muerte él expió nuestra culpa, y por su vida él nos limpia, por medio de la acción de la Palabra por el poder del Espíritu Santo. «*Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante*

agua y sangre» (1ª Juan 5:6). Tenemos expiación y somos limpios por medio de un Salvador crucificado. La doble fuente emanó del costado herido de Cristo, muerto por nosotros. ¡Toda alabanza sea dada a su Nombre!

Tenemos todo, en virtud de la preciosa muerte de Cristo. ¿Es nuestra culpa el problema? Ella fue cancelada por la sangre de la expiación. ¿Son nuestras faltas diarias? Tenemos un Abogado para con el Padre — un gran Sumo Sacerdote para con Dios. «*Si alguno hubiere pecado» (1ª Juan 2:1). Él no dice «si alguien se arrepiente». No hay duda de que hay, y debe haber, arrepentimiento y juicio-propio; pero ¿cómo ellos son producidos? Aquí está: «Tenemos un Abogado para con el Padre». Y su siempre prevaleciente intercesión consigue, para aquel que peca, la gracia del arrepentimiento, el juicio propio y la confesión.*

Es algo de suma importancia para el cristiano tener bien claro lo que se refiere a esta verdad cardinal de la intercesión abogadicia o sacerdocio de Cristo. Acostumbramos erróneamente a pensar que necesitamos hacer algo de nosotros mismos para resolver la cuestión entre nuestra alma y Dios. Nosotros nos olvidamos hasta del por qué estamos conscientes de nuestra falla — antes de que nuestra conciencia se tornase consciente del hecho ya nuestro Abogado estuvo delante del Padre para tratar de eso; y es por su intercesión que tenemos la gracia de nuestro arrepentimiento, confesión y restauración. «*Si alguno hubiere pecado...*», ¿tenemos qué? ¿La sangre a la cual debemos recurrir? No; repare cuidadosamente lo que el Espíritu Santo

declara. «*Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo*». ¿Y por qué dice, «el justo»? ¿Por qué no dice, «el bondadoso», «el misericordioso», o «el que se compadece de nosotros»? ¿Acaso él no es todo eso? Ciertamente; pero ninguno de esos atributos cabría aquí, aunque podrían estar. El bendito apóstol coloca delante de nosotros la consoladora verdad de que en todos nuestros errores, pecados y fallas, tenemos un representante «justo» delante de Dios justo, el Padre santo, de modo que nuestras cuestiones nunca terminen en fracaso. Él vive *siempre* para hacer intercesión por nosotros, y porque él vive siempre «puede salvar *perpetuamente*» – salvar hasta el fin– «a los que por él se acercan a Dios».

¡Qué firme consuelo existe aquí para el pueblo de Dios! ¡Y cuán necesario para nuestras almas es estar fundamentados en el conocimiento y comprensión de eso! Hay algunos que poseen una comprensión imperfecta de la verdadera *posición* de un cristiano, por no comprender lo que Cristo hizo por ellos en el pasado; otros, al contrario, tienen una visión tan unilateral de la *condición* del cristiano que no perciben nuestra necesidad de lo que Cristo está ahora haciendo por nosotros. Ambos deben ser corregidos. Los primeros ignoran la extensión y el valor de la expiación; los últimos ignoran el lugar y la aplicación que tiene la intercesión abogadicia. La perfección de nuestra *posición* es tal, que el apóstol dice: «*Pues como él es, así somos nosotros en este mundo*» (1ª Juan 4:17). Si eso fuese todo, ciertamente no tendríamos necesidad del

sacerdocio o de la intercesión abogadicia; pero nuestra condición es tal, que el apóstol necesita decir: «*Si alguno hubiere pecado...*». Esto prueba cuán continuamente necesitamos del Abogado. Y, bendito sea Dios, nosotros lo tenemos continuamente; nosotros lo tenemos *viviendo siempre por nosotros*. Él vive y sirve en las alturas. Él es nuestra justicia sustitutiva delante de nuestro Dios. Él vive para mantenernos justos en el cielo, y para hacernos justos cuando hayamos errado en la tierra. Él es el vínculo divino e indisoluble entre nuestras almas y Dios.

La persona de Cristo para el corazón

Habiendo revisado hasta aquí las verdades fundamentales relacionadas con la obra de Cristo por nosotros –su obra en el pasado y su obra en el presente– su expiación y su intercesión, debemos ahora intentar, por la gracia del Espíritu de Dios, presentar al lector algo de aquello que las Escrituras nos enseñan en cuanto al segundo tema de nuestro asunto, a saber, *Cristo como un objeto para el corazón*.

Se trata de algo maravillosamente bendito poder decir: «Encontré a Alguien que satisface plenamente mi corazón – encontré a Cristo». Es esto lo que nos pone verdaderamente en la cima del mundo. Nos torna completamente independientes de los recursos a los cuales el corazón inconverso siempre se apega. Nos concede un descanso permanente. Nos da una calma y quietud de espíritu que el mundo no puede comprender. El pobre amante del mundo puede pensar que la vida del cristiano es muy estática,

insípida, llegando incluso a ser una ocupación idiota. Tal vez él quede espantado de ver cómo alguien puede vivir sin aquello que él llama «diversión». Privar al inconverso de aquello sería casi lo mismo que llevarlo a la desesperación o a la locura; pero el cristiano no desea tales cosas – él no las practicaría. Ellas son incluso un aborrecimiento para él. Hablamos aquí, evidentemente, del verdadero cristiano, de alguien que no es un mero cristiano de nombre, sino de verdad.

¿Qué es un cristiano? Es un hombre celestial, un participante de la naturaleza divina. Él está muerto para el mundo –muerto para el pecado– vivo para Dios. No tiene ni siquiera una conexión con el mundo: pertenece al cielo. Así como Cristo, su Señor, él no pertenece más al mundo. ¿Podría Cristo tomar parte en las diversiones y festejos de este mundo? La propia idea de eso sería una blasfemia. Bien, entonces, ¿qué decir del cristiano? ¿Puede él tomar parte en cosas que él sabe en su corazón que son contrarias a Cristo? ¿Puede ir a lugares, frecuentar ambientes y desenvolverse en circunstancias donde, él tiene que admitir, su Salvador y Señor no puede tomar parte? ¿Puede él tener comunión con un mundo que odia a Aquel a Quien él profesa deber todas las cosas?

Tal vez a algunos de nuestros lectores pueda parecer que estamos hablando de un terreno muy elevado. A éstos preguntamos: ¿Qué terreno debemos tomar? Ciertamente, el terreno cristiano, si somos cristianos. Bien, entonces, si debemos asumir una posición cristiana, ¿cómo podemos sa-

ber lo que es una posición cristiana? Evidentemente, buscando en el Nuevo Testamento. ¿Y qué es lo que allí se enseña? ¿Acaso él da alguna autorización para que el cristiano se mezcle, en cualquier forma o medida, con las diversiones y los vanos deseos de este presente siglo malo? Escuchemos con atención las importantes palabras de nuestro bendito Señor en Juan 17. Escuchemos de sus propios labios la verdad en cuanto a nuestra porción, nuestra posición, y nuestro camino aquí en este mundo. Al dirigirse al Padre, él dice: «Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque *no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. *No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo» (Juan 17:14-18).

¿Será posible concebir una medida más próxima de identificación de la que se nos presenta en estas palabras? Por dos veces, en este breve pasaje, nuestro Señor declara que no somos del mundo, así como él tampoco lo es. ¿Qué tenía que ver nuestro bendito Señor con el mundo? Nada. El mundo lo rechazó completamente y lo expulsó. El mundo lo clavó en una vergonzosa cruz, entre dos malhechores. El mundo continúa actual y plenamente bajo la acusación de todo eso como si el acto de crucifixión hubiese ocurrido ayer, bien en el centro de su civilización y con el consentimiento unánime de todos. No existe ni siquiera un vínculo moral entre Cristo y el

mundo. Sí, el mundo está manchado con su asesinato, y nada tiene que decir a Dios a favor de su crimen.

¡Qué solemne es esto! ¡Qué asunto serio para ser considerado por los cristianos! Estamos pasando por un mundo que crucificó a nuestro Señor y Maestro, y él declara que no somos de este mundo, así como tampoco él lo es. De ahí que si tenemos alguna comunión con el mundo estaremos siendo falsos para con Cristo. ¿Qué pensaríamos de una esposa que se sentase, riese, y contase anécdotas con un grupo de hombres que hubiese asesinado a su marido? Es exactamente lo que los cristianos profesantes están haciendo cuando se mezclan con el presente siglo malo, y se hacen parte y porción de él.

Tal vez alguien pregunte: ¿Qué debemos hacer? ¿Debemos salir del mundo? De ningún modo. Nuestro Señor dijo expresamente: «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal» (Jn. 17:15). En el mundo, pero no del mundo, es el verdadero principio para el cristiano. Para valernos de una figura, el cristiano en el mundo es como un buzo equipado con una escafandra. Él está inmerso en un elemento que lo destruiría si no estuviese protegido de su acción, y mantenido por una continua comunicación con el ambiente que está encima de él.

¿Qué debe hacer el cristiano con el mundo? ¿Cuál es su misión aquí? Esta: «Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo». «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Juan 17:18; 20:21).

Tal es la misión del cristiano. Él

no debe encerrarse entre las paredes de un monasterio o convento. Nada de eso. Somos llamados para estar ocupados en las diversas responsabilidades de la vida, y para actuar en las esferas que nos son divinamente asignadas, para la gloria de Dios. No es un asunto de qué estamos haciendo, sino de cómo lo estamos haciendo. Todo depende del objeto que gobierna nuestros corazones. Si es Cristo quien comanda y cautiva el corazón, todo estará bien; si no es él, nada estará bien. Es nuestro dulce privilegio colocar al Señor siempre delante de nosotros. Él es nuestro modelo. Así como él fue enviado al mundo, nosotros también. ¿Qué vino a hacer él? Glorificar a Dios. ¿Cómo vivió él? Por el Padre. «Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí» (Jn. 6:57).

Eso hace todo muy sencillo. Cristo es el patrón y la clave de todo. Ya no se trata meramente de una cuestión de que algo sea correcto o incorrecto de acuerdo con las reglas humanas; es más bien una cuestión de qué es digno de Cristo. ¿Haría él esto o aquello? ¿Iría él allá o acullá? Él nos dejó «ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1ª Ped. 1:21). Y con toda seguridad, nunca deberíamos ir adonde no pudiésemos percibir sus benditas pisadas. Si vamos de un lado a otro sólo para satisfacernos a nosotros mismos, no estamos siguiendo sus pisadas, y no podemos esperar disfrutar de su bendita presencia.

Aquí está el verdadero secreto de todo el asunto. La gran cuestión es esta: ¿Es Cristo mi objeto? ¿Para qué

estoy viviendo? ¿Puedo decir que «*lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*»? (Gál. 2:20). Nada menos que esto es lo que corresponde a un cristiano. Se trata de algo demasiado miserable estar contento sólo con ser salvo, y luego seguir adelante abrazados con el mundo, viviendo para la satisfacción propia y en busca de los propios intereses – aceptar la salvación como el fruto de la pasión y tribulación de Cristo y después vivir lejos de él. ¿Qué pensaríamos de un niño al que sólo le importan las cosas buenas que el padre le da, y que nunca busca la compañía de su padre, prefiriendo la compañía de extraños? Ciertamente sería alguien digno de desprecio. Cuánto más despreciable es el cristiano que debe todo su presente y su futuro eterno a la obra de Cristo y, aun así se contenta en vivir a una fría distancia de su bendita Persona, sin preocuparse ni un poco de la promoción de su causa – ¡de la promoción de su gloria!

La palabra de Cristo para el camino

Para terminar, debemos hacer una breve referencia al tercero y último tema de nuestro asunto: *La Palabra de Cristo como la guía todo-suficiente para nuestro camino*.

Si la obra de Cristo es suficiente para la conciencia; si su bendita Persona es suficiente para el corazón; con toda seguridad, su preciosa Palabra es suficiente para el camino. Podemos admitir, con toda la confianza posible, que poseemos en el divino volumen de las Sagradas Escrituras todo lo que podríamos necesitar, no sólo para aten-

der las necesidades de nuestra senda individual, sino también para las variadas necesidades de la Iglesia de Dios, en los mínimos detalles de su historia en este mundo.

Estamos bien conscientes de que al hacer tal afirmación nos exponemos a mucha burla y oposición, procedentes de más de alguna dirección. Seremos confrontados, por un lado, con los que defienden la tradición y, por otro, por aquellos que luchan por la supremacía de la razón y voluntad humanas. Pero eso nos preocupa muy poco. Consideramos las tradiciones de los hombres, sean ellos de padres, hermanos o doctores, *cuando son presentados como proviniendo de alguna autoridad*, como una partícula de polvillo en una balanza; y en lo que se refiere al racionalismo humano, sólo puede ser comparado a un murciélagu puesto al sol de medio día, ciego por la luz, y lanzándose contra obstáculos que no puede ver.

Es motivo de profundo gozo para el corazón del cristiano poder zafarse de las engorrosas tradiciones y doctrinas de los hombres y entrar en la tranquila luz de las Sagradas Escrituras, y al estar delante de los imprudentes raciocinios del impío, del racionalista, del escéptico, sujetar todos su ser moral a la autoridad y el poder de las Sagradas Escrituras. Él reconoce, con gratitud, en la Palabra de Dios el único patrón perfecto para doctrina, moral, y todo lo demás. «*Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar; para redargüir; para corregir; para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra*» (2ª Tim. 3:16-17).

¿Qué más podemos necesitar? Nada. Si las Escrituras pueden hacer a un niño «sabio para la salvación», y si ellas pueden tornar a un hombre «perfecto y enteramente preparado para toda buena obra», ¿qué tenemos que ver nosotros con la tradición o con el racionalismo humano? Si Dios escribió un volumen para nosotros, si él condescendió en darnos una revelación de su pensamiento, en cuanto a todo lo que debemos conocer, pensar, sentir, creer y hacer, ¿nos volveremos a un pobre mortal semejante a nosotros –sea él ritualista o racionalista– para ayudarnos? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! Sería lo mismo que nos volviéramos a nuestro semejante a fin de agregar algo a la obra consumada de Cristo, a fin de hacerla suficiente para nuestra propia conciencia, o suplir lo necesario para cubrir alguna deficiencia que encontrásemos en la Persona de Cristo a fin de hacerlo suficiente para nuestro corazón.

Toda alabanza y gracias sean dadas a nuestro Dios por no ser este el caso. Él nos dio, en su amado Hijo, todo lo que necesitamos para la conciencia, para el corazón, para el camino aquí –para el tiempo, con todos sus escenarios en constante mutación–

para la eternidad, con sus eras incontables.

Podemos decir: «Tú, oh Cristo, eres todo lo que necesitamos / más que todo en ti encontramos». No hay, ni puede existir, ninguna falta en el Cristo de Dios. Su expiación y su intercesión deben satisfacer todos los anhelos de la conciencia más profundamente ejercitada. Las glorias morales –la poderosa atracción de su divina Persona– deben satisfacer las más intensas aspiraciones y deseos del corazón. Y su inigualable revelación –ese volumen sin precio– contiene, entre sus tapas todo lo que podamos necesitar, de principio a fin, en nuestra carrera cristiana.

Lector cristiano: ¿Acaso estas cosas no son así? ¿Acaso usted no reconoce la verdad que hay en ellas, en lo más íntimo de su ser moral renovado? Si así es, ¿está usted descansando, en tranquilo reposo, en la obra de Cristo? ¿Se está deleitando en su Persona? ¿Se está sujetando, en todas las cosas, a la autoridad de su Palabra? ¡Dios quiera que así pueda ser con usted, y con todos los que profesan su Nombre! Pueda haber un testimonio cada vez más pleno, más claro y más decidido para la total suficiencia de Cristo, hasta aquel día.

* * *

Un pueblo tranquilo y santo

El mundo es malo, Donato, increíblemente malo. Pero en medio de él he descubierto un pueblo tranquilo y santo que ha aprendido un gran secreto. Han hallado un gozo que es mil veces mejor que cualquiera de los placeres de nuestra vida pecaminosa. Son despreciados y perseguidos, pero los tiene sin cuidado. Ellos son dueños de su alma. Han vencido al mundo. Esas personas, Donato, son los cristianos ... y yo soy uno de ellos.

Cipriano, obispo de Cartago, en carta a su amigo Donato, siglo III.

Antes de intentar hacer la obra de Dios debemos primero recibir la carga de Dios por la restauración de su testimonio.

Recibiendo la carga del Señor



T. Austin-Sparks

En general hoy, el pensamiento y la concepción plena del Señor no es el tema principal entre Su pueblo. El testimonio del Señor ha sido gravemente dañado, y la gran multitud llamada por Su nombre es gobernada, manipulada y controlada religiosamente por algo que es terrenal y no de los cielos, del hombre y no del Espíritu Santo. Es necesario ver la imposibilidad de aceptar este estado de cosas. Una cosa es reconocerlo, y otra muy distinta es estar comprometido con el movimiento del Señor para recuperar para sí mismo aquello que concuerda con su pensamiento.

Uno puede ocuparse todo el tiem-

po con el mal estado de las cosas, lamentarse, hacer que las personas se sientan miserables, sin arribar a parte alguna. Eso no es suficiente. Es bastante fácil hacer eso y ser, en cierto sentido, religiosos descontentos; pero eso no ayuda en el movimiento de restauración del Señor. El Señor está obrando. Dios debe tener un vaso, un instrumento que esté en tal comunión con Él que las circunstancias imperantes de desmoronamiento y fracaso se vuelvan un agudo sufrimiento, una agonía. Pablo conoció algo de eso «sufriendo por la causa de Su Cuerpo ... llenando lo que falta de los padecimientos de Cristo». ¡Eso es algo que nosotros debemos encarar! Lo que va

Amados, la carga del Señor tiene que entrar en nuestro corazón de esta manera si vamos a ser instrumentos eficaces para él en su obra en los tiempos postreros; nosotros tenemos que ser ejercitados de una manera muy profunda en relación a los intereses de Dios.

a contar delante de Dios es que compartamos su esfuerzo.

Hay todo un historial de trabajo cristiano que es sólo superficial; es todo el entusiasmo e interés de la actividad cristiana organizada. Pero en esta materia nosotros no andamos delante de los hombres, sino delante de Dios en el lugar secreto – teniendo preocupación en el corazón por el testimonio del Señor. Nosotros nunca lograremos avanzar sino en la medida en que entremos en Su esfuerzo. El ministerio en su valor real, permanente y eterno dependerá de la medida en que compartamos Su esfuerzo.

Éste es un día para el esfuerzo. Si es un esfuerzo a favor de los no convertidos o para el pueblo del Señor, cada verdadera actividad espiritual nace de esta fatiga. Aquellos que han sido más usados por Dios en todo tiempo han sido hombres y mujeres que se han esforzado en su vida secreta con Dios, que puso en sus cora-

zones una carga que los llevó a un punto donde sus intereses pasaron a un segundo plano. Ellos tomaron sus vidas en sus manos y se sostuvieron considerando el propio interés del Señor y Su testimonio, dando todo para Dios. Ésta llega a ser una carga del corazón a ser llevada en todo tiempo, no meramente una carga del ministerio. Esto es vital para todo servicio verdadero.

El Señor ansía tener un instrumento –un instrumento como Daniel– ya sea personal o colectivo, que se mueva hacia Dios en favor de Su testimonio. Él anhela un Nehemías, con dolor entrañable por su pueblo a causa de la pérdida del testimonio. O un Esdras, que no transa con respecto al propósito de Dios; o un instrumento como Ester, que abandona todo temor y va, tomando la vida en su mano, para sitiar el trono en pro de la vida de su pueblo – para la liberación del pueblo de Dios de la amenaza del enemigo.

La carga del Señor en el corazón

Amados, la carga del Señor tiene que entrar en nuestro corazón de esta manera si vamos a ser instrumentos eficaces para él en su obra en los tiempos postreros; nosotros tenemos que ser ejercitados de una manera muy profunda en relación a los intereses de Dios. No debemos reservarnos nada que cuente para el Señor y sus intereses. Usted se sorprendería de lo que el Señor podría obrar si usted se lo permitiera.

Todo esto comienza con un reconocimiento de la necesidad, y la carga de esas cosas en nuestros corazones.

Cuando nosotros realmente estamos en ello por el impulso del Espíritu Santo, los rasgos comunes hallados en estos instrumentos del Antiguo Testamento estarán impresos en nosotros, y seremos un pueblo canalizado hacia esta única causa: la carga del Señor y la preocupación de su corazón por su testimonio en su pueblo.

Entonces, al entrar allí, veremos que estamos en un reino de oposición... y que realmente estamos en una batalla. Si nos alineamos con Dios en relación al querer de su corazón, nos enfrentaremos al más feroz antagonismo, a conflictos y presiones de toda índole; el enemigo recurrirá a todos sus métodos para frustrar nuestro objetivo. ¿Por qué tanto antagonismo? ¿Por qué tanta presión? Porque, cada vez que se manifiesta algo que cuenta para Dios en relación a sus propósitos en los tiempos finales, allí está esa oposición, siempre.

Enfrentando la presión

Nosotros enfrentamos esta presión de dentro y de fuera cuando estamos en los negocios de Dios. Cuando ella viene, comprobamos que está relacionada con aquello que cuenta para Dios. Vendrá a través de personas; y si nosotros culpamos a las personas y enfocamos nuestra atención en ellas, habremos perdido el punto. Nosotros empezamos a luchar con las personas, y todo el tiempo es algo más profundo que eso: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:12).

Las personas se enfadan unas con otras, y eso nos afecta, y empezamos a dirigir nuestra atención a ellas. Nosotros caemos en la trampa y hay una situación y un lío, y después vemos cuán necios somos permitiendo al diablo envolvernos en una contienda humana, cuando es un problema espiritual. Realmente no ha sido falla de las personas, o sólo acontecimientos inconsecuentes: ha habido un problema espiritual en juego. Y todas las otras cosas fueron traídas y utilizadas por el enemigo para ocuparnos con pequeñeces y desviarnos del problema real, dejándonos así fuera de la oración y fuera de posición ante los derechos del Señor que son desafiados en un punto u otro.

Es el reino del conflicto incesante; y nosotros hemos entrado, al parecer, en esta parte de la historia cuando el enemigo no toma descanso... y nos damos cuenta de que no podemos relajarnos. Todo lo que usted haga, debe ser hecho deliberadamente con Dios. Usted nunca debe actuar fuera de, o aparte de Dios: cualquier movimiento independiente será advertido por el enemigo, y usted sufrirá las consecuencias de ello.

Involucrarse con el Señor

La liberación de sí mismo viene a través de la vía de involucrarse en los intereses del Señor. Usted puede llegar a atarse con sus propios problemas espirituales, y la manera de evitarlo es tomar la carga de todo el pueblo de Dios en su corazón. Eso es lo que crea el ministerio. Es una cosa emancipadora tener la carga de Señor. Las cosas hoy son terribles espi-

ritualmente; pero hay aquellos que están buscando más de Dios, y preguntando dónde pueden hallar alimento espiritual. El Señor hará algo en nuestro día —el día de las pequeñas— y empezará teniendo un instrumento con una carga, un instrumento en el cual depositar la revelación plena del Señor Jesús, que salga en fe y confíe en el Señor, y le brinde a Él una oportunidad para vindicarse a Sí mismo.

¿Estamos hoy entretenidos con cosas —jugando con guijarros en la playa— en lugar de estar profundamente

involucrados con Dios en sus grandes cosas? ¿Estamos sólo interesados, o desesperadamente comprometidos; disfrutando un tiempo agradable, o realmente asumiendo la necesidad de Dios por su pueblo en nuestros corazones? Pidamos al Señor que nos introduzca en Su preocupación; postrémonos ante él para ser considerados en Su carga en este tiempo que vivimos. Preguntemos al Señor por esta materia; y, si ello es verdad, pidámonle que ponga esto en nuestros corazones y nos permita participar con él en lo que él hará hoy.

* * *

El empleo adecuado

En la ciudad de Birmingham, un policía se convirtió a Cristo. Pero cuando desempeñaba su trabajo presenciaba tales cuadros de pecado y desgracia, que por un tiempo su esposa y él pidieron a Dios que les abriera la puerta de otro empleo. Oraron, pero no recibieron respuesta.

Por fin, un día él dijo a su esposa: “Me parece que hemos cometido un error. Hemos pedido que se me conceda cambiar de empleo, pero empiezo a creer que Dios me ha colocado como policía a propósito. Ahora voy a pedirle que me ayude a servir donde estoy”. Así comenzó su vida de magníficos servicios. Su influencia sobre los demás policías creció tanto que pronto lo nombraron director de detectives. Fue el instrumento que Dios usó para convertir a varios criminales.

Alfredo Lerín, 500 ilustraciones

Una obra de arte

En la ventosa costa británica de Francia, el abad Adolph Juellienne Fouré pasó casi diez horas todos los días durante 25 años, esculpiendo más de 300 figuras en una enorme sección de roca sobre el mar. Las estatuas cuentan la historia fantástica de la familia Rotheneuf, una tribu de contrabandistas, piratas y pescadores fuera de la ley del siglo XVI. Por qué el sacerdote francés dedicó el último tercio de su vida a la escultura de esas creaciones en el peñasco, nadie sabe.

Sin embargo, sabemos algo mejor que sucede diariamente en nuestras vidas, motivado por el Espíritu Santo que habita en nosotros. Debemos ser moldeados por él mediante la obra de la cruz y esculpidos como piedras en el templo vivo de Dios, la Iglesia. Esa tarea exige todo nuestro tiempo y energía, no como obreros, sino como siervos dispuestos a someternos a las manos amorosas de nuestro bendito Maestro.

À Maturidade

VER Y OÍR AL PADRE

«Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente ... No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre» (Jn. 5:19, 30).

En estos dos versículos tenemos dos claves acerca del ministerio de nuestro Señor. El Hijo no podía hacer nada por sí mismo, sino lo que veía hacer al Padre; y no podía juzgar nada, sino según lo que oía del Padre. Ver al Padre y oír al Padre eran las dos claves de su ministerio. Luego, él hacía según lo que veía hacer al Padre, y juzgaba según lo que juzgaba el Padre.

En ambos versículos el Señor reitera una idea que es asombrosa, considerando quién era el que la decía: «No puedo hacer nada por mí mismo». El que era más capaz de hacer la obra de Dios, decía no poder hacerla. ¡Qué ejemplo sublime!

El contexto en que fue dicho esto nos ayuda a entender aun más el sentido de sus palabras. Los judíos habían recriminado al Señor porque había sanado al paralítico en día sábado. Entonces el Señor les dice: «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo». Es decir, el Señor había sanado a ese hombre porque el Padre lo había decidido. El Hijo hacía sólo lo que el Padre hacía antes.

Hacer y juzgar como el Padre supone también, por supuesto, esperar a que el Padre haga y juzgue. El Señor esperó 30 años antes de iniciar su obra. Y en esos 30 años él tenía mucho que entregar. No sólo eso: había mucha necesidad a su alrededor que pudo haber motivado, y aun justificado, su accionar anticipado. En este contexto, las palabras dichas aquí cobran mayor significado. El Hijo de Dios no se movió por razones personales: ni porque tuviera mucho que entregar, ni porque hubiera gran necesidad alrededor.

La única motivación correcta fue la voluntad del Padre. Si el Padre hace, hay que hacer; si el Padre juzga, hay que juzgar. El tiempo, y las circunstancias, son elementos sólo secundarios, supeditados a aquel otro de calidad superior.

¡Cuánta necesidad tenemos de esperar al Padre, para hacer y hablar lo que él hace y habla!

«Un grupo de personas espirituales fue levantado por el Señor en el siglo XVII. El más espiritual entre ellos fue Miguel de Molinos».



Precursor de la vida interior

Para entender a los hombres de la historia, hay que entender los tiempos en que ellos vivieron. Miguel de Molinos vivió en el siglo XVII, y como hombre de su tiempo, vivió los conflictos espirituales que abarcaron su época.

Ya apagados los ecos más entusiastas de la Reforma Protestante, en que se reivindica una verdad de las Escrituras que por mucho tiempo había estado en penumbras —la justificación por la sola fe, sin las obras—, las almas más delicadas todavía echaban de menos una vivencia espiritual más íntima.

Aunque el luteranismo se basaba nominalmente en las Escrituras, en la práctica era dogmático, rígido, y exigía conformidad intelectual. Se daba énfasis a la recta doctrina y a los sa-

cramentos como elementos suficientes de la vida cristiana. La relación vital entre el creyente y Dios, que Lutero había enseñado, había sido sustituida en gran parte por una fe que consistía simplemente en la aceptación de un conjunto dogmático. La vida cristiana seguía siendo una cosa seca, lejana, extraña al corazón. Sin duda, existieron algunas evidencias de piedad más profunda, pero la tendencia general era la de una religiosidad externa y dogmática.

La reacción frente a esto surgió, en gran parte, en el seno de la iglesia católica. Entonces aparecen nombres de personajes y de movimientos en España, Francia e Italia, fundamentalmente, que traen un despertar. El siglo XVII está plagado de movimientos soterrados, reuniones a escondidas

por las casas, sacerdotes que buscan más luz, monjas que enseñan cómo vivir la práctica de la presencia de Dios. Todo esto, al interior y en el seno de una Iglesia Católica muy severa y celadora de la fe, con muchos bandos que pugnan entre sí, y que pretende inútilmente resguardar los límites de su ortodoxia

Así surgen nombres como Madame Guyon, el obispo Fénelon, y Miguel de Molinos, considerado el mentor del movimiento llamado ‘quietismo’,¹ que tuvo muchos seguidores en Europa, tal vez más entre los evangélicos y protestantes que entre los mismos católicos. La suerte de Molinos fue diversa. Primero disfruta del reconocimiento apoteósico entre sus propios hermanos, pero luego se le cierran las puertas allí y aun se le condena, mientras se le abren en otros sitios.

La figura de Miguel de Molinos es, pues, representativa de su época, y su influjo traspasó muchas fronteras. Watchman Nee resumió así este polémico siglo: «Un grupo de personas espirituales fue levantada por el Señor en el siglo XVII dentro de la Iglesia Católica. El más espiritual entre ellos fue Miguel de Molinos».

Primeras experiencias

Miguel de Molinos nació en Muniesa, España, el 29 de junio de 1628. De familia rica y noble, completó sus estudios en la ciudad de Valencia. A partir del año 1649 desarrolla su carrera religiosa dentro de la

Iglesia Católica como subdiácono, diácono y presbítero, sin aceptar nunca renta alguna de la Iglesia. En el año 1665 le corresponde asumir dos tareas que implican para él un reconocimiento: viaja a Roma para postular la causa de beatificación de Jerónimo Simón de Rojas, y para sustituir al Arzobispo de Valencia en la visita Ad Limina.²

Al parecer, Miguel de Molinos no volvió más a España, sino que se quedó en Italia. Los años siguientes, que van desde 1663 hasta 1675, en que publica su obra más famosa, son años más bien sombríos, ya que no hay noticias de su vida. Hay un solo dato que puede mencionarse: en 1671 ingresa a la congregación llamada «Escuela de Cristo», en San Lorenzo en Lucina, de la cual llegó a ser el superior.³ Según se piensa, esta congregación fue el primer foco del ‘quietismo’.

Muy pronto su fama como representante de un cierto modo –nuevo y novedoso– de enfocar la experiencia espiritual, le abrió las puertas de las principales casas de Roma. Llegó a ser considerado un consejero espiritual muy maduro, y de trato muy afable. Era (según le describen) «hombre de mediana estatura, bien formado de cuerpo, de buena presencia, de color vivo, barba negra y aspecto serio».

A juzgar por las obras que llegó a escribir, Miguel de Molinos debió de ser un aprovechado lector de los grandes escritores y místicos del pasado,

² Visita que de tiempo en tiempo hacen los prelados al Papa y los lugares considerados sagrados en Roma.

³ Hermandad fundada en 1653, en Madrid, que se multiplicó rápidamente por España y América.

¹ El nombre «quietismo» le fue dado por uno de sus detractores, el cardenal Caraccioli, arzobispo de Nápoles, en 1682.

como, entre otros, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Johannes Tauler, Jan Van Ruysbroeck, San Buenaventura y Dionisio el Areopagita. Algún detractor hace descender su enseñanza de «los bigardos, los fratriellos y los místicos alemanes del siglo XIV».

Éxitos momentáneos

El hecho que marca el inicio del período más azaroso en la vida de Miguel de Molinos es la publicación de su obra «Guía Espiritual». A causa de esta publicación habría de pasar los últimos 11 años de su vida encarcelado. El título completo de esta obra es bastante largo, como solía usarse en la época: «*Guía Espiritual que desembaraza el alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la paz interior*». En estricto rigor, este libro no fue publicado por Molinos, sino por Juan de Santa María, uno de sus fieles colaboradores. Apareció primeramente en español, luego en italiano, precedido de una carta de un amigo,

Al entrar en su celda, se despidió serenamente del sacerdote que le conducía, diciéndole: «Adiós, Padre. Ya nos volveremos a ver en el día del Juicio, y entonces se verá de qué lado está la verdad, si del mío, o del vuestro».

con un sinfín de aprobaciones por parte de teólogos, clérigos e incluso clasificadores del Tribunal de la Inquisición.

La *Guía* tuvo una calurosa acogida en toda Europa. En los seis años siguientes a su primera edición se publicaron 20 ediciones en diversas lenguas. En Italia se reeditó muy pronto, en Roma, Venecia y Palermo. Más tarde fue traducida al latín, y en 1874, al ruso.

Desde el punto de vista estilístico, aun sus más encarnizados críticos reconocen que ella es un «modelo de tersura y pureza de lengua». Como escritor es considerado «de primer orden, sobrio, concentrado, cualidades que brillan aun a través de las versiones».⁴

Cinco años más tarde, en 1680, sale a la luz otra obra de Molinos, titulada *Defensa de la Contemplación*, donde existen frecuentes referencias a San Juan de la Cruz. También publicó un pequeño *Tratado de la comunión cotidiana*, muy recomendado entre los cristianos de la época.

Cuando recién apareció la *Guía Espiritual*, como se ha dicho, fue unánimemente aceptada y divulgada. Los más connotados obispos italianos la recomendaban. Entre los devotos de Roma y de Nápoles, Molinos llegó a ser considerado como un oráculo. Continuamente recibía cartas de adhesión a sus principios. Uno de los cardenales, Pietro Mateo Petruzzi, Obispo de Jesi, fue apodado el ‘Timoteo’ de Molinos. Otros importantes prelados se sentían honrados con su amistad. Muchos eclesiásticos vinieron a Roma a

⁴ Marcelino Meléndez y Pelayo, en *Historia de los heterodoxos españoles*.

aprender de él su «método», y casi todas las monjas se dieron a la oración 'de quietud', tal como Molinos enseña en su *Guía*. Petruzzi publicó muchos tratados y cartas en apoyo a Molinos. La reina Cristina de Suecia, que residía en Roma, le testimonió gran simpatía. Incluso, si se ha de dar crédito a algunas referencias de la época, el mismo Papa sentía una gran admiración por Molinos, por lo que dispuso para él habitaciones en el Vaticano y pensó hacerlo cardenal.

Los protestantes, por su parte, recibieron casi con alborozo esta publicación. Gilberto Burneo comparó la obra de Molinos con la de Descartes, considerando al uno como restaurador de la filosofía, y al otro como purificador del cristianismo. Para él, el misticismo de la *Guía* era el mejor aliado de la Reforma, porque condenaba las mortificaciones voluntarias y las tradiciones humanas, las obras exteriores «et tout ce fatras de cérémonies».⁵ La doctrina de la justificación por la sola fe, sin buenas obras, encajaba muy bien con la enseñanza de Molinos, como asimismo el énfasis que éste hacía en la comunión personal del creyente con Dios, sin la necesidad de una jerarquía eclesiástica mediadora.

Vientos de persecución

Sin embargo, finalmente los celadores de la doctrina católica, comenzaron a alarmarse de la popularidad de Molinos, y se conjuraron contra él y los quietistas. Alguien propuso que eran peligrosos porque se asemejaban a los

budistas de la China. Otro afirmó que no era conveniente poner los ejercicios espirituales aconsejados por Molinos al alcance de todos. Varios acusaban a Molinos de descuidar toda la parte dogmática de la religión oficial.

La Inquisición romana tomó cartas en el asunto y mandó examinar los libros de Molinos, Petruzzi y otros. Pero ellos se defendieron bien, y su defensa alcanzó mucho eco, tanto, que con ello creció su fama. Por un tiempo pareció que el ataque sólo había servido para darles más notoriedad.

Entonces se intentó con otros argumentos. Se le atribuyó a Molinos ascendencia de moros o judíos, y se le acusó de que, influido por aquellas religiones, estaba tratando de sembrar la semilla del error. Comenzó a susurrarse que los quietistas formaban una secta pitagórica, con iniciaciones esotéricas, y que enseñaban errores de moral peligrosísimos. Según se propalaba, se les veía evitando cuidadosamente muchas devociones consagradas por la tradición y limitándose a lo interno del culto. Pero nada de esto surtía efecto contra él.

Entonces se armó una celada política desde Francia. El confesor de Luis XIV, persuadió al rey de que era preciso acabar con los quietistas, pues se decía que eran en Roma un elemento político en pro de los intereses de la casa de Austria y contra Francia. El Arzobispo de París aprobó este parecer, y el rey ordenó a su embajador en Roma, un cierto cardenal, que se les persiguiese. Este cardenal pasaba por amigo de Molinos, pero se decidió a obedecer a su rey, así que le denunció, presentando varias cartas suyas y

⁵ «Y todo ese fárrago de ceremonias». Cita- do por Marcelino Menéndez y Pelayo, op. cit.

refiriendo conversaciones que con él había tenido «mientras fue su amigo, aunque fingido y con el único propósito de descubrir sus marañas», según él mismo dijo.

Finalmente, el Papa de la época, por petición directa de Luis XIV, le hizo detener.

En mayo de 1685, a los diez años de haberse publicado la *Guía Espiritual*, Miguel de Molinos fue apresado por esbirros del Tribunal de la Inquisición. La noticia conmocionó a la sociedad italiana, y en gran medida a la europea, especialmente en el seno del ‘pietismo’ alemán, donde Molinos era grandemente apreciado. Junto con él fueron apresados algunos nobles y otros seguidores, en total, unos setenta. Más tarde ese número subió a doscientos. Así fue cómo, después de haber gozado Molinos de la mayor reputación, ahora era considerado el peor de los herejes.

Los inquisidores visitaron varios conventos, y muchas religiosas confesaron haber dejado las prácticas devocionales habituales para dedicarse sólo a la vida interior, lo cual confirmaba las acusaciones. Se ordenó que todos los libros de Molinos y Petruzzi les fueran quitados, y que se les obligara volver a las antiguas formas de devoción.

Después de haber pasado un tiempo considerable en la cárcel, Molinos fue hecho comparecer ante al Tribunal. El juicio se realizó en la famosa capilla Santa María Sopra Minerva, el 2 de septiembre de 1687. Con una cadena alrededor de su cuerpo, y un cirio en la mano, fue sometido al escrutinio de sus acusadores.

Catorce testigos fueron alineados contra Molinos para acusarle de haber contribuido al ‘aniquilamiento interior’, de haber alentado pecados carnales, de haber enseñado el desprecio por las santas imágenes, crucifijos y ceremonias exteriores; de haber disuadido a quienes querían entrar en la ‘religión’, y de haber preparado a sus discípulos para dar respuestas mañosas a sus acusadores.

Molinos se defendió de todo ello con gran firmeza y resolución, pero a pesar de que sus argumentos deshacían totalmente las acusaciones, fue hallado culpable de herejía. La sentencia le declaraba ‘hereje dogmático’ y le condenaba a la cárcel perpetua, a llevar siempre el hábito de la penitencia, a rezar todos los días el Credo y una parte del Rosario, con meditaciones sobre los misterios, y a confesar y comulgar cuatro veces al año con el confesor que el Santo Oficio le señalase. Molinos escuchó la sentencia, inmutable, sin señal alguna de temor ni confusión. Fue recluido en el convento de los dominicos de San Pedro en Montorio, Roma.

Al entrar en su celda, se despidió serenamente del sacerdote que le conducía, diciéndole: «Adiós, Padre. Ya nos volveremos a ver en el día del Juicio, y entonces se verá de qué lado está la verdad, si del mío, o del vuestro». Durante su encierro fue varias veces torturado.

Su libro *Guía Espiritual* fue prohibido, junto a los de otros autores ‘quietistas’. Más tarde fueron procesados y sentenciados también el cardenal Petruzzi, y otros nobles. Se hizo una verdadera ‘limpieza’ por toda Ita-

lia, y se halló que muchas congregaciones —algunas de hasta seiscientas personas— se habían formado al alero de esta enseñanza, y otras, de la misma línea, que habían surgido antes de Molinos. En todas ellas se advertía un «descuido por el culto externo y por las ceremonias religiosas».

Poco después de la condena de Molinos, el Papa publicó la bula ‘Caelestis Pastor’, en la que se condenan 68 proposiciones, no sólo de Molinos sino también de otros quietistas. Molinos muere sin llegar a salir de su celda en Roma, el 28 de diciembre de 1696.

Valoración posterior

En los doscientos años siguientes a la primera edición de la *Guía Espiritual*, ésta se ha vuelto a editar muchas veces, sobre todo en ambientes no católicos. La mayor parte de las ediciones españolas durante los últimos años han buscado vindicar al perseguido y olvidado, especialmente después del Concilio Vaticano II. Desde entonces, ha habido un cambio de actitud de la ortodoxia de Roma hacia Molinos, y se le ha pretendido ‘reinterpretar’, minimizando sus supuestos errores.

Hacia fines del siglo XX, luego de intensos análisis, la crítica especializada llegó a la conclusión de que en días de Molinos los censores de la *Guía* nada hallaron censurable en ella, que su doctrina era aceptable y hasta recomendable. Sin embargo, a pesar de considerarla como ‘doctrina corriente’, la condenaron por contener ‘doctrinas peligrosas’, y por lo general, por estar en lengua vulgar para las personas ignorantes. Se reconoce que el elemento ‘política’ y ‘rivalidad en-

tre órdenes religiosas’ fue también determinante en la suerte de Molinos.

Sin embargo, más allá de eso, podemos ver a la luz de la historia posterior, que la soberanía de Dios permitió ese fin para Molinos. Dios concedió a uno de sus siervos, al cual honró otorgándole tanta luz, que siguiese las pisadas de su Maestro. Los hombres le condenaron, pero la verdad de Dios ha salido incólume.

Hoy, extrañamente, la ciudad de Munesa, que fue la cuna de Molinos, se honra de tenerlo como su hijo más ilustre.

Aporte de Molinos

El gran aporte de Molinos a la restauración del testimonio de Dios fue el de ver la necesidad de negarse a sí mismo y de morir juntamente con Cristo a los apetitos del alma. «Muramos sin cesar para nosotros mismos; conozcamos nuestra miseria», decía. Molinos sostenía que el alma debe negarse a sí misma y abandonarse completamente en Dios, para así encontrar la paz interior. «El deber del alma consiste en no hacer nada *motu proprio*, sino someterse a cuanto Dios quiera imponerle». Lo que surge del alma no sólo no colabora con Dios, sino que es un estorbo que debe ser quitado de en medio. La voluntad del hombre debe abandonarse completamente a la voluntad de Dios.

Molinos sostenía que la verdadera y perfecta aniquilación del yo se funda en dos principios: el desprecio de nosotros mismos y la alta estimación de Dios. Esta aniquilación ha de alcanzar a toda la sustancia del alma, pensando como si no pensase, sintien-

do como si no sintiera, etc., hasta renacer de sus cenizas, transformada, espiritualizada.

Su enseñanza apuntaba al ejercicio de la contemplación de Dios en la ‘oración de quietud’, pero aclaraba que esto no significaba necesariamente apartarse del mundo. «Los trabajos ordinarios (estudiar, predicar, comer, beber, negociar, etc.) no apartan del camino de la contemplación, que virtualmente se sigue, dada la primera resolución de entregarse a la voluntad divina».

Molinos enseñaba que las obras exteriores no son necesarias para la santificación, y que las obras penitenciales como, por ejemplo, la mortificación voluntaria, debían arrojarle lejos como una carga pesada e inútil. «No es preciso entregarse a penitencias austeras e indiscretas, que pueden fomentar el amor propio e inspirar acritud hacia el prójimo». La ‘vía interior’ no tiene nada que ver, decía él, con confesiones, confesores, teología ni filosofía; la paz plena se alcanza deseando solamente lo que Dios desea.

El alma no debe afligirse ni dejar la oración, aunque se sienta oscura, seca, solitaria y llena de tentaciones y tinieblas. La oración tierna y amorosa es sólo para los principiantes que aún no pueden salir de la devoción sensible. Al contrario, la sequedad es indicio de que la parte sensible se va extinguiendo, lo cual es una buena señal. Este estado produce, entre otras cosas: perseverancia en la oración, disgusto por las cosas mundanas, consideración de los propios defectos, remordimiento ante las faltas más ligeras, deseos ardientes de hacer la vo-

luntad de Dios, inclinación hacia la virtud, conocerse el alma a sí misma, etc.

Molinos fustigaba a los sabios escolásticos y a los predicadores retóricos que se predicaban a sí mismos. «La mezcla de un poco de ciencia – afirmaba– es obstáculo invencible para la eterna, profunda, pura, sencilla y verdadera sabiduría». Y agregaba: «Si los sabios mundanos quieren hacerse místicos tendrán que olvidarse totalmente de la ciencia que poseen, y que, si no lleva a Dios por guía, es el camino derecho del infierno».

Su enseñanza fue muchos años adelante del resto, y por lo tanto, fue incomprendida. Probablemente algunos conceptos vertidos por él no hayan tenido la claridad y el equilibrio para ser más ampliamente aceptados –por ejemplo, el desconocimiento de la separación entre alma y espíritu, el uso del término ‘aniquilación’ del alma, cuando probablemente quería decir con eso el ‘quebrantamiento’ del alma–, pero la primera semilla fue sembrada. La vida interior propuesta por él tuvo seguidores no sólo en su tiempo, sino especialmente en las futuras generaciones.

En la historia posterior se encuentran trazas de quietismo en los primeros pasos del metodismo y del cuaquerismo, entre otros.

Cada nueva verdad bíblica redescubierta ha traído sobre sus portaestandartes la incomprensión y persecución. Muchas de ellas debieron pagarse con cárcel, torturas y muerte. Pero la luz de Dios ha ido en aumento, y hoy podemos disfrutar libremente las riquezas de lo que aquellos fieles alcanzaron.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada.

Los priscilianos

El precio del testimonio de Cristo



Rodrigo Abarca

Alrededor del año 354 d.C., tuvo lugar en España un importante intento de restauración de la iglesia al patrón escritural, cuyo representante más prominente fue Prisciliano, más tarde obispo de Ávila. La importancia de este movimiento de hermanos radica, entre otras cosas, en que con ellos la Cristiandad Organizada inició la práctica de ejecutar por mano del estado a aquellos que divergían de las prácticas y doctrinas eclesiásticas oficiales, mediante juicios espurios, donde se intentaba probar cargos de herejías maniqueas y gnósticas. La pena por dichas faltas era la muerte, de acuerdo con el derecho romano que imperaba en esos días.

Un buscador de la verdad

Prisciliano era un hombre rico y

de elevada posición social. Durante su juventud fue un ardiente buscador de la verdad. Abandonó las creencias paganas y por un tiempo estudió las doctrinas maniqueas y neoplatónicas, que finalmente rechazó, considerándolas espiritualmente insatisfactorias. También estudió acuciosamente los clásicos de la filosofía y literatura, tanto griega como romana. Finalmente, decidió investigar el Cristianismo, que en un principio había rechazado. Allí, en la vida y enseñanza del Señor Jesucristo, halló por fin lo que andaba buscando.

A partir de su conversión, se volvió un ávido lector de las Escrituras, y muy pronto empezó a compartir sus enseñanzas con otras personas. Como se trataba de un hombre erudito y rico, muchas personas de su entorno social

se unieron a él y comenzaron a estudiar la Escritura, reuniéndose en pequeños grupos, donde tanto hombres como mujeres participaban activamente en las conversaciones.

Prisciliano, gracias a su apasionado estudio de las Escrituras, se convirtió rápidamente en un poderoso maestro y predicador. Junto a los demás hermanos que estaban con él, comprendió muy pronto que algunas doctrinas y prácticas oficiales de la Cristiandad de su tiempo carecían de fundamento bíblico

Por ello, en oposición a la enseñanza oficial, defendían el derecho de todos los creyentes a leer y estudiar sus Biblias, y rechazaban tomar la Cena del Señor con personas de dudosa espiritualidad y carácter mundano. También, rechazaban las disputas teológicas intrincadas e intelectualizadas de su época acerca de la Trinidad y de la naturaleza de Cristo, enseñando que estos hechos debían ser más bien objeto de una fe viva y real, y no de un mero asentimiento mental, o un debate intelectual.

Por otra parte, consideraban que la salvación no se obtenía mágicamente por medio de «los sacramentos» de la iglesia oficial, sino como resultado de una conversión espiritual, que implicaba, a su vez, un decidido cambio de vida y conducta. Las Escrituras, asimismo, eran consideradas como la única regla válida de fe y conducta, a las cuales todos los creyentes debían acceder para obtener sustento y dirección diarias, por medio del Espíritu Santo que habita en ellos. Cada creyente, afirmaban, ha de tener una vida de fe y comunión constante con el

Señor. Puesto que una nueva vida ha sido depositada en él, las buenas obras vienen a ser el resultado de la operación de dicha vida en su corazón por medio de la fe. Por otra parte, enseñaban que las iglesias debían ser independientes las unas de las otras en cuanto a gobierno y dirección. En resumen, abogaban por una iglesia sencilla, santa y espiritual, muy diferente de la mundana, organizada y jerárquica Cristiandad de sus días.

Reacción oficial

Prisciliano era un «laico», pero su gran habilidad fue notada por la iglesia oficial y se le confirió el cargo de obispo de Ávila. Sus enseñanzas, su vida santa y su popularidad, sin embargo, provocaron una dura reacción del clero español. No sin razón, vieron en sus enseñanzas una gran amenaza contra las doctrinas y prácticas establecidas, pues tendía a disolver la distinción entre clérigos y laicos, al negar la eficacia de los sacramentos como medios de gracia, y a exaltar la Escritura como único medio de gracia a través de la fe. Esto, por supuesto, volvía innecesario el oficio sacerdotal¹, pues cada creyente podía acceder directamente a Dios. Además, proponía que la autoridad de la iglesia debe fundarse en una vida espiritual de consagración y santidad antes que en oficios y cargos exteriores, y era, por consiguiente, accesible a todos los

¹ Para el año 350, el sistema sacerdotal que hace diferencia entre clérigos y laicos, estableciendo a los primeros como único camino hacia Dios para los últimos, estaba casi completamente desarrollado, y tenía como principal apoyo las doctrinas sacramentalistas.

creyentes, quienes poseen el Espíritu por igual. Esto atacaba la misma raíz del sistema episcopal y jerárquico de sus días y, por lo mismo, la reacción no se hizo esperar.

En el 380 D. C., los obispos españoles convocaron un sínodo en el que acusaron a Prisciliano y a los que estaban con él de sostener doctrinas maniqueas². La acusación no pudo ser probada, y esta primera tentativa de destruirlo fracasó. No obstante, la situación no acabó allí. El ataque se reanudó el año 385, en el Sínodo de Burdeos, donde bajo la dirección del obispo Itacus, un hombre de mala reputación, se les volvió a acusar de maniqueísmo, y, además, de inmoralidad y hechicería. Pero esta vez, las circunstancias eran más favorables, pues el emperador Máximo, quien había ascendido al trono tras asesinar al legítimo heredero Gracián, necesitaba el apoyo de los obispos españoles y franceses para legitimar su posición. Rechazó por tanto la apelación de Prisciliano, y ratificó las decisiones del sínodo. Prisciliano junto a otros seis hermanos, entre los que se contaba una distinguida viuda llamada Eucrotia, fueron entregados a las autoridades civiles para ser ejecutados por decapitación.

La ejecución se realizó el mismo año 385 en la ciudad francesa de Treves. Pero, la impiedad del juicio contra Prisciliano escandalizó a las conciencias más sensibles dentro de la Cristiandad organizada, entre las cuales se destacaban los obispos Mar-

En ellos se demuestra que las acusaciones contra Prisciliano son totalmente falsas, pues era un hombre de un carácter santo, sano en su doctrina, y un valiente reformador.

tín de Tours y Ambrosio de Milán, quienes condenaron abiertamente el acto, tras intentar en vano detenerlo. Inclusive, después de la muerte de Prisciliano, se negaron a permanecer en comunión con Itacus y los obispos españoles responsables de su muerte. Por ello, cuando cayó el emperador Máximo, Itacus fue depuesto de su cargo de obispo.

Los restos de Prisciliano, y los otros seis hermanos ejecutados con él, fueron llevados a España y enterrados con la honra que se daba a los mártires. Sin embargo, un próximo sínodo en Treves avaló el juicio de Prisciliano al sancionar oficialmente la autoridad de la Cristiandad Organizada para ejecutar a los herejes y disidentes. Esto fue ratificado por el sínodo de Braga, 176 años después.

Un patrón recurrente

La importancia de este triste acontecimiento no debe subestimarse. **Este fue el primer caso en la historia en que creyentes disidentes de la iglesia oficial fueron ejecutados por esta misma.** Desde la época de Constantino hasta entonces, la práctica común era el destierro. Y aún antes, sólo la exco-

² Para entender el por qué de esta acusación, véase en artículos anteriores de esta serie.

muni6n. Pero ahora, la alianza entre la Cristiandad Organizada y el poder pol3tico estaba consumada.

El procedimiento estandar contra los hermanos disidentes de la l3nea eclesiástica oficial fue, a partir de entonces, el siguiente: Acusaci6n de herej3a gn6stica (no son verdaderos cristianos) y maniquea (pues 3sta se castigaba con la pena de muerte de acuerdo con el antiguo derecho romano); inmoralidad y brujer3a (para desacreditarlos a los ojos del pueblo); condena a muerte tras un juicio viciado por calumnias, testigos falsos y confesiones extra3das bajo tortura; ejecuci6n (por decapitaci6n, hoguera, ahogamiento, etc); exilio para los supuestos «seguidores», tras la confiscaci6n de todas sus propiedades y bienes; y, finalmente, la posterior destrucci6n de todos los escritos y documentos de los condenados. Despu3s de todo esto, la historia pod3a ser reescrita de acuerdo a las necesidades de la Cristiandad Oficial.

Este fue el destino de los as3 llamados «Priscilianos», quienes, a pesar de todo, subsistieron en Espa3a, Francia y Portugal por cerca de 200 a3os. Pero, por muchos siglos la «verdad oficial» sobre ellos se acept6 sin mayor discusi6n, al igual como ocurrir3a luego con tantos otros grupos de hermanos perseguidos (vgr. C3taros, Paulicianos, Bogomiles, Valdenses, etc.). No obstante, en 1886 se descubri6 en la biblioteca de la Universidad de Wurzburg un conjunto de manuscritos que conten3a once obras escritas por los priscilianos. En ellos se demuestra que las acusaciones contra Prisciliano son totalmente falsas, pues era un hombre de un car3cter santo,

sano en su doctrina, y un valiente reformador. Tambi3n se encuentra en ellos una en3rgica refutaci6n del manique3simo que se les atribuy6 en su momento y un gran apego y fidelidad a la Escritura. Gracias a estos escritos, la verdadera historia de estos valientes testigos de Jesucristo pudo ser recuperada.

Conclusiones

La historia de los «hermanos olvidados» nos muestra, en toda su crudeza, sufrimiento y deformaci6n posterior, que los hijos de Dios estamos envueltos en un conflicto de proporciones c6smicas. ¿C6mo entender tanto odio y crueldad contra hermanos y hermanas que s6lo buscaban ser fieles al testimonio de Jesucristo tal como lo encontraban en la Escritura, por parte de otros que tambi3n profesaban ser cristianos? Sin embargo, debemos recordar que el Se3or mismo nos advirti6 sobre esto; pues, nos dijo, la ciza3a crecer3a juntamente con el trigo hasta la siega. Satan3s teme y odia a la iglesia y su testimonio m3s que a ninguna otra cosa. Por eso, desde el principio 3l ha intentado acallararlo usando todas las armas a su alcance, atac3ndola desde adentro y desde afuera.

Ya hemos visto que durante los primeros 300 a3os de historia de la iglesia, las sencillas y cristoc3ntricas iglesias del primer siglo dieron paso a un vasto y complejo sistema eclesiástico, en el que la vida espiritual y el testimonio de Cristo fueron progresivamente desplazados y substituidos por pr3cticas y costumbres de origen meramente humano y mundano. Esta

simbiosis con el mundo dio un nuevo e importante paso cuando la Cristianidad comenzó a usar el brazo secular para castigar a aquellos que disentían de sus políticas y prácticas, y suponían un peligro para su recién adquirido status en el mundo.

No obstante, aunque Satanás se empeñe en deformar, suplantar y destruir la obra de Dios en el mundo, la historia nos demuestra, una y otra vez, que Dios siempre se ha reservado un remanente fiel, que, a pesar de todo, ha seguido adelante con la antorcha del testimonio, para declarar que la

victoria final pertenece a Cristo y a su Iglesia. Aun cuando su testimonio deba ser sellado con sangre. Pues la Iglesia es fruto de los padecimientos de Cristo, y también de aquellos que comparten sus sufrimientos hasta la muerte. «Matadnos –decía Tertuliano a los antiguos emperadores romanos—. No nos podréis destruir. La sangre de cristianos es semilla de cristianos». También los Priscilianos comparten el privilegio de los mártires que con su propia sangre regaron el jardín donde habrían de florecer las futuras generaciones de testigos de Jesucristo.

* * *

Donde Cristo está, allí está el cielo

Durante la revolución de los Boxers en China, muchos misioneros fueron perseguidos y muchos fueron muertos. En aquella época, la familia del misionero Hudson Taylor estaba en China. La nuera de Hudson Taylor escribió que pasaron un período de tremendas persecuciones. Fue un período difícil; algunos de los miembros de la familia habían sido azotados y heridos. Ella escribió: “Nosotros sentimos la presencia de Dios; por cuatro días no sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra”.

Cierta vez Madame Guyon escribió durante su prisión: “Señor, te doy gracias, pues considero cada piedra de las paredes de esta prisión como un diamante”.

Samuel Rutherford también fue puesto en una prisión en Aberdeen. Escribió muchas cartas desde allá, pero no se refería al lugar como prisión, sino como “Palacio de Cristo en Aberdeen”. Allí, Rutherford experimentó el cielo en la tierra.

El cielo es el cielo porque Cristo vive allá; el infierno es infierno porque Cristo no está allá.

Christian Chen en Primeiro a Erva, depois a espiga.

Los métodos

Cierto individuo le dijo a D. L. Moody que no le gustaba su método de anunciar el evangelio, porque no era “completamente correcto”. Moody preguntó a este hombre qué método usaba. Reconoció que no tenía ninguno. Moody entonces le dijo: “Bueno, creo que el que yo uso es mejor que el que usted no usa”.

EL CONOCIMIENTO DE JESUCRISTO

El conocimiento de Dios sin el de nuestra miseria provoca a orgullo. El conocimiento de nuestra miseria sin el de Jesucristo provoca a la desesperación. Pero el conocimiento de Jesucristo nos salva del orgullo y de la desesperación, porque en él encontramos a la vez a Dios, a nuestra miseria, y el camino para repararla.

Nosotros podemos conocer a Dios sin conocer nuestras miserias, y nuestras miserias sin conocer a Dios; y hasta conocer a Dios y nuestras miserias sin conocer el medio de salvarnos de las miserias que nos abruman. Pero no podemos conocer a Jesucristo sin conocer a la vez a Dios y a nuestras miserias, y el remedio de nuestras miserias, porque Jesucristo no es solamente Dios, sino el Dios reparador de nuestras miserias.

Así, todos los que buscan a Dios fuera de Jesucristo, y que se detienen en la Naturaleza, o no encuentran ninguna luz que les satisfaga, o bien llegan a formarse un medio de conocer a Dios y de servirle sin mediador, con lo cual caen en el deísmo o en el ateísmo, que son dos cosas que la religión cristiana aborrece casi igualmente.

Debe, pues, tenderse únicamente a conocer a Jesucristo, puesto que él solo puede permitirnos conocer a Dios de una manera que nos sea útil.

Es él el verdadero Dios de los hombres, es decir, de los miserables y pecadores. Él es el centro y el objeto de todo; y quien no le conoce, no conoce nada en el orden del mundo ni en sí mismo. Porque no solamente no conocemos a Dios sino a través de Jesucristo, sino que tampoco nos conocemos a nosotros mismos sino a través de Jesucristo.

Sin Jesucristo el hombre vive necesariamente en el vicio y en la miseria; con Jesucristo, el hombre está exento del vicio y de la miseria. En él residen todas nuestras virtudes y toda nuestra felicidad. Fuera de él no hay más que vicio, miseria, tinieblas, desesperación, y no vemos más que oscuridad y confusión, en la naturaleza de Dios y en nuestra propia naturaleza.

Blas Pascal

Claves para el estudio de la Palabra

1 y 2 Samuel

A. T. Pierson

Palabra clave: Reino

Versículo clave: 1 Samuel 10:25

Estos dos libros forman uno solo en hebreo, y en las versiones inglesas antiguas formaban, con los dos siguientes, cuatro libros de Reyes. La historia cubre cerca de 120 años y trata principalmente de Samuel, Saúl y David. La idea predominante es el Reino: su naturaleza, renovación y división; su transición de Saúl, el apóstata, su liberación de Absalón, el usurpador, y su establecimiento en las manos de David. El nombre «Mesías» se encuentra aquí por primera vez (1 Sam. 2:10).

Samuel nació cuando reinaba la anarquía. Elí, sumo sacerdote y juez, estaba muy viejo y débil para refrenar a sus propios hijos. Este niño «pedido a Dios», mientras servía en el tabernáculo en Silo, oyó de Dios el juicio a la casa de Elí, y en él la visión profética fue reavivada. Como juez y profeta, él enfatizó la *obediencia* más que los *sacrificios*. En la vejez desafió a todo Israel a hallar en él una brecha en la piedad y honestidad, pero sus hijos no estaban aptos para sucederlo. En su clamor por un rey, la petición no era de fe. Dios concedió su petición, pero envió sequedad a sus almas.

Saúl, el primer rey, era una buena persona. Su mérito y modestia vencían hasta a sus enemigos, pero dos años después comenzó la apostasía. Su necesidad en Gilgal, y su falsedad y rebelión en la guerra con los amalecitas culminaron en su rechazamiento. Su declinación fue rápida, poseído por un espíritu malo, y esclavizado por pasiones perversas. Él cazó a David como un pájaro e intentó matar a su propio hijo. Olvidado por Dios, él

buscó en Endor una de las hechiceras que había expulsado de Israel. Una aparición de Samuel le alertó sobre su muerte, y de hecho cayó al día siguiente por su propia mano.

David, su sucesor, fue *ungido tres veces*; primero en Belén, secretamente; después en Hebrón, sobre Judá; y finalmente sobre Israel. Antes de tener el reino, mató a Goliat, el gigante filisteo, y se tornó amigo íntimo de Jonatán.

2 *Samuel* comienza con David lamentando por Saúl y Jonatán. Abner, capitán de Saúl, proclama a Is-boset, hijo de Saúl, rey, y por siete años y medio el reino de David estuvo limitado en Judá. Entonces Abner se pasó para el lado de David y fue muerto por Joab, e Is-boset fue muerto. David fue hecho rey de todo Israel con acuerdo unánime, teniendo por capital a Jerusalén.

La *retribución poética* encuentra ejemplos en la historia de Saúl; también en la de David, cuyo gran pecado trajo juicio sobre su propia cabeza, con la muerte del niño de su pecado, con el incesto de Amnón y Absalón. La *obediencia*

cia implícita es reforzada. El intento de David de traer el arca de vuelta en un carro de bueyes causó la muerte de Uza; tres meses después ella fue transportada en los hombros de los levitas como Dios había ordenado. El *arrepentimiento genuino* es ilustrado. La culpa del adulterio, traición, asesinato pesó grandemen-

te sobre David. La parábola que Natán contó sobre la oveja, precipitó el sentir de tristeza piadosa que irradia el Salmo 51. La gracia es ilustrada en el trato que David dio a Absalón y a Mefi-boset, y en el juicio que cesó en la era de Arauna, donde sería levantado el templo como altar de expiación.

* * *

Los universalistas

En una ocasión, Charles Finney, el famoso evangelista norteamericano del siglo XIX, hubo de enfrentar la firme oposición de los llamados universalistas, que niegan el castigo eterno, y sostienen que el arrepentimiento y la conversión son inútiles, puesto que Dios ha decidido atraer a sí y salvar tarde o temprano a todos los hombres.

Los defensores de esta teoría, después de cada reunión en que hablaba Finney, trabajaban entre los asistentes, esforzándose en arruinar la influencia de Finney. Sabiendo que un cierto doctor era el cabecilla de ellos, quien disfrutaba de una gran popularidad, Finney lo desafió a una discusión pública.

El temido doctor llegó, rodeado de algunos amigos resueltos, y tan escépticos como él. Tomó la palabra y amontonó argumentos sobre argumentos. Cuando hubo acabado su discurso, Finney tomó cada una de las pruebas que el doctor había aducido, derribándolas una tras otra; y habló con tanta fuerza que los amigos salieron espantados uno tras otro. Finalmente, Finney quedó solo con el doctor, y le suplicó con gran cariño que dejase a un lado las cuestiones arduas de metafísica para ocuparse en su propia salvación. Después, le dio las buenas noches, y se fue.

El doctor volvió a su casa en un estado de agitación y perplejidad que llamó la atención de su mujer. Se paseaba por el cuarto sin decir nada; se sentaba, se levantaba otra vez y no podía estarse quieto.

– Doctor, ¿qué tiene usted? – le preguntó su esposa.

– Nada – contestó éste con tono seco.

Sin embargo, al cabo de un rato, como no se calmaba, la esposa le volvió a preguntar:

– Doctor, se lo pido, dígame usted lo que tiene.

Silencio completo.

– ¿Tal vez usted vio al señor Finney?

– Sí –exclamó con vehemencia el pobre doctor–, y ha vuelto contra mí mis propias armas.

Se sentó, y empezó a sollozar.

Pocos días después, este doctor se hizo el partidario más decidido de Finney, y le traía personalmente a sus amigos para que se convirtieran.

Nunca más se habló del universalismo.

Estudiando los Salmos con C. H. Spurgeon

El tesoro de David



Salmo 81 (vers. 16).

«*Y con miel de la peña les saciaría*» (v. 16). La roca o peña, espiritual y místicamente indican a Cristo, la roca de Salvación (1 Cor. 10:4); la «miel» de la roca, la plenitud de la gracia en El, y las bendiciones de ella, las misericordias firmes a David y las preciosas promesas del pacto eterno; y el Evangelio, que es más dulce que la miel o que el panal de miel, y con ella son llenados y satisfechos los que escuchan a Cristo y andan en sus caminos; porque, así como el conjunto de lo que dice aquí muestra lo que Israel perdió por la desobediencia, también sugiere claramente lo que gozarán los que escuchan y obedecen. *John Gill*.

Salmo 82

«Salmo de Asaf». Este poeta del templo actúa aquí como predicador de la corte y la magistratura. Los que hacen algo bien, pueden hacer bien otra cosa; el que

escribe buenos versos no tiene por qué no ser capaz de predicar. ¡Qué predicación habría sido la de Milton si hubiera subido al púlpito, y si Virgilio hubiera sido un apóstol!

Salmo 83

«Salmo de Asaf». Ésta es la última ocasión en que encontramos a este elocuente escritor. Asaf, el vidente, se da cuenta de los serios peligros que resultan de las poderosas naciones confederadas, pero su alma sigue fiel a Jehová, en tanto que como poeta predicador alienta a sus paisanos a la oración por medio de su sagrada lírica.

Salmo 84

No es muy importante saber cuándo fue escrito este Salmo, o quién lo escribió; a mí me parece que exhala el perfume davídico; se desprende de él la fragancia de las hierbas aromáticas de la

montaña y los lugares solitarios y desérticos en que el rey David tuvo que residir con frecuencia durante sus muchas guerras. Esta oda sagrada es una de las más selectas de la colección; la rodea una suave irradiación que ha hecho que se la llame «*La Perla de los Salmos*». Si el Salmo veintitrés es el más popular, el ciento tres el más gozoso, el ciento diecinueve el más profundamente vívido, y el cincuenta y tres el más dolorido, éste es el más dulce de los Salmos de paz.

Salmo 85

Es la oración de un patriota en favor de su país que se halla postrado, en la cual pide al Señor las antiguas misericordias y por medio de la fe prevé días más alegres. Creemos que lo escribió David, aunque muchos lo ponen en duda. Ciertos intérpretes parece que se resisten a adscribir al Salmista David la paternidad de gran número de Salmos, y los atribuyen a montones a los tiempos de Ezequías, Josías, la Cautividad y los Macabeos. Es notable que, por regla general, cuanto más escéptico es un escritor, más decidido está a eliminar a David, en tanto que los comentaristas puramente evangélicos se contentan, en su mayor parte, con dejar al divino poeta la cátedra de la paternidad de los salmos.

Salmo 86

«Oración de David». Tenemos aquí uno de los cinco Salmos titulados «Tefilás», u oraciones. Este Salmo consiste en alabanza así como en oración, pero cada una de sus partes es dirigida directamente a Dios de tal forma que puede ser llamado apropiadamente «una oración». Y es una oración, además, porque hallamos en toda ella vetas de alabanza. Este Salmo parece haber sido conocido especialmente como la oración de

David, tal como el diecinueve es «la oración de Moisés».

En este Salmo ocurre con mucha frecuencia el nombre de Dios. A veces es Jehová, pero más comúnmente Adonai, nombre que los copistas judíos, según muchos entendidos, escribían en lugar de Jehová, el título más sublime, impulsados a hacerlo por un temor supersticioso; nosotros, que no nos hallamos bajo este temor supersticioso, nos regocijamos en Jehová nuestro Dios. Es singular que los que tenían hasta tal extremo a su Dios que no se atrevían a escribir su nombre, tuvieran tan poco temor piadoso que se atrevieran a alterar su Palabra. *C. H. S.*

Cristo está hablando en todo el Salmo. Todas las palabras son dichas exclusivamente por Cristo, que es a la vez Dios y hombre. *Psalt. Cassiodori.*

En este Salmo, Cristo, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, Dios con el Padre, y hombre con los hombres, a quien presentamos nuestras oraciones como Dios, está orando en forma de un siervo. Porque él ora en favor nuestro, y ora en nosotros, y nosotros oramos a él. Él ora por nosotros como nuestro Sacerdote. Ora en nosotros como nuestra Cabeza. Nosotros oramos a él como nuestro Dios. *Psalt. de Pedro Lombardo.*

Salmo 87

Este cántico es en honor de Sion, o sea, Jerusalén, y trata del favor de Dios a esta ciudad entre las montañas, las profecías que la hicieron ilustre, y el honor de haber nacido en ella. Muchos consideran que fue escrito con ocasión de la fundación de la ciudad de David en Sion; pero ¿no implica la mención de Babilonia una fecha posterior? Parece haber sido escrito después que fueron construidos Jerusalén y el Templo y que había una historia de hechos gloriosos de que podía hablarse.

Salmo 88

«Cántico o Salmo para los hijos de Coré». Esta triste queja no produce la impresión de un Salmo, ni podemos concebir cómo puede ser llamado con un nombre que denota un canto de alabanza o de triunfo; con todo, quizá fue intencional llamarlo así para mostrar en qué forma la fe «se gloria también en las tribulaciones». Con toda seguridad, si hay algún cántico de tristeza y un salmo de lamentación, es éste.

Los versículos 10-12 nos proporcionan una esperanza sustentadora de la resurrección. Sí, las maravillas de Dios serán conocidas en la boca de la sepultura. La justicia de Dios, al dar lo que satisfice la justicia en favor de los miembros del Mesías, ha sido manifestada gloriosamente, de modo que esta resurrección ha de seguir, y la tierra del olvido ha de entregar a sus muertos.

¡Oh mañana de bienaventuranza inefable, apresúrate! El Mesías ha resucitado; ¿cuándo resucitarán todos los que son suyos? Hasta que el día amanezca, tienen que adoptar las exclamaciones lastimeras de su Cabeza, y recordar a su Dios, en el tono de Hemán ezraíta, lo que todavía tiene que realizar. «¿Manifestarás tus maravillas a los muertos?», etc. *Andrew A. Bonar.*

Salmo 89

Hemos llegado al majestuoso Salmo del Pacto, que, según la ordenación judía, es el último del tercer libro de los Salmos. Es la expresión del creyente en presencia de un gran desastre nacional, en súplica a Dios, presentando el gran argumento de los acuerdos del pacto y esperando liberación y ayuda debido a la fidelidad de Jehová.

El Salmo presente se empareja con el precedente. Es como un «Allegro» es-

piritual al «Penseroso»... El Salmo anterior era una endecha de Pasión; éste es un villancico de Navidad. *Christopher Wordsworth.*

Salmo 90

«Una oración de Moisés, siervo de Dios». Se han hecho muchos intentos para probar que Moisés no escribió este Salmo, pero nosotros seguimos firmes en la convicción de que lo escribió. La condición de Israel en el desierto es tan ilustrativa de cada versículo, y 105 giros, expresiones y palabras usadas en él son tan similares a muchas de las que hallamos en el Pentateuco, que las dificultades sugeridas, a nuestro modo de ver, son tan ligeras como el aire en comparación con la evidencia interna en favor de su origen mosaico. Moisés era un hombre poderoso en palabras así como en hechos, y este Salmo creemos que es una de sus declaraciones de peso, digna de ponerse al lado de su gloriosa oración registrada en el Deuteronomio.

Este es el Salmo más antiguo, y se halla entre dos libros de Salmos, como una composición única en su grandeza y única en su antigüedad sublime. Son muchas las generaciones de personas afligidas que han escuchado este Salmo de pie, alrededor de una tumba abierta, y que se han consolado con él aun cuando no hayan percibido su aplicación especial a Israel en el desierto o no hayan recordado el plano mucho más alto en que se encuentran ahora los creyentes.

«El Salmo 90 se puede citar como quizá la más sublime de las composiciones humanas, la más profunda en sentimiento, la más elevada en concepción teológica, la más magnífica en sus imágenes. Es verdadera en la descripción que da de la vida humana como atribulada, transitoria y pecaminosa. Verdadera en

su concepto del Eterno: el Soberano y el Juez; y, con todo, el refugio y esperanza de los hombres, que, a pesar de las pruebas más severas de su *fe*, no pierden su confianza en él, sino que, firmes en ella, suplican, como si lo predijeran, una sazón de refrigerio cercana.

«No vemos en este Salmo rastro alguno de la petulancia u orgullo —una blasfemia en voz baja, en que se disputa la justicia o la bondad de las ordenaciones divinas— que con tanta frecuencia da un matiz ponzoñoso al lenguaje de los que son presa de la angustia, personal o a causa de sus deudos.» *Isaac Taylor*.

Salmo 91

Este Salmo no tiene título, y no tenemos manera de averiguar el nombre de su autor o la fecha en que fue compuesto con exactitud. Los expertos judíos consideran que cuando no se menciona el nombre del autor, podemos asignar el Salmo al último autor mencionado; si fuera así, éste sería otro Salmo de Moisés, el hombre de Dios. Se usan muchas expresiones aquí similares a las que usa Moisés en el Deuteronomio, y la evidencia interna de las expresiones idiomáticas peculiares señalaría a Moisés como su autor.

En toda la colección no hay Salmo más alentador; su tono es elevado y sostenido: la fe en sus aspectos mejores y más nobles. Un médico alemán acostumbraba a hablar de él como el mejor preservador en los tiempos de cólera, y en realidad es una medicina celestial contra la plaga y la peste. El que puede vivir en su espíritu no conocerá el temor; incluso si una vez más Londres pasara a ser un hospital y las tumbas estuvieran rebosando de cadáveres.

«Es una de las obras más excelentes de esta clase que se han escrito. Es impo-

sible imaginar nada más sólido, hermoso, profundo o adornado. Si el latín o alguna lengua moderna pudiera expresar del todo la hermosura y elegancia, así como las palabras de sus frases, no sería difícil persuadir al lector de que no hay poema comparable con esta oda hebrea, ni en griego ni en latín.» *Simon De Muis*.

El Salmo 90 habla del hombre marchitándose bajo la ira de Dios a causa del pecado. El Salmo 91 nos habla de un hombre que podía hollar al león o la víbora bajo sus pies. Indudablemente el Tentador tenía razón al referirse a este Salmo cuando tentó «al Hijo de Dios» (Mateo 4:6). *William Kay*.

Salmo 92

«Cántico para el sábado». Esta composición admirable es, a la vez, un salmo y un cántico, lleno en igual medida de solemnidad y gozo, y fue escrito para ser cantado en el Día de Reposo. El tema es la alabanza a Dios; la alabanza es la obra sabática, la ocupación gozosa de los corazones en reposo. Nadie que conozca el estilo de David vacilará en adscribirle la paternidad de este himno divino; las lucubraciones de los rabinos que dicen que fue compuesto por Adán sólo se mencionan para ser descartadas. Adán en el paraíso no tenía ni arpas ni enemigos con los que contender.

Salmo 93

Este breve Salmo carece de título o de nombre del autor, pero el tema es evidente, ya que se enuncia en su primera línea. Es el Salmo de la Soberanía Omnipotente: Jehová, a pesar de la oposición, reina supremo. Es posible que al tiempo en que fue escrita esta oda, la nación estuviera en peligro de sus enemigos, y las esperanzas del pueblo de Dios recibieron aliento al recordar que el Se-

ñor era todavía Rey. ¿Qué consolación más dulce y más segura podían desear?

Salmo 94

El escritor ve a los malvados en el poder y le duele su opresión. Su sentido de la soberanía divina, de la cual ha cantado en el Salmo anterior, le lleva a apelar a Dios, el gran Juez de la tierra; lo hace con gran vehemencia e insistencia, evidentemente escociéndole el látigo del opresor.

Confiado en la existencia de Dios y asegurado de su escrutinio personal de los actos de los hombres, el Salmista reprende a sus adversarios ateos y proclama su triunfo en su Dios; interpreta también la severa dispensación de la Providencia como una disciplina en gran manera instructiva, y considera felices a los que la soportan.

El Salmo es otra discusión patética del antiguo enigma: «¿Por qué prosperan los impíos?». Es otro ejemplo de un hombre bueno perplejo por la prosperidad de los inicuos, que alienta su corazón al recordar que, después de todo, hay un Rey en el cielo, el cual dice la última palabra sobre el gobierno de las cosas.

Salmo 95

Este Salmo no tiene título, y todo lo que sabemos de su paternidad es que Pablo lo cita como «de David» (Hebreos 4:7). Es verdad que esto puede significar meramente que se halla en la colección conocida como los Salmos de David; pero, si esto fuera lo que quiere decir el apóstol, habría sido más natural que hubiera dicho: «dicen los Salmos»; por lo que nos inclinamos a creer que David fue el verdadero autor de este poema. Lo llamaremos «El Salmo de la Provocación».

«Este Salmo es citado dos veces en la Epístola a los Hebreos como una advertencia a los cristianos judíos de Jerusalén, en los días del escritor, para que no vacilen en la fe y no desprecien las promesas hechas por Dios a sus padres en el desierto, no sea que no puedan entrar en su descanso». (*Christopher Wordsworth*).

Salmo 96

Este Salmo está tomado evidentemente del cántico sagrado que David compuso al tiempo en que «fue puesta el arca en medio del tabernáculo que David había preparado para ella, y ellos ofrecieron holocaustos y ofrendas de paz delante de Dios». Ver el capítulo 16 del primer libro de Crónicas. Es un gran himno misionero, y es extraño que los judíos pudieran leerlo y persistir en su exclusivismo.

Este Cántico es uno e indivisible, un atavío de alabanza sin costura, tejido de arriba abajo.

«La madre enseña a su hijo a pronunciar un himno antes que él comprenda su alcance y su significado plenos. Y lo mismo aquí, en este Salmo santo, la Jerusalén de arriba, la madre de todos nosotros, nos entrena en la pronunciación de un cántico apropiado a la época de la gloria milenial, cuando el Moloc de la opresión, el Mamón de nuestra avaricia, el Astarot de la lujuria, todo credo erróneo, toda religión falsa, habrá dado lugar a la adoración del Dios vivo y único verdadero: a la fe y el amor de Jesucristo. «Que todos los pueblos te alaben, oh Dios; que todos los pueblos te alaben». (*W. H. Goold*). (Continuará).

(Extractado de *El Tesoro de David*
de *C. H. Spurgeon*).

La epístola a los Efesios.



Viendo a Cristo en la iglesia

Stephen Kaung

Lecturas: Efesios 1:9-10; 3:9-11.

La Biblia es la revelación de Jesucristo y nosotros la estudiamos con el objetivo de conocer a Cristo. Ese es el único motivo por el cual la Palabra nos fue dada. Allegarnos a la Palabra para conocer a Cristo es el único modo de entender verdaderamente lo que la Biblia tiene para nosotros.

Es por eso que deseamos ver a Cristo en cada uno de los libros de la Biblia. Iniciamos esta serie de estudios con el libro de Mateo y continuamos con los demás libros del Nuevo Testamento hasta llegar ahora a estudiar la Carta a los Efesios, o sea, queremos ver a Cristo a través de la Iglesia.

Hay una semejanza entre el libro de Hechos y la carta a los Efesios. En el libro de Hechos, vemos al Señor resucita-

do haciendo y enseñando por medio de su cuerpo colectivo, el cual es la Iglesia. En la carta a los Efesios, vemos nuevamente al Señor Jesucristo, pero ahora, como Cabeza de su Iglesia. Hay, sin embargo, una diferencia: en el libro de Hechos se nos presenta un hecho: Cristo es visto en su cuerpo. En Efesios, lo que se nos presenta es una enseñanza: la enseñanza de Cristo en la Iglesia. Es maravilloso constatar que Dios siempre nos presenta hechos en primer lugar y, posteriormente, nos revela el significado de esos hechos.

En el libro de Hechos se nos muestra el siguiente hecho: la Iglesia, en verdad, es Cristo; el propio Cristo haciendo la obra y enseñando, del mismo modo que él lo hacía por medio de su cuerpo

humano mientras estaba aquí en la tierra. Igualmente, vemos que, en el libro de Hechos, el Señor tomó sobre sí un cuerpo colectivo y, por medio de ese cuerpo colectivo, él continuó haciendo y enseñando. Ese es el hecho. En la carta a los Efesios, encontramos la interpretación, la enseñanza.

Esta carta fue escrita por Pablo cuando él estaba en la prisión de Roma. Físicamente, él estaba limitado; no podía actuar libremente ni moverse en medio del pueblo de Dios. Pero, gracias a Dios, él no estaba limitado en su espíritu. Al contrario, su espíritu subió al tercer cielo y allá vio el misterio de Dios. Pablo se propuso compartir ese misterio de Dios con los cristianos de Éfeso y, naturalmente, con nosotros también.

La carta a los Efesios nos revela a Cristo como la Cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo. Este es el misterio de la voluntad de Dios. En 1ª Corintios 2, Pablo dice: *«me propuse no saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a éste crucificado»*. Sin embargo, eso no significa que Pablo no supiese nada además de eso; no quiere decir que, aparte de esa enseñanza fundamental sobre Cristo—Cristo crucificado—Pablo no supiese nada más. El propio Pablo va a decir a continuación: *«Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez»*, una sabiduría que es desconocida del mundo y de sus representantes. Es la sabiduría de Dios en misterio; una sabiduría que estaba escondida desde los siglos y que está relacionada con nuestra gloria. Subrayamos, entonces, que aquí no hay contradicción. Jesucristo, y éste crucificado, es el fundamento, pero aquella sabiduría sobre la cual Pablo está hablando, la sabiduría de Dios en misterio, es edificada sobre este fundamento. Es el mismo Cristo.

Así pues, en la carta a los Efesios, Pablo va a tratar principalmente con esta «sabiduría de Dios en misterio». Él nos va a conducir desde la eternidad pasada a través del tiempo, hasta hacernos penetrar en la eternidad futura. O sea, Pablo va a tratar en esta carta acerca del eterno propósito de Dios.

Queridos hermanos, Dios tiene un propósito eterno. ¿Por qué lo llamamos propósito eterno? Porque se originó en Dios en la eternidad pasada. Antes que hubiese tiempo, antes de la creación, Dios había designado en sí mismo un propósito según el beneplácito de su voluntad. Desde entonces, él ha trabajado a lo largo de las épocas hasta que él mismo realice ese propósito en la eternidad futura. Aquello que Dios, en la eternidad pasada, se propuso hacer, debe ser realizado, o mejor, sin ninguna duda, será íntegramente realizado porque Dios no falla. Su obra, sin embargo, es realizada en el tiempo. De esa forma, él hizo el tiempo como un período o períodos en los cuales él puede realizar su eterno propósito. Este es el real significado del tiempo y es en este tiempo que estamos viviendo actualmente.

¿Cuál es, entonces, este propósito eterno que se originó en el propio Dios en la eternidad pasada? Es simplemente esto: «Reunir todas las cosas en Cristo». Concentrar, incluir, hacer que todo venga a resumirse en Cristo. Dios amó tanto a su Hijo unigénito, que deseaba expresar este amor a él. Es dándose como el amor se expresa a sí mismo, y Dios amó tanto a su Hijo que se propuso darle todas las cosas. Esa es la razón por la cual él creó todas las cosas. Él creó los cielos, la tierra y todo lo que en ellos hay para su Hijo amado. Las montañas, los océanos y las planicies, todo fue creado para él. Los pájaros, los peces y demás ani-

males fueron creados para su Hijo. Incluso los seres celestiales y todos los seres humanos fueron creados para su Hijo. Él creó todas las cosas en su Hijo, por su Hijo y para su Hijo, para que él pudiese heredar todas las cosas y en él puedan reunirse todas las cosas. Ese es el eterno propósito de Dios. Nosotros sabemos que, en la eternidad venidera (la cual ciertamente está viniendo), esto se convertirá en realidad. Todas las cosas serán reunidas en él.

¿Cuál es el significado de la palabra «reunir»? La expresión «reunir», o «concentrar en sí» todas las cosas, o «englobar en sí» es utilizada dos veces en el Nuevo testamento. Una vez en este pasaje de Efesios 1 y otra en Romanos 13:9-10: «Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor».

Hay muchos mandamientos, pero cualquiera que sean, todos se reúnen, se resumen, se concentran en una sola palabra: amor. El amor es la totalidad de los mandamientos. El amor da significado a todos los mandamientos y es el único modo a través del cual todos los mandamientos pueden ser cumplidos; por lo tanto, todos los mandamientos «convergen» hacia el amor. El amor resume todos los mandamientos. En él se concentran todos. De la misma forma, todas las cosas convergen en Cristo. Todas las cosas, sean las que fueren, incluso usted o yo, los ángeles – todo converge hacia Cristo. Él es el mismo significado de todas las cosas, es él quien da significado a todo. En él todas las cosas se unen en armonía y unidad. Él es el propósito de todas las cosas. Nosotros sabemos que,

en la eternidad futura, eso se tornará una realidad manifiesta. Gracias a Dios por eso.

No hay problemas en la eternidad pasada. Cuando Dios estableció su propósito no hubo discusión, ni oposición, ni ninguna opinión divergente. De la misma manera, no habrá problemas en la eternidad futura, porque todo aquello que Dios se propuso hacer habrá sido realizado. No habrá más oposición ni conflictos. Dios va a obtener lo que siempre deseó para su Hijo.

Sin embargo, en el tiempo, hay innumerables problemas. Después de haber establecido Dios su propósito y comenzado a crear todas las cosas, los problemas comenzaron a aparecer. Primeramente ocurrió la rebelión del arcángel Lucifer. El arcángel creado por Dios se rebeló contra él y se convirtió en un demonio, un adversario de Dios y, por causa de eso, la tierra se convirtió en un caos. En el libro de Génesis, cuando Dios recreó la tierra, al restaurarla para que fuese habitable, él creó al hombre y puso el planeta bajo su control. El hombre cayó en pecado y una vez más el mundo fue lanzado a la vacuidad y la ruina. Pero, gracias a Dios, él está trabajando. Por medio de su amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, él redimió y reconcilió consigo todas las cosas y las trajo de vuelta a la plenitud de Dios. Él no sólo nos redimió por su sangre preciosa, sino que su redención alcanza a todo el Universo y, debido a la obra que él realizó en la cruz del Calvario, él reconcilió todas las cosas a la plenitud de Dios.

Dios también había designado en su propósito que habría un pueblo, la Iglesia, que sería la novia de su amado Hijo, la cual compartiría su gloria y también su responsabilidad; de su vida, y también de su trabajo. Eso es parte del eterno pro-

pósito de Dios para su Hijo. Es en este punto que usted y yo tenemos participación. Agradó a Dios que, en la medida que dio todas las cosas a su Hijo, que su Hijo compartiese todas las cosas, incluso su gloria con un pueblo redimido – la Iglesia. Es el placer y la satisfacción de Dios, después de haber concluido la obra de la redención a través de Cristo en la tierra, permitir que su pueblo participe en la realización de este propósito eterno en su Hijo y para su Hijo.

Siempre recuerdo una historia que ilustra muy bien este hecho. Un día un padre cargaba una mesa. Era una mesa muy pesada, pero el padre era lo bastante fuerte para levantarla y cargarla. Este padre tenía un hijo pequeño que, cuando vio que el padre tenía que cargar aquella mesa, inmediatamente se dispuso a ayudarlo. Así, el padre aseguró un lado de la mesa y el hijo el otro lado y ellos cargaron aquella mesa. El pequeño niño, en vez de ayudarlo, se tornó, en verdad, en un peso extra. El padre sabía que estaba cargando no sólo la mesa, sino también al hijo. Cuando ellos finalmente concluyeron, el hijo dijo: «Nosotros cargamos la mesa juntos».

Queridos hermanos, esa es una bella ilustración. Toda la obra fue realizada por nuestro Señor Jesús, pero él tiene placer en permitir que trabajemos juntos con él. En verdad, nosotros somos para él un peso extra (si usted no lo es, yo sé que lo soy). Pero él voluntariamente carga el peso extra y lleva la obra adelante para que el propósito del Padre pueda realizarse. Gracias a Dios por eso.

Es algo maravilloso cuando Dios decide hacernos participantes del propósito eterno con relación a su Hijo. Él no desea que participemos en forma pasiva – mecánicamente, técnicamente. Él quiere que tomemos parte en su propósito de

forma viva, espiritual, real, experimental. Es por esta razón que la primera cosa que él desea que conozcamos es el misterio de su voluntad.

La voluntad de Dios es un misterio. ¿Quién conoció la mente de Dios? ¿Quién podía saber lo que pasaba en el corazón de Dios? ¿Quién sabía lo que había por detrás de todas sus obras en este período que llamamos tiempo? ¿Quién sabía cuál era el objetivo que Dios pretendía alcanzar? Nadie sabía. Era un misterio. No sólo los animales desconocían eso, sino que tampoco los ángeles no lo sabían. Es un misterio escondido en Dios. La voluntad de Dios es un misterio. Sin embargo, piense en esto: agradó a Dios hacernos conocer el misterio de su voluntad. Pero ¿quién somos nosotros?

Hermanos, el hecho de que Dios no haya revelado el misterio de su voluntad a los ángeles es algo que toca mi corazón profundamente. En verdad, los ángeles

Toda la obra fue realizada por nuestro Señor Jesús, pero él tiene placer en permitir que trabajemos juntos con él. En verdad, nosotros somos para él un peso extra (si usted no lo es, yo sé que lo soy). Pero él voluntariamente carga el peso extra y lleva la obra adelante para que el propósito del Padre pueda realizarse.

vendrán a conocer el misterio de Dios por medio de la iglesia, los redimidos del Señor. Nosotros pecamos, nosotros estuvimos muertos en nuestros pecados y transgresiones; nuestra mente estaba entenebrecida; estábamos alienados de la vida de Dios; nos tornamos sus enemigos; nosotros lo odiábamos; nos rebelamos contra él. Aún así, en su amor y su misericordia, por medio de la gracia de Jesucristo, él no sólo nos salvó, sino nos dio a conocer el misterio de su voluntad. Él no nos trató como esclavos, sino como amigos.

Sin embargo, a fin de darnos a conocer el misterio de su voluntad, él precisó atraernos primeramente a sí mismo. Precisaba traernos a una relación viva con él de forma que nuestro conocimiento de su voluntad no fuese sólo un conocimiento exterior, sino un conocimiento vivo y experimental del misterio de su voluntad. No se trata de recibir una enseñanza, sino de tener una enseñanza basada en la experiencia. Si todo lo que usted sabe es mera enseñanza, entonces lo que usted tiene es una doctrina. Pero si la enseñanza que usted tiene se basa en la experiencia, entonces usted tiene vida. Dios desea que conozcamos su voluntad en forma viva.

En el primer capítulo de Efesios, cuando Pablo está intentando describir este misterio, él percibe que es algo que está más allá de su capacidad. A fin de hacer conocido el misterio de la voluntad de Dios para nosotros, es necesario que él primeramente nos bendiga con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Es por eso que él nos bendice. ¿Cuáles son estas bendiciones espirituales con las cuales él nos bendice en Cristo Jesús? Nos escogió en él antes de la fundación del mundo. Antes de la fundación del mundo, Dios nos

había escogido en Cristo Jesús. No fue usted quien lo escogió. Él lo escogió a usted incluso antes de la fundación del mundo, mucho tiempo de que usted hubiera nacido. Él lo escogió a usted en Cristo y le predestinó para ser su hijo. Él dice: Un día, éste a quien escogí para ser hijo, se tornará un hijo según mi Hijo Unigénito. ¡Maravilloso! Este escogido podrá ser santo e irreprochable delante de él. Hay solamente un modo de ser santos e irreprochables delante de Dios, o sea, en amor, porque «el amor cubre multitud de pecados».

A continuación está escrito: «*nos hizo aceptos en el Amado*». En la traducción inglesa de Darby la expresión «hizo aceptos» se traduce como «favorecer» y eso significa que Dios nos favoreció en el Amado. En otras palabras, Dios está diciendo: «Ustedes son mis favorecidos». Dios está siendo parcial con usted, pero él es imparcialmente parcial porque él es parcial para todos.

Él nos redimió por su sangre. ¡Qué gran precio él pagó! Cristo necesitó derramar su sangre para redimirnos según las riquezas de su gracia.

Él nos dio una herencia en los cielos. ¡Oh, que podamos conocer la esperanza de nuestro llamamiento. Somos llamados para ser el cuerpo de Cristo, y la esperanza de este cuerpo es, al alcanzar la madurez, convertirse en la novia de Cristo.

Nosotros debemos conocer la gloria de su herencia en los santos. ¡No sólo somos nosotros los que heredamos a Cristo, y qué bendita herencia es ésta! Pero Cristo va a heredarnos también. Nosotros llegaremos a ser una herencia rica para Cristo.

También debemos conocer la suprema grandeza de su poder para con los que creemos. Oh, el poder con el cual Dios

obra en nosotros es nada menos que el poder que levantó a Jesús de los muertos y lo sentó a la diestra de Dios por encima de todas las cosas. Es este mismo poder que opera en nosotros.

Hermanos, él hizo todas las cosas en Cristo para que percibiésemos que Cristo es todo. Es en Cristo que fuimos escogidos. Es por causa de Cristo que recibimos la filiación. Es por causa de la sangre de Cristo que nos tornamos coherederos con Cristo. Todo lo que nosotros experimentamos por la gracia de Dios es Cristo. Dios se propuso hacer de Cristo todo para nosotros, él debe ser todo en nuestras vidas. Eso es reunir todas las cosas en Cristo.

En el capítulo 2 de Efesios se nos muestra que todo eso es verdadero a nivel individual. Cuando estábamos muertos en delitos y pecados, su amor, misericordia y gracia, vinieron sobre nosotros de modo que nosotros no sólo fuimos levantados de los muertos, sino también sentados juntamente con Cristo en las regiones celestiales. De la misma forma, corporativamente, vemos que nosotros, estando todos separados, ahora estamos siendo formados un nuevo hombre en Cristo Jesús. Somos reunidos para Dios en Cristo Jesús. Todas estas cosas que fueron hechas para nosotros, así como todo lo que hemos recibido y experimentado, tiene un único objetivo: que podamos llegar a un conocimiento real del misterio de la voluntad de Dios. El misterio de la voluntad de Dios debe ser realizado primeramente en nosotros. No debemos sólo entender con nuestras mentes, sino que también debe tornarse realidad en nuestras vidas. En verdad, la iglesia puede decir: Todas las cosas están siendo reunidas en Cristo. Cristo es el todo. Él es el significado de todo. Él da sentido a todas las cosas, y él es todo para

nosotros. Ese es el testimonio de la iglesia, el cual debe ser revelado a nosotros para que vengamos a conocer el misterio de la voluntad de Dios.

¿Usted sabe cuál es el misterio de la voluntad de Dios? ¿Usted sabe que la voluntad de Dios es que su Hijo pueda tener la preeminencia sobre todas las cosas? ¿Usted sabe que la voluntad de Dios es reunir todas las cosas en Cristo, hacer que todo sea totalizado en él y que Cristo pueda ser manifestado en todas las cosas? ¿Usted sabe que él debe ser glorificado en todas las cosas? ¿Usted sabe que este es el misterio de la voluntad de Dios? Pero, si nosotros no sabemos, entonces ¿quién sabe? Si usted le pregunta a un ángel, él le dirá: «Yo no sé cuál es el misterio de la voluntad de Dios. Yo he visto muchos hechos poderosos de Dios y sé que él está trabajando para alcanzar algún objetivo, pero ¿qué objetivo es ese? Explíqueme, por favor».

La iglesia no debe sólo enseñar al mundo visible, sino también al mundo invisible el misterio de la voluntad de Dios. Este es el significado de Efesios 3:10: «Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales».

Primeramente, Dios nos hace conocer el misterio de su voluntad de modo vivo, experimental, real. Entonces, a través de nosotros –la Iglesia, los redimidos– Dios planea dar a conocer toda su multiforme sabiduría a los principados y potestades en las regiones celestiales. Esos principados y potestades en las regiones celestiales no se refieren a los reyes, nobles y señores de esta tierra. También es verdad que Dios quiere dar a conocer el misterio de su voluntad al mundo por medio de la Iglesia, pues, de otro modo, el mundo nunca lo conocería; pero,

además de eso, él quiere que eso sea conocido por los principados y potestades. La mayoría de los comentaristas bíblicos concuerda que los principados y potestades en este versículo se refieren a los ángeles buenos, habiendo clasificado a los ángeles en dos categorías: los buenos y los malos. Los ángeles buenos son aquellos que obedecen a Dios y ejecutan su voluntad. Los ángeles malos son los que se rebelaron contra Dios juntamente con Lucifer, el arcángel.

Estos principados y autoridades, o sea, los ángeles buenos, son más inteligentes que el hombre en cuanto al conocimiento. Sin embargo, ellos no saben todas las cosas; no poseen una sabiduría ilimitada. Saben más que nosotros, pero no lo saben todo. Ellos necesitan ser enseñados; ¿y quién les va a enseñar la sabiduría de Dios? La Iglesia. Cuando ellos vean lo que Dios está operando en los redimidos, cuando vean a los redimidos entrando en la realidad de Cristo, entonces serán abiertos sus ojos para conocer el eterno propósito de Dios. Nosotros enseñaremos a los ángeles la sabiduría de Dios.

La mayoría de los comentaristas bíblicos cree que este versículo se refiere a los ángeles buenos porque la única cosa que los ángeles malos van a conocer es el poder y la autoridad de Dios. Solamente los ángeles buenos quieren conocer la sabiduría de Dios. No obstante, la Iglesia, no sólo enseñará la sabiduría de Dios a los ángeles buenos, sino también hará que los ángeles malos vengan a conocer el poder y la autoridad de Dios (Eso está en Efesios 6). Después que Cristo concluyó todas las cosas en la cruz del Calvario, él dio su victoria a la Iglesia para que ella la pusiese en práctica y concretase el propósito de Dios de modo que los ángeles malos viniesen a conocer el

poder de Dios. Nosotros debemos levantarnos y estar en pie. Estar en pie es permanecer firmes. Esta es la carta a los Efesios.

Si Cristo debe ser visto a través de la Iglesia, entonces primeramente usted debe saber qué es la Iglesia. Si usted no sabe eso, ¿cómo podrá ver a Cristo a través de la Iglesia? La carta a los Efesios es una carta maravillosa que trata sobre este tema: qué es la Iglesia. Si usted quiere saber lo que es la Iglesia, no mire a su alrededor, usted nunca la descubrirá de esa forma. Si usted quiere saber lo que es la Iglesia, no busque ni siquiera en la historia de la Iglesia, porque lo que usted va a encontrar es el Cristianismo oficial. Para saber lo que es la Iglesia, lea la carta a los Efesios. En ella encontrará usted la revelación de la Iglesia de Dios.

El Cuerpo de Cristo

La Iglesia es el cuerpo de Cristo, Aquel que todo lo llena en todo. La Iglesia es la plenitud de Cristo. Es exactamente como mi cuerpo es la plenitud de mi cabeza. Toda la sabiduría, los planes, todo el propósito, toda la autoridad y gobierno – todo está en la cabeza. Sin embargo, la cabeza se completa en el cuerpo de modo que el cuerpo se torna en la plenitud de la cabeza. Eso es la Iglesia – la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Toda la sabiduría, todas las insondables riquezas de Cristo están depositadas, almacenadas en aquel cuerpo, y Cristo dice: «Eso es mi plenitud».

Este cuerpo de Cristo no debe sólo contener todas las insondables riquezas de Cristo, sino debe también manifestar su gloria. El cuerpo siempre está vestido; la cabeza es quien aparece. La Iglesia no debe hablar de sí misma. La Iglesia no tiene como propósito mostrar al mundo cómo es ella: una torre cuya cús-

pide llegue al cielo. La torre de Babel es así, no la Iglesia. La Iglesia tiene como propósito revelar a Cristo. Cuando las personas entran en la asamblea del pueblo de Dios, es a Cristo a quien ellos deben ver. Dios está en nuestro medio y ellos se postrarán y adorarán a Dios. La Iglesia es la plenitud de Cristo; debería estar siempre cubierta, vestida, nunca debería estar expuesta – Cristo, nunca nosotros mismos. Que Cristo sea exaltado y visto, que él crezca y que yo disminuya. Eso es la Iglesia.

La Iglesia es el cuerpo de Cristo. A través de ella, Cristo puede continuar haciendo y enseñando. Todavía hay mucho que tiene que ser hecho y él lo está haciendo en la Iglesia y a través de ella. La Iglesia no tiene enseñanza propia. Ella enseña lo que Cristo enseña. La Iglesia no tiene su propia obra. El trabajo que ella realiza es el trabajo de Cristo. ¿Estamos viendo a Cristo en la Iglesia? Si todo lo que nosotros vemos es el cuerpo, y no vemos la Cabeza – eso es una abominación. Que Cristo sea visto en la Iglesia. Si Cristo no es visto, entonces significa que fracasamos. Es una falsa representación; y el mayor pecado en todo el universo es el pecado de la falsa representación. Oh, que nosotros podamos representar a Cristo de un modo real.

Un Nuevo Hombre

La Iglesia es un nuevo hombre. (Ver Efesios 2:15). En Adán – el viejo hombre; en Cristo – el nuevo hombre. En Adán todos morimos, en Cristo todos somos vivificados. En Adán fuimos todos divididos; en Cristo somos hechos uno. No hay ni judío ni gentil; ni circuncisión ni incircuncisión; ni bárbaro ni escita; ni esclavos ni libres, sino que Cristo es todo para todos. Él es todo en todos. Esto es el nuevo hombre – un nuevo

hombre. En el mundo, usted tiene los judíos; pero en la Iglesia no hay judío. En el mundo existen los griegos y los gentiles, pero en la Iglesia no hay gentiles. En el mundo existen los bárbaros (innumerales) y los escitas, lo que es peor, porque los escitas eran más bárbaros que los mismos bárbaros. Si usted conoce la Historia, sabe que los escitas fueron los más bárbaros de toda la humanidad. Así a los ojos de Dios, no hay nación civilizada; o usted es bárbaro o es escita. Usted sólo es civilizado en Cristo. En el mundo, usted encuentra todas esas discriminaciones y distinciones naturales; sin embargo, no hay lugar para eso en el nuevo hombre, porque somos todos uno en Cristo Jesús.

Hermanos, cuando ustedes miran a un hermano o una hermana, ¿qué ven? ¿Usted ve un chino, o ve a Cristo? Si usted ve un chino es una lástima, no sólo por usted, sino también por mí. En la Iglesia, no hay chinos, ni americanos, ni negros o blancos, ni amarillos o rojos. En la Iglesia, no hay doctores ni analfabetos. En la Iglesia, no hay señores ni esclavos. Sí; en el mundo tenemos todas esas cosas, pero en la Iglesia no. Cuando nos reunimos en torno de la mesa del Señor, somos todos hermanos y hermanas en Cristo Jesús. Somos uno. Nada puede separarnos de Cristo; nada puede separarnos uno de otros porque el amor de Cristo es el que nos mantiene unidos. La Iglesia es el nuevo hombre y, cuando las personas ven la unidad del pueblo de Dios, perciben que esto no es algo posible naturalmente. Es sobrenatural. Es Cristo quien nos hace uno. Este es nuestro testimonio.

Conciudadanos de los santos

¿Qué es la iglesia? Nosotros somos conciudadanos de los santos (Ver Ef.

2:19). La Iglesia es el reino de Dios sobre la tierra. Dios «nos libró de la potestad de las tinieblas y trasladó al reino de su amado Hijo» Ahora nosotros estamos en el reino de Dios, somos conciudadanos. Nuestra ciudadanía está en el cielo. Nosotros somos extranjeros y peregrinos sobre la tierra y, sin embargo, tenemos una ciudadanía. Nuestra ciudadanía está en el cielo.

Cuando recordamos que el reino de Dios está en nuestro medio, entonces nos damos cuenta que, como pueblo de Dios, debemos someternos completamente a la autoridad de nuestro Rey-Cristo. Si sometemos nuestras vidas al gobierno de Cristo nuestro Rey, entonces expresaremos su reino en realidad. Si, en cambio, en nuestras propias vidas nos rebelamos contra la autoridad de Cristo, ¿cómo podremos expresar el reino de Dios sobre la tierra? El mundo está lleno de rebelión, ¿y nosotros? La Iglesia es el reino de Dios, pero este reino es el reino del Hijo de Dios. En Mateo 17, Cristo se transfiguró en el monte y entonces ellos oyeron una voz: «Este es mi Hijo amado, a él oíd». Eso es el reino. Para que estemos en el reino de Dios, nuestra actitud siempre debe ser: «¿Qué quieres decir, Señor?». Esta es una actitud de obediencia, de sumisión. Y, si nosotros nos sometemos al Hijo de Dios, individual y colectivamente, entonces el mundo verá a Cristo. Su autoridad será manifestada a través de nosotros. Su voluntad será realizada a través de nosotros.

La casa de Dios

La Iglesia es la casa de Dios o la familia de Dios. (Ver Ef. 2:19). Nosotros no somos sólo un reino, somos una familia. Gracias a Dios, somos una gran familia. Cuando usted piensa en una familia, la primera cosa que usted busca

son las semejanzas. A veces al mirar a una persona, inmediatamente pensamos: «Usted debe pertenecer a aquella familia». Eso nos recuerda un dicho judío: «Basta mirar mi nariz y usted sabrá mi nacionalidad. El mapa de Jerusalén está diseñado en mi rostro». Hay una semejanza entre las personas de una misma familia. Si pertenecemos a la familia de Dios, debemos ser semejantes a nuestro Padre celestial. Debemos ser parecidos con nuestro hermano mayor, porque Dios hizo que su Hijo Unigénito fuese el primogénito entre muchos hermanos. Él nos dio su vida y con esta vida nosotros creceremos y nos haremos cada vez más semejantes a él. ¿Estamos creciendo? ¿Estamos pareciéndonos a la familia? Pienso que esa es una pregunta muy importante para nosotros mismos.

Habitación de Dios en el Espíritu

La Iglesia es la habitación de Dios en el Espíritu (Ef. 2:22). Dios, en su Espíritu, habita en la Iglesia. Cuando pensamos en la palabra habitación, de inmediato nos viene a la mente aquella frase que el Señor dijo: «*Sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*». Cristo nos está edificando, nos está colocando juntos como piedras vivas sobre sí mismo que es el fundamento, y estamos siendo edificados juntos sobre Cristo. El resultado de eso es que Dios va a habitar en nuestro medio. *Donde estuvieren dos o tres reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de ellos*. Eso es la casa de Dios.

¿Nos estamos destruyendo unos a otros y provocando separación o estamos edificándonos unos a otros? ¿Estamos luchando y peleando unos contra otros, o nos estamos mutuamente edificando, exhortando y animando? ¿Estamos edificando con oro, plata y piedras precio-

sas, las cuales representan la vida de Dios, la redención de Cristo y la obra del Espíritu Santo? ¿O estamos edificando con madera, heno y hojarasca, los cuales representan la naturaleza humana, el esfuerzo humano y nuestras ideas propias? ¿Qué estamos haciendo?

La Iglesia es la habitación de Dios y debe, por lo tanto, ser habitada por él. Lo que importa en verdad, no es lo que a usted le gusta, sino lo que a él le gusta. No es usted quien debe sentirse confortable, sino es Dios quien precisa sentirse bien en esta habitación. La cuestión principal no es: ¿Usted está satisfecho?, sino: ¿Dios está satisfecho? La Iglesia es la habitación de Dios. Cuando visitamos una casa, inmediatamente pasamos a conocer los hábitos, o temperamento, las preferencias y las cosas que desagradan al propietario de aquella casa. Al mirar la decoración de la casa, la disposición de los muebles, la limpieza y los arreglos, usted puede ver al dueño de casa, porque en la casa se va a manifestar aquello que el dueño es. Esto es la Iglesia.

El misterio de Cristo

La Iglesia es el misterio de Cristo (Ver Ef. 3:4). El misterio de Dios es Cristo, pero el misterio de Cristo es la Iglesia. Si usted quiere conocer a Dios, usted tiene que conocer a Cristo. El Señor dijo: «Hace tanto tiempo que estoy con vosotros ... ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre?». De la misma manera, el misterio de Cristo es la Iglesia. Si usted quiere conocer a Cristo, mire a la Iglesia. En ella usted debería reconocer a Cristo. Lamentablemente, hoy en día eso no está ocurriendo. Pero la Iglesia es el misterio de Cristo. La Iglesia revela a Cristo porque ella es Cristo. En 1ª Corintios 12:12 está escrito que hay un cuerpo y muchos miembros: *«Porque así como el cuerpo*

es uno, y tiene muchos miembros ... siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo». Es el cuerpo de Cristo con muchos miembros, cada miembro no es un cuerpo, sino que todos esos miembros constituyen un cuerpo. La Biblia dice: *«...así también Cristo»*. Si nosotros estuviésemos escribiendo 1ª Cor. 12:12-13, probablemente escribiríamos: *«Así también es la Iglesia»*. Pero el Espíritu Santo dice: *«Así también Cristo»*, porque la Iglesia no es otra cosa sino Cristo expresándose colectivamente. Es Cristo en usted, Cristo en mí, Cristo en cada uno de nosotros y en todos nosotros juntos, todos manifestando a Cristo. Recuerde: la Iglesia no es edificada por usted y por mí. La Iglesia es edificada por Cristo en usted y Cristo en mí; y usted y yo tenemos que ir a la cruz. La Iglesia es el misterio de Cristo.

La novia de Cristo

La Iglesia es la novia de Cristo (Ver Ef. 5:23). Cuando pienso en la novia de Cristo, la primera cosa que me viene a la mente es que debe haber compatibilidad. Debe haber una correspondencia, una semejanza, una complementación. La novia debe ser como él. Usted no puede poner juntas a dos personas diferentes y desear que ellas sean uno. Dios dijo que crearía a Adán una ayuda idónea, que fuese su igual. Y esto es la Iglesia: su semejante, su igual, de la misma especie. No sólo aquella que tiene su vida, sino la que será purificada y santificada hasta llegar a ser la Iglesia gloriosa, sin mancha y sin arruga así como él es. Después de eso, ella será unida a él – la novia de Cristo.

La guerrera de Cristo

La Iglesia es la guerrera de Cristo (Ef. 6). Ella debe ser el instrumento usa-

do por Dios para pelear la buena batalla de la fe. Es la iglesia quien va a aplicar la victoria de Cristo sobre todas las cosas de modo que todas las cosas serán sometidas a Cristo. La Iglesia fue escogida por Dios para derrotar al enemigo. Los ángeles fueron creados como seres superiores al hombre; sin embargo, Dios usa uno que le es inferior para derrotarlo. En Romanos 8 está escrito que, cuando los hijos de Dios sean manifestados, entonces toda la creación será redimida del cautiverio de corrupción, redimida de la vanidad a la libertad gloriosa de

los hijos de Dios. Todas las cosas serán sujetas a Cristo.

Hermanos, primeramente, Dios opera en nosotros para que seamos sumisos a Cristo en todas las cosas. Después, por medio de la Iglesia, todas las cosas serán traídas en sujeción a Cristo, para que Cristo englobe todas las cosas, que todo sea reunido en él y el propósito de Dios sea realizado totalmente. Esta es la carta a los Efesios. Que nosotros podamos ver a Cristo.

(Tomado de Vendo Cristo no Novo Testamento, Tomo III).

* * *

Seguridad para las ovejas

Un tercio de las ovejas del mundo se encuentran en Australia. Pero este país no sólo tiene muchas ovejas, sino también muchos perros salvajes. En los últimos once años, los perros sacrificaron 600.000 ovejas, causando un perjuicio de seis millones de dólares. Excluyendo a las ovejas muertas por mordidas, otras incluso murieron después de abortar, debido al terror causado por los ataques. ¿Qué se podía hacer para dar seguridad al rebaño?

El gobierno australiano gastó una suma enorme de dinero en construir cercos muy altos en las empastadas. Cada 4 kilómetros fue colocada una puerta que se abre y se cierra en horarios predeterminados. Podemos decir que este cerco de protección de rebaños es el mayor del mundo. En total, esta cerca tiene 7,5 mil kilómetros de extensión.

Muchas personas se preguntan ¿porqué ese gasto tan enorme? ¿Será que para que las 100.007.600 ovejas pudiesen reposar en pastos delicados, el gobierno australiano –pastor de este enorme rebaño– necesitaba invertir tantos recursos?

Así también, para que nosotros pudiésemos reposar en pastos delicados, Dios hizo la mayor inversión nunca antes vista – sacrificó a Su Hijo en la cruz. Él concluyó la obra de salvación por nosotros con el objetivo de eliminar todos los temores provenientes de la muerte. Con la cruz Él construyó la mayor y más extensa cerca para que usted y yo no tengamos miedo en los pastos, y así podamos disfrutar del descanso.

Por tanto, debemos tener siempre en nuestra mente y corazón que si podemos descansar en delicados pastos, no es porque hicimos algo, sino por causa de aquello que el Señor hizo por nosotros. Nuestro descanso es el resultado del sudor y de la sangre derramada por nuestro Pastor.

Christian Chen, en A vida mais abundante

Los nombres de Cristo (10).

El Verbo de Dios



Harry Foster

En su evangelio, sus epístolas y el libro de Apocalipsis, Juan llama a Jesús «el Verbo». Por una parte, la descripción es atractiva y sencilla, y al mismo tiempo nos sugiere algo muy profundo. ¿Quién puede describir adecuadamente semejante título? El Verbo—la Palabra de Dios—es tan propio de Dios mismo que nos es fácil concordar que antes del principio del tiempo ambos estaban juntos y eran uno (Juan 1:1).

Evidentemente, el universo natural es tan complejo y maravilloso que nuestras mentes no alcanzan a comprenderlo. Nunca podríamos visualizar las circunstancias de su comienzo. Los científicos pueden hacer todo lo posible por descubrir o rastrear su desarrollo, pero ningún mortal esperará entender el misterio de su génesis más allá del hecho de que «Dios dijo...».

En esto, los cristianos tenemos una ventaja: conocemos el destino final de la creación—ser llena de la plenitud de Cristo. También sabemos que este destino cósmico fue planeado y determinado en una edad descrita como «antes de la fundación del mundo». Para el creyente, es la sabiduría, así como el poder y el amor, lo que dio inicio a nuestra emocionante historia.

El rey culto, Salomón, describe en bellas palabras que fue la Sabiduría quien trajo a la existencia la vida y el ambiente humano (Prov. 8:22-31). En el Nuevo Testamento hay una descripción de la fe en acción que afirma que es propio de tal fe aceptar que la Palabra, el Verbo de Dios, produjo el mundo visible (Heb. 11:3). Aquéllos que no tienen ni la fe, ni al Salvador, pueden especular cuanto quieran, pero los que confían en Cristo para perdón y paz con Dios no tienen opción sino

creer que él es la explicación responsable del universo material (Col. 1:14-16).

La Sabiduría de Dios y el Verbo de Dios son, por consiguiente, sinónimos con el Hijo de Dios. Nosotros creemos que Jesús es la última expresión de Dios (Ap. 19:13). Nuestro destino eterno depende de la irrevocabilidad de Cristo. Igualmente debemos creer que Él es también la primera expresión de Dios, el Verbo de vida (1 Jn. 1:1), y nuestra confianza es confirmada por su propia declaración de ser el Alfa y la Omega —de la A a la Z— en el alfabeto divino (Ap. 22:14).

Se deduce entonces, que si este Verbo de vida hizo real la creación, Él —y sólo Él—, puede hacer una obra de re-creación que confirma los dichos de Santiago y Pedro de que los cristianos nacen de nuevo por la Palabra —el Verbo— de Dios (Stgo. 1:18 y 1 Ped. 1:23).

Las palabras exactas del mensaje del evangelio, compuestas de tantas letras como hay en el abecedario de todo idioma, pueden instruir o pueden molestar, pero ellas nunca pueden regenerar. Pero cuando, a través de los sonidos y ideas de su idioma, el Espíritu de Dios habla para salvar a un hombre, hay un paralelo espiritual con Génesis 1 y 2, y el Verbo de Dios trae a la existencia un nuevo mundo y una nueva vida. Así, «el Verbo» representa al Creador en toda la ple-

nitud de su amoroso poder y sabiduría.

La consumación de la obra de la creación fue el sábado. La Palabra de Dios es muy eficaz para verificar si el hombre regenerado está perdiéndose esta bendición suprema (Heb. 4:12). El creyente sensible conocerá algo de lo que se describe en este versículo. Cuando Jesús estuvo en tierra, él miraba a los hombres, y conocía lo que había en sus corazones. Había un escrutinio del alma, hecho por el Verbo de vida. Esto es precisamente lo que ocurre a un hombre renacido que expone su ser interior a la Palabra de Dios. Vive, penetra, discierne los pensamientos ocultos y los motivos secretos. Así también, para nosotros, el Verbo de Dios no es algo inanimado sino la Persona «a quien tenemos que dar cuenta» (Heb. 4:13).

Aquéllos que no se apartaron de Jesús comprobaron que él tenía palabras de salud y vida. Así, hoy, el Verbo, la Palabra viva y activa de Dios no sólo nos escruta, sino que —si se lo permitimos— nos conduce a la realidad del reposo de Dios. Y cuando culmine este siglo, cuando la batalla haya cesado y el Cordero reúna a sus santos dichosos en torno a él en la cena de bodas, éste será uno de sus títulos de honor. «Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS» (Ap. 19:13).

Toward the Mark, Vol. 2, No. 4, Jul-Ago. '73.

* * *

Agradando al entrenador

Una de las estrategias que utilizan los buenos equipos de fútbol es jugar para agradar al entrenador. Los jugadores saben que el lunes será revisada la grabación del juego y evaluada la actuación de cada uno de ellos. Teniendo eso en mente, no los distraen los aplausos o las burlas de la multitud. Lo que quieren es un «¡Bien hecho!» por parte del entrenador.

Del mismo modo, nada debiera deleitarnos más que agradar a nuestro Señor.

Kenneth C. Fleming, en Se humilló a sí mismo

LOS NÚMEROS EN LA BIBLIA

El número 50

Cincuenta es el número de la salvación y se encuentra como 300 veces en la Biblia.

En Génesis 18 leemos de la visita de Jehová a Abraham, y de la intercesión de éste, rogándole a Jehová que perdonara a Sodoma si había 50 almas justas en ella. Luego pidió que si no los había, todavía perdonara la ciudad. Se valió de los números de la gracia y la salvación. Bajó a 40, 30, 20 y hasta 10 almas. Tal vez Abraham temía sobrepasar sus límites, o confiaba en que Dios hallaría no menos de 10 personas justas en Sodoma, y que Lot y su familia serían salvos.

En el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo descendió en el Día de Pentecostés, 50 días después de la Pascua, y 3000 almas se salvaron en un día.

En el año 50 era el del Jubileo, el año de liberación. Al tomar Canaán, Josué dividió la herencia entre las 12 tribus, por familias. Las porciones debían ser posesión perpetua, es decir, mientras vivieran en obediencia a Jehová. Sólo en caso de extrema necesidad se podía vender la porción de la familia, y no perpetuamente. Debía devolverse a la familia originalmente dueña en el año del Jubileo. Si su pobreza exigía la venta de una propiedad 10 años después del año de liberación, la podían vender sólo para los siguientes 40 años, hasta otro jubileo.

Por su bondad, Jehová dio esta ley

para evitar la pobreza exagerada de los menos afortunados, y el enriquecimiento excesivo de los prósperos. Aunque fuera vendida una propiedad, la Ley permitía que un pariente la redimiera, pagando lo que restaba hasta el año del Jubileo (Lev. 25:23-28). La misma Ley incluía el caso de la persona vendida en servidumbre (Lev. 25:47-55).

Hamán conspiró para exterminar la raza israelita (Est.3). Por supuesto, era cosa imposible, como Hitler y otros han aprendido (Jer. 31:35-37). Hamán llegó hasta el punto de conseguir un permiso y decreto real, y ordenó la construcción de una horca de 50 codos de alto, para ahorcar a su enemigo Mardoqueo. ¿Dónde hay salvación en la historia? En que Dios salvó a su pueblo, y en que Hamán fue ahorcado en la misma horca de 50 codos de altura, que tenía preparado para Mardoqueo, el judío.

El arca de Noé tenía 50 codos de ancho y es un tipo de Cristo. Era amplia para que cupieran todos los que tenían fe y voluntad de entrar en ella. La puerta de salvación en Cristo es amplia para recibir a todos los que quieran confiar en él. ¡Qué lástima y qué dolor que multitudes quitan sus ojos de la Puerta abierta, y escogen el camino que conduce a la perdición eterna!

(Tomado de «Manual de Interpretación Bíblica», E. Hartill).

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Cuál es el pecado imperdonable?

¿Es verdad que el que comete este pecado no puede ser salvado?

¿Qué significa este pecado?

El pecado imperdonable es pecar contra el Espíritu Santo. Allí donde obra el Espíritu Santo, allí está obrando también el diablo; el diablo nunca está inactivo. Algunas veces el diablo toma de la verdad de la Biblia y la extiende, con miras a atormentar a las personas. Cuando el Espíritu Santo ha redargüido a una persona de sus pecados, el diablo va y le dice: «Tú eres un pecador, el peor de los pecadores, que ha cometido el pecado de blasfemar contra el Espíritu Santo; por lo cual no puedes ser perdonado nunca».

Muchas personas temen haber cometido el pecado de blasfemar contra el Espíritu Santo, Así que expliquemos primero el significado de este pecado, y luego podremos sacar la conclusión de que nadie puede hoy haber cometido el pecado de blasfemar contra el Espíritu Santo.

«En verdad os digo que todo será perdonado a los hijos de los hombres, los pecados y las blasfemias, cualesquiera que sean» (Mr. 3:28). ¡Esto suena como música! ¡Son palabras muy agradables! Todos los pecados y blasfemias del mundo pueden ser perdonados. Esta es una declaración magnífica. Todos los pecados incluye los pecados grandes, los pequeños, los refinados y los burdos, pecados que la humanidad considera imperdonables así como los que considera perdonables, y pecados de ayer, hoy aun

mañana. ¡Aleluya! Todos los pecados son perdonados. Los pecados de blasfemia contra Dios son perdonados, y las calumnias contra el Señor son también perdonadas. Todos los pecados, esto es, todos nuestros actos de conducta y todas las palabras pronunciadas contra Dios mientras éramos pecadores, todo ello es perdonado.

No te imagines que hayas cometido el pecado imperdonable. Las palabras contra Dios y contra el Cristo no son consideradas como blasfemia contra el Espíritu Santo. El único pecado imperdonable es blasfemar contra el Espíritu Santo, no contra Cristo. El apagar el Espíritu Santo no es lo mismo que blasfemar contra él, ni tampoco el resistir al Espíritu Santo es blasfemar contra él.

«Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá jamás perdón» (Mr. 3:29). Por tanto, es evidente que este pecado es una clase especial y extraordinaria.

¿Qué es la blasfemia contra el Espíritu Santo? Es decir, abiertamente palabras en que se blasfeme contra el Espíritu Santo. ¿Cómo sabemos cuándo es pronunciado este pecado? Leamos el versículo 30, que dice: «Porque decían: Tiene un espíritu inmundo». De ahí que este pecado no se puede cometer fácilmente hoy, en nuestros días. Para que una persona haya cometido este pecado es necesario que: 1) Vea al Señor Jesús con sus pro-

pios ojos, 2) Sea testigo de que el Señor está haciendo las maravillas allí en medio, 3) Sepa con seguridad que esto lo hace el Espíritu Santo, y 4) a pesar de esta convicción interna diga que esto es obra del demonio. ¿Cómo es, pues, posible cometer este pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo si no tenemos al Señor a la vista, ni hemos presenciado que él haga maravillas delante de nosotros, ni hemos sabido que esto era del Espíritu Santo? De ahí que podemos llegar a la conclusión de que no hemos tenido la posibilidad de cometer este pecado. En caso de que alguno, o incluso un demonio, te diga que no puedes ser perdonado jamás porque has comedido el pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo, puedes contestar al instante que no es así, porque no has visto al Señor haciendo milagros, ni has pronunciado palabras de modo involuntario diciendo que esta obra es hecha por demonios a pesar de que sabes que es obra del Espíritu Santo.

Una vez, un hermano recién salvado preguntó a un hermano más antiguo en la fe: «¿He cometido el pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo?». La respuesta fue excelente: «Si todavía puedes sentir pesar por tus pecados, esto es una prueba de que no has cometido el pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo». Esta respuesta está llena de verdad. Podemos añadir una palabra más, diciendo que incluso uno que no es consciente de sus pecados, éste tampoco puede haber cometido el pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo.

Veamos cómo presenta Mateo la discusión de esta cuestión: «A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el

venidero» (12:32). Estas son palabras dichas por el Señor Jesús a los judíos que cometieron este pecado según se consigna en el capítulo. Estos vieron claramente que el Señor estaba echando demonios por medio del Espíritu Santo, y, con todo, obstinadamente, insistieron en que él los echaba por medio de Beelzebú, el príncipe de los demonios. ¿En qué forma describe la Biblia a estos judíos? «De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos» (Mt. 13:14-15 a). Aquí se nos muestra que si una persona ha cometido el pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo, en modo alguno será sensible al pecado; ni tampoco será salvo, puesto que su corazón se habrá engrosado, y con los oídos oirá pesadamente, es decir, estarán cerrados.

Hay palabras en otros dos pasajes de la Escritura que son significativas sobre este tema. Uno de los pasajes se halla en Lucas 8: «Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven». (v. 12). No sólo el Señor, sino también el diablo sabe que tan pronto como un hombre cree es salvo; y por ello teme que todo el que cree será salvo. El otro pasaje se halla en Mateo 13: «Él respondió y les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado ... Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden ... y con el corazón entiendan, y se conviertan y yo los sane» (versículos 11-15).

Con respecto a los que han blasfe-

mado contra el Espíritu Santo, Dios teme que puedan llegar a ser salvos. Por esta razón, el Señor habla en parábolas, para que ellos no puedan en realidad volverse y ser sanados ¡Aleluya! ¡Qué maravillosa es la palabra «cree y serás salvo»!

A cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo no le será perdonado, porque «es reo de juicio eterno» (Mr. 3:29).

Según la opinión de algunos entendidos de la Biblia, esto puede traducirse así: «está al alcance de una transgresión eterna». Con todo, alguien puede preguntar por qué dice que no puede ser perdonado ni en esta época ni la venidera (Mt. 12:32). Simplemente porque pecará para siempre. Pero cómo puede pecar en el infierno, porque lo que más le atormentará en el infierno serán los gusanos y el fuego. Hemos de ver que en el infierno no sólo hay sufrimiento a causa de la falta de agua, ni aun suficiente para mojar la punta de un dedo para humedecer la

lengua, sino que hay también el ardor del fuego de los deseos carnales. El infierno es el lugar en que el pecado y la concupiscencia no son satisfecho nunca. Es un lugar desgraciado. Pero podemos dar gracias y alabanza a Dios que sólo con que estemos dispuestos a creer, no hay pecado que pueda impedirnos el ser salvados. Porque el mismo Señor ha dicho: «De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean» (Mr. 3:28). Como resultado, podemos estar en paz.

Aunque hoy sea imposible para nosotros cometer el pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo, sin embargo, deberíamos tener cuidado cuando decimos que cierta obra es del Espíritu Santo, y que otra obra, la que sea, es de un espíritu maligno.

*«Preguntas vitales sobre el Evangelio»,
(Watchman Nee).*

* * *

Almacenando el Logos

Para tener 'rhemas' en nuestras vidas son fundamentales la lectura y meditación en la Palabra. Si no almacenamos la Palabra ('Logos') en nuestro corazón, el Espíritu no tendrá cómo darnos los 'rhemas' que han de moldear nuestras vidas. La dirección del Espíritu Santo tiene siempre como base la Palabra escrita y por eso debemos leer, meditar y estudiar el Libro de Dios.

George Müller enseñaba enfáticamente la necesidad de leer toda la Biblia metódicamente. El Dr. Arthur Pierson escribió la biografía de George Müller y en ella mencionó los rhemas que moldearon su vida. El hermano Watchman Nee nunca despreció la Palabra escrita (Logos): él tenía la costumbre de leer todo el Nuevo Testamento una vez por mes. Algunos hermanos que convivieron con él afirman que él leyó toda la Biblia unas doscientas veces.

Fue esa la orientación de Pablo: "La Palabra (logos) de Cristo habite ricamente en vosotros..." (Colosenses 3:16). Cuando más tengamos de la Palabra escrita más podremos experimentar la Palabra viva.

Delcio Meireles, en Levítico, Vol. I

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

El libro de Éxodo es el segundo libro del Pentateuco. En él se relata la salida (éxodo significa salida) de Israel de Egipto, tras varios siglos de permanencia en esa nación. La salida de Israel no sólo es un hecho histórico en la vida de la nación escogida, sino que es también una alegoría muy precisa de la salida del creyente del mundo, y sus primeras experiencias con Dios. En él se muestran los propósitos y tratos de Dios para con su pueblo.

Las lecciones del Éxodo son muy significativas para todo creyente en particular, y para la iglesia en sentido amplio. Que el Señor nos hable siempre a través de este precioso libro.

Le invitamos a revisar sus conocimientos acerca de este asunto. Responda sin buscar ayuda. Hallará las respuestas correctas en la página 119.

- El escritor del libro de Éxodo es:
 - Esdras
 - Moisés
 - Josué
 - Samuel
- ¿Qué educación tenía Moisés?
 - toda la instrucción de un noble egipcio
 - toda la tradición de su pueblo
 - las dos anteriores
 - ninguna, era un hombre sin letras
- La mujer de Moisés se llamaba:
 - Séfora
 - Cetura
 - Miriam
 - Jocabed
- El nombre con el cual Dios se presenta a Moisés es:
 - Jehová
 - Yahvé
 - Elohim
 - Yo soy el que soy
- ¿Cuántas fueron las plagas de Dios sobre Egipto?
 - diez
 - doce
 - nueve
 - siete
- ¿Cuál es la celebración más significativa del pueblo de Israel que aparece en este libro?
 - la fiesta de la cosecha
 - la fiesta de la siega
 - la fiesta de los panes sin levadura
 - la Pascua
- ¿Quiénes podían participar de la pascua?
 - los hijos de Israel
 - los extranjeros, si eran circuncidados
 - los siervos, si eran circuncidados
 - todos los anteriores
- ¿Cuánto tiempo habitaron los hijos de Israel en Egipto?
 - 40 años
 - 430 años
 - 365 años
 - 1000 años
- De acuerdo a la Escritura, ¿cuántas personas salieron de Egipto con Moisés?
 - Seiscientos mil, entre hombres, mujeres y niños
 - Dos millones de personas
 - Seiscientos mil hombres sin contar los niños
 - Una gran multitud incontable
- El cántico de Moisés en Éxodo capítulo 15 también aparece mencionado en
 - Isaías 12:1
 - Salmo 118:2
 - Apoc. 15:3
 - Hebreos 11:20

11. Moisés designó jueces sobre el pueblo, por consejo de:
- Su hermano Aarón
 - su suegro Jetro
 - los ancianos de Israel
 - Dios mismo
12. Dios alimentó durante cuarenta años a su pueblo con el maná. La palabra maná significa:
- ¿Qué es esto?
 - pan del cielo
 - llovizna
 - hojuelas y miel
13. Moisés recibió las tablas de la Ley en:
- el monte Sináí
 - el monte Ararat
 - Egipto
 - el desierto
14. El término «la ley del Talión» tiene su origen en el Corán, y alude a una ley sobre actos de violencia de Éxodo capítulo 21, que se sintetiza en la frase:
- «aborrecerás a tu enemigo»
 - «la paga del pecado es muerte»
 - «con la vara que mides, serás medido»
 - «ojo por ojo, diente por diente»
15. Para evitar que su pueblo cayese en la idolatría, Dios les mandó:
- exterminar todo pueblo idólatra
 - no hacer alianzas con los moradores de Canaán
 - que guardasen estrictamente la Ley
 - que no se acercasen a Canaán
16. ¿En qué otro pasaje de las Escrituras se repite el Decálogo de Éxodo 20:1-17?
- Levítico 26:1-13
 - Deuteronomio 5:1-21
 - Proverbios 8:22-31
 - Mateo 5:1-12
17. Los varones sabios de corazón, diseñadores y artífices designados por Dios para la preciosa obra del tabernáculo fueron:
- Gersón y Eliecer
 - Nadab y Abiú
 - Bezaleel y Aholiab
 - Eleazar e Itamar
18. Los materiales preciosos utilizados en la construcción del tabernáculo y todos sus elementos provenían de:
- la ofrenda voluntaria de todos los hijos de Israel
 - los tesoros de los príncipes
 - el botín de guerra arrebatado a los egipcios
 - las joyas que donaron las mujeres israelitas
19. ¿Qué objetos fueron guardados en la arca del testimonio?
- las tablas de la ley
 - una porción de maná
 - la vara de Aarón
 - todos los anteriores
20. Sobre la mitra de lino fino, el sacerdote llevaba una diadema de oro puro con la inscripción:
- Jehová-jireh
 - Sumo Sacerdote
 - Santidad a Jehová
 - El-Elohe-Israel
21. El libro de Éxodo concluye con:
- la presencia de Dios en el tabernáculo
 - la muerte de Moisés
 - la construcción del tabernáculo
 - la llegada a Canaán

Evidencias y pruebas de la existencia de Dios.



En busca de Dios

Watchman Nee

No importando si usted dice ser cristiano, incrédulo o alguien que está buscando la verdad, comenzaremos nuestra exposición examinando el resultado de la propia existencia de Dios. En cuanto a esto, el mundo está dividido en tres campos. El primero es el de los ateos, que no creen en Dios. El segundo es el que forman los agnósticos. Ellos no tienen conocimiento seguro sobre la Deidad. Por un lado, ellos no se atreven a decir que no existe un Dios, pero por otro lado no están claros respecto de la existencia de Dios. La tercera categoría, a la cual pertenecemos, son los que creen en Dios.

No intentaré aquí reivindicar la existencia de Dios. En vez de eso, haré de este lugar un tribunal. Pido a usted que

sea el juez y yo seré el fiscal. El trabajo de un juez es tomar decisiones, aprobar o desaprobar la verdad de las afirmaciones, en tanto que el trabajo del fiscal es el de presentar todas las evidencias y pruebas que él pueda reunir.

Antes de proseguir, tenemos que concordar con un hecho: todos los fiscales no son testigos oculares de los hechos. Ellos no son los policías. Un policía puede haber contemplado personalmente un acontecimiento, en tanto que un fiscal obtiene sus informaciones sólo indirectamente. Él pone delante del juez todas las acusaciones, evidencias y argumentos reunidos. De la misma forma, presentaré delante de usted todo lo que pude encontrar. Si me pregunta si yo vi a Dios, le diré que no. Estoy meramente leyendo o exponiendo

Si al afirmar la no existencia de Dios usted espera sinceramente elevar su patrón moral, entonces sus argumentos todavía son plausibles. Sin embargo, la única razón por la que el hombre sostiene la no existencia de Dios es poder tener una disculpa para la ilegalidad, la inmoralidad y libertinaje.

lo que reuní. Mi servicio es investigar hechos y traer testigos. Usted llegará a una conclusión por sí mismo.

Idoneidad moral de los ateos

Muchas personas afirman que Dios no existe. Como fiscal, quiero primeramente pedirle que verifique las calificaciones de esas personas. ¿Estarán calificadas para hacer tal afirmación? ¿Serán ellas suficientemente responsables en el aspecto moral para hacer tales afirmaciones? No oiga solamente sus argumentos. Cualquier persona puede proponer una tesis y hacer de ella una causa. Incluso los ladrones y estafadores tienen sus causas. No se puede, sin embargo, creer en la integridad de ellos. El tema de sus argumentos puede ser muy noble; ellos pueden hablar de la situación de las naciones y del bienestar social, pero sus opiniones no pueden ser tomadas en serio. Ellos no son dignos de emitir tales juicios. La credibilidad de la afirmación de un hombre solamente puede ser basa-

da en su propio patrón de integridad. Eso es verdad especialmente en lo relacionado con la cuestión de la Deidad. Es interesante notar que los patrones morales de los hombres están directamente relacionados con sus conceptos respecto de Dios. Los que admiten su propia ignorancia, tienen un patrón razonable, mientras que los ateos invariablemente tienen un bajo patrón de responsabilidad moral. No afirmo conocer a todos los ateos, pero los pocos millares que conozco, ninguno de ellos posee una moral notablemente recomendable.

Cierta vez, en una reunión en la Universidad de Nankin, afirmé que ningún ateo es moral. Había muchos estudiantes en los campus que no creían en Dios; ellos se ofendieron mucho por esas palabras. Mientras yo hablaba, ellos golpeaban los pies en el suelo procurando distraerme a mí a mi audiencia. Al volver al día siguiente, ellos se burlaban de mí y continuaban perturbando durante toda mi exposición. En el cuarto día, el Vice-Presidente de la Universidad, el Dr. Williams, me dijo: «Es mejor cambiar el lugar de reunión. Esos alumnos están furiosos por lo que usted dijo el primer día. Hoy ellos no sólo van a usar los pies y la boca, también van a usar los puños. Les oí decir que ellos lo estarán esperando a la entrada del salón y lo atacarán». Acepté la sugerencia y convoqué la reunión para otro lugar. En el camino hacia allá, fui con los alumnos. Por su conversación descubrí que aunque muchos habían sido incomodados por mi predicación, aún querían volver. Uno de ellos dijo: «El Sr. Nee dice que las personas que no tienen a Dios no tienen sentido de responsabilidad moral. Eso es correcto. ¿Cómo alguien con decencia moral podría golpear los pies y gesticular mientras otros están dando una conferencia? Ayer ellos cau-

saron tal confusión en la reunión y hoy están viniendo para pelear. Eso ciertamente no es lo que haría una persona honrada. Vamos a la reunión, no importa lo que ellos intenten hacer».

Ateos por conveniencia

Una vez alguien dijo a un predicador: «Cuando joven, yo creía seriamente en Dios. Ahora estoy en la Universidad, y ya no creo más en él.». El predicador, de cincuenta años, dio un golpecito en el hombro del joven y le dijo: «¡Mi hijo, usted no cree más en Dios! Déjeme preguntarle una cosa: Desde que se convirtió en ateo, ¿el ateísmo lo ayudó a ser mejor? ¿Lo hizo más noble y más puro? ¿O le ocurrió lo opuesto?». Aquel joven se sintió avergonzado. Admitió que, desde que negara a Dios, moralmente ha ido cuesta abajo. El predicador continuó: «Siento mucho que esté diciendo que Dios no existe. Usted simplemente desearía que eso fuese verdad».

Muchas personas no están verdaderamente convencidas de que Dios no existe; a ellas simplemente les gustaría que fuese así. Ellas preferirían que no hubiese un Dios en el universo. Les sería mucho más conveniente respecto de muchas cosas.

Yo mismo era una de esas personas. Cuando era estudiante, también decía que Dios no existe. Pero, aunque era extremadamente fuerte en mi afirmación, parece que había Alguien protestando en mi interior. En el fondo de mi corazón yo sabía que Dios existe, pero mis labios rehusaban admitirlo. ¿Por qué? Yo quería tener una disculpa para pecar. Declarando la no existencia de Dios, se me hacía justificable ir a lugares pecaminosos. Así, me hice desvergonzado para pecar. Cuando cree en Dios, usted no se atreve a hacer determinadas cosas. Al

poner a Dios de lado, usted se siente libre para cometer los peores pecados sin ningún temor. Si al afirmar la no existencia de Dios usted espera sinceramente elevar su patrón moral, entonces sus argumentos todavía son plausibles. Sin embargo, la única razón por la que el hombre sostiene la no existencia de Dios es poder tener una disculpa para la ilegalidad, la inmoralidad y libertinaje. Por esa razón, toda su argumentación no es digna de consideración. El asunto ahora pasa a ser: «¿Está usted calificado para afirmar que Dios no existe?». Si lo que alguien espera es meramente escapar de la justicia, ya perdió su posición.

Un día, un joven vino a mí y me dijo: «No creo en uno así llamado Dios. El hombre es mayor. Él es la más noble de las criaturas. No hay Dios más allá del hombre».

Estábamos sentados uno enfrente del otro. Después de oír lo que dijo, me levanté, fui hacia un lado de la sala, me incliné, lo miré atentamente, y le dije: «¡Usted es realmente lo máximo!». Entonces, fui para el otro lado de la sala, y lo miré desde otro ángulo. «Es verdad», dije yo deliberadamente. «¡Usted es lo máximo! En la provincia de Kiangsu hay treinta millones de personas como usted, y por lo menos otros cuarenta millones de su especie en China. Y, piense, el mundo contiene sólo dos billones de personas iguales a usted. ¿Supo usted que en los últimos días hubo una inundación en el sur? Los diques a lo largo del río estaban amenazados. Toda la población de Hsing Hwa, con más de doscientos mil habitantes, fue reclutada y conducida a toda prisa y en estado de pánico hacia los diques, cargando tierra para reforzar sus márgenes. Las obras de reparación aún están en marcha».

«Suponga ahora que el mundo sea

reclutado para llenar el sol. Se hace un hoyo en su superficie y todos toman un lugar en el interior. Suponiendo que nadie se quemara, ¿usted cree que ellos conseguirán llenarlo? Aunque todas las personas entrasen por ese hoyo, ellos no lo conseguirían. Y eso no es todo. Aunque colocasen varios planetas tierra en el hoyo y agitasen el sol, usted descubriría que aquel gran globo todavía estaría vacío por dentro. Dígame ahora, ¿cuántos soles hay en el universo? ¿Usted sabe que el número de sistemas solares es de centenas de millones?».

Entonces dije al joven: «¡He aquí usted! Todavía no ha recorrido toda la tierra; sin embargo, se considera mayor que todo el universo. Déjeme preguntarle: ¿Usted sabe cuánto mide el universo? Tome, por ejemplo, la luz. Ella viaja a trescientos mil kilómetros por segundo. Intente calcular la distancia de los objetos que están a un año luz uno del otro. Hay algunas estrellas cuya luz demora tres mil años para alcanzarnos. ¡Descubra cuán lejos ellas están de nosotros! ¡Y usted piensa que es tan grande! Yo le aconsejaría, por lo tanto, a todos los ateos y pretenciosos jóvenes eruditos a admitir igualmente su incompetencia como hombres, no sólo moralmente, sino también intelectualmente».

En esa ocasión, cuando estaba en Kaifem, encontré otro de esos jóvenes ateos. Me acerqué a él y, dándole un golpecito en la espalda, le dije: «¡Hoy vi a Dios!». Él me miró con curiosidad y exigió una explicación. Respondí: «¡Usted es Dios! Si sabe que Dios no existe, entonces usted mismo debe ser Dios». Él me pidió una explicación. Yo le dije: «Ya que está convencido de que Dios no existe, usted debe haber viajado por toda la tierra. Si Dios no está en Shangai, él puede estar en Nankin. Usted debe haber es-

tado en ambos lugares. Pero eso no es todo. Debe haber estado en Tientsin y en Pekín. Aún así usted no puede obtener esa conclusión estando simplemente en China. Usted debe haber viajado por todo el mundo. Nunca se sabe si Dios está escondido en el Polo Norte o el Polo sur, o en alguna floresta o en algún desierto. Así, usted también debe haber recorrido todas esas regiones. Y para que su conclusión sea correcta, usted debe haber viajado por el espacio, hasta la luna, el sol y las demás galaxias».

«Eso no es todo. Usted sabe que Dios no existe en Shangai hoy. Pero ¿y ayer? ¿Y el año pasado? ¿Y mil años atrás? Muy bien, usted entonces debe ser alguien eterno y que conoce todas las cosas del pasado y del futuro. Usted tiene que ser alguien que trasciende el tiempo y el espacio. Debe ser alguien omnipresente y omnipotente. ¿Quién más que usted podría ser el mismo Dios?».

Algunos inmediatamente darán un paso atrás diciendo: «No se puede jamás decir si Dios existe o no». Bien, si usted no puede arribar a una conclusión, pediré a algunos testigos que considero dignos de confianza que le presenten argumentos y le prueben la existencia de Dios.

Algunas evidencias de la existencia de Dios

Déjeme decirle nuevamente, usted es el juez y yo soy el fiscal. Ahora le presentaré algunas evidencias de la existencia de Dios. Decida por sí mismo.

Primeramente mire a la naturaleza, el mundo que está delante de sus ojos y todos los fenómenos que corresponde a él. Todos sabemos lo que es el conocimiento científico. Es la explicación racional de un fenómeno natural. Por ejemplo, observemos la baja de temperatura en una paciente. La caída de la temperatura es

un fenómeno y la explicación para ella es el conocimiento científico. Cuando una manzana cae del árbol, ocurre un fenómeno. ¿Por qué la manzana no vuela en el aire? La explicación de eso constituye conocimiento. Por lo tanto, un hombre con conocimiento es un hombre que tiene explicaciones adecuadas.

El universo está constituido por un incontable número de cosas de diferentes formas, colores, configuraciones y naturalezas. La explicación para la interacción y el comportamiento de todas esas cosas es llamada conocimiento. Todos los pensadores tienen sólo dos explicaciones para el origen del universo. Usted tiene que optar por una de ellas.

La primera dice que el universo vino a la existencia a través de una evolución natural y de auto-interacción, y la segunda atribuye su origen a un Ser personal, con intelecto y propósito. Esas son las dos únicas explicaciones presentadas por todos los filósofos del mundo. No hay una tercera.

¿Llegó a existir el universo por azar o por creación?

¿De dónde vino el universo? ¿Habrá llegado a existir por casualidad? ¿O habrá sido proyectado por Alguien de quien tenemos el concepto de Dios? Usted tiene que pensar en eso y decidir al respecto. Todo lo que ocurre por azar tiene ciertas características. Sugiero que usted las relacione de manera detallada y, entonces, compare todos los fenómenos del universo con su lista. Paralelamente, haga otra lista de características que, en su opinión, serían relevantes si el universo fuese creado por un Ser inteligente. Ahora, por simple comparación de la naturaleza con sus listas, le será fácil obtener una conclusión razonable.

¿Cuáles son las características de las

cosas que suceden por azar? Sabemos que primeramente ellas son desorganizadas. Ellas pueden, a lo más, estar parcialmente integradas. Nunca pueden estar totalmente organizadas. Además de eso, no hay un resultado consistente. Por ejemplo, si yo lanzo esta silla hacia el otro extremo de la sala, ella tiene la posibilidad de caer en una posición perfecta. Si hago lo mismo con una segunda silla, ella podrá caer correctamente al lado de la otra. Pero eso no sucederá con la tercera y la cuarta, y las demás. Así, el azar puede proveer sólo una organización parcial. No garantiza una integración total. Además, todas las interacciones ocasionales son inciertas y sin propósito. Ellas no tienen orden ni estructura, son indefinidas, sin forma, desordenadas y no son dirigidas a ningún propósito significativo. En resumen, podemos decir que las características de las cosas que ocurren por azar son desarmonía, irregularidad, inconsistencia e insignificancia. Vamos a escribir estas cinco características en nuestra lista.

Comparemos ahora las cosas que existen en el universo con esas cinco características. Tomemos el ser humano como ejemplo. Él es concebido en el vientre de su madre por nueve meses, es dado a luz, crece y, al fin, muere. Este ciclo es repetido por todas las personas individualmente. Se observa aquí una consistencia. No se trata de un juego de azar. Veamos ahora el sol encima de nuestra cabeza. Él no está allí sin un propósito. Al contrario, él tiene su función. Vea la luna, las estrellas y las miríadas de galaxias a través de un telescopio. Todas tienen determinados caminos y patrones. Son todas organizadas. Sus movimientos pueden ser calculados y previstos. El calendario que está en sus manos es derivado de ellas. Todo eso muestra que el

universo es organizado, consistente y que tiene un propósito.

Miremos ahora el mundo microscópico. Tome una pequeña astilla de madera. Póngala en un microscopio y observe sus vetas, su estructura, todo meticulosamente regular y rítmico. Incluso una hoja de hierba o el pétalo de una flor son todas finamente confeccionadas. Nada es desorganizado o confuso. Todo es disciplinado y funcional. Todas esas cosas le testifican a usted un hecho: el universo tiene propósito y significado. ¿Podría usted decir que todo eso aconteció por casualidad? Es claro que no.

Cierta vez estaba en una aldea predicando el evangelio con un colaborador mío. En nuestro camino de vuelta, teníamos mucha sed. No había ni una casa de té ni una vertiente para conseguir agua. En verdad, esa era una región desabitada. Después de caminar un trecho, encontramos una cabaña. Rápidamente nos dirigimos hacia allá y golpeamos la puerta. Por un largo tiempo nadie respondió. Pensamos que no vivía nadie allí. Cuando abrimos la puerta y entramos, vimos que el piso estaba barrido. En uno de los cuartos había una cama con las sábanas cuidadosamente dobladas. Además de eso, había una tetera sobre la mesa y el té todavía estaba tibio dentro de ella. Yo dije: «Con seguridad debe haber alguien viviendo aquí. Todas esas cosas ordenadas sin duda indican que este lugar está ocupado por alguien. No deberíamos beber este té. Debemos salir rápidamente o alguien podrá acusarnos de ladrones.» Salimos y esperamos que el dueño volviese.

Aquí, al observar el orden de la casa, concluimos que alguien habitaba allí, aunque todavía no habíamos visto al morador. De la misma manera, aunque no podamos ver a Dios, sabemos que él está allí por causa del orden de todas las

cosas en el universo. Cada fenómeno de la naturaleza es tan equilibrado, organizado, significativo y funcional, que me es imposible creer en el azar como su único origen. La Biblia dice: «Dice el necio en su corazón: No hay Dios».

El universo debe haber sido creado por alguien con profunda sabiduría, vasto conocimiento y un plan detallado. Si usted no está dispuesto a aceptar el concepto de formación del universo por el azar, usted tiene que admitir que él fue creado por Dios. No puede haber una tercera explicación. La elección es suya.

El corazón desea a Dios

Un testimonio puede no ser suficiente. Invocaré otro. Antes de hacerlo, debemos prestar atención a un hecho: donde quiera que haya un deseo, debe primeramente haber un objeto de aquel deseo. Tome como ejemplo un huérfano que nunca haya visto al padre. Naturalmente él tiene deseo de un tipo de amor paterno. Pregunté a muchas personas huérfanas y todas sentían ese anhelo irreprimible. Así podemos ver que todo deseo del corazón surge de algún objeto en el mundo.

Nosotros, como seres humanos, tenemos necesidad de una identidad social. Necesitamos de compañía y mutualidad. Si usted coloca un niño en una isla desierta y lo deja crecer solo, aunque nunca haya visto un ser humano, él todavía tendrá un anhelo de compañía de seres como él. Ese anhelo o deseo es la prueba que de, en algún lugar del mundo, existe algo conocido como «hombre». Nuevamente, en una determinada edad, el hombre comienza a pensar en la posteridad; él comienza a desear hijos y nietos. Eso no es mera fantasía. El deseo brota de la existencia y de la posibilidad de descendencia.

¿Tenemos algún otro deseo además del de identidad social y auto-propaga-

ción? ¿Qué otros anhelos tenemos? Probablemente en el interior de todos hay un anhelo por Dios. Usted notará que, sean las razas altamente civilizadas en países industrializados, sean los aborígenes y caníbales en las selvas y montañas, todos tienen un anhelo en común: Dios. Esto es un hecho. No se puede contraargumentar. Todos buscan a Dios. En todos los lugares el hombre está en busca de un Ser divino. Eso está muy claro.

Aplicando el principio que mencionamos, podemos ver que, como nuestro corazón siente una necesidad de un Dios, necesariamente debe haber un Dios en el universo. Si Dios no existiese, usted jamás tendría tal anhelo en el corazón. Todos tenemos un apetito por Dios. Es imposible vivir si hay un apetito por comida, pero no hay comida alguna. Igualmente, es imposible vivir si hay una capacidad para Dios, pero no hay ningún Dios.

Cierta vez un ateo me reprendió rudamente: «Usted dice que el hombre tiene una necesidad psicológica de Dios. Pero eso no existe y yo no creo en eso». Yo dije: «Bien, ¿usted quiere decir que nunca pensó en Dios? Incluso hasta cuando estaba hablando, usted estaba pensando en él. Eso indica que usted tiene una capacidad para Dios. No existe nadie que nunca haya pensado en Dios. Puede intentar no pensar tanto en él. Pero eso es todo lo que puede hacer. Habiendo tal pensamiento en usted, debe haber tal objeto fuera de usted.»

Una vez un joven vino a discutir conmigo respecto a Dios. Él enumeró varias razones por las cuales Dios no debería existir. Yo lo oí en silencio. Entonces le dije: «Aunque usted insista que Dios no existe y se aferre a muchos argumentos, usted ya perdió la causa». Le pasé a explicar. «Usted puede hablar cuanto quiera que Dios no existe, pero su corazón

está de mi lado». Él tuvo que concordar conmigo. Aunque en la mente se pueda dar todo tipo de razones, hay una convicción en el corazón que ningún argumento puede derrotar. Una persona obstinada puede dar mil y una razones, pero usted puede tener la osadía de decirle: «Usted sabe muy bien en su corazón que Dios existe. ¿Por qué preocuparse en buscar evidencias exteriores?».

Otra vez, un misionero enviado a América del Sur vio a un hombre predicando a una multitud en un claro del bosque. El hombre, con voz fuerte y vehemente, negaba la existencia de Dios. Con entusiasmo, él dio más de diez razones, una tras otra, para probar la no existencia de Dios. Después que cesó de hablar, él preguntó: «Si hay alguien que quiera contestar, suba aquí, por favor».

Por algún tiempo hubo silencio. El misionero decidió que debía decir alguna cosa. Él subió y habló a la multitud: «Amigos, no puedo enumerar tantas razones. Sólo mencionaré hechos. Ayer, yo iba caminando por la orilla de aquel gran río que, como todos ustedes saben, es muy rápido y lleva a una cascada grande y traicionera. De pronto oí que un hombre gritaba pidiendo socorro. Él gritaba claramente: «¡Oh Dios, sálvame!». Corrí en dirección al sonido y vi un hombre en medio del río que era llevado a la cascada. Sin dudar, me tiré al río. La corriente era fuerte, y luché mucho para no ser arrastrado por ella. Después de mucho esfuerzo, conseguí traer al hombre a la orilla. ¿Saben quién era ese hombre? Déjenme presentárselo a ustedes». Al hablar estas palabras, apuntó a aquel hombre que había terminado de hacer el discurso. «Aquel que ayer invocó a Dios», continuó él, «es el mismo que hoy niega a Dios. ¡Es a eso que ustedes llaman ateo!».

Las respuestas a las oraciones

Debemos mirar, no sólo a los fenómenos objetivos, sino también a nuestra experiencia subjetiva. Sabemos que Dios responde las oraciones. Una vez hablé a alguien que resueltamente negaba la existencia de Dios: La historia de la humanidad tiene entre cinco mil y seis mil años. En ese período hubo incontables personas, en el cristianismo y fuera de él, que oraban a Dios. ¿Quién puede probar que ninguna de esas muchas oraciones fue respondida? ¿Será usted tan osado al punto de despreciar la validez de todas las respuestas a las oraciones? Déjeme testificarle que no sólo ha habido respuestas, sino que ellas han sido firmes y precisas. Puedo darle muchos casos, aunque bastaría con uno solo de ellos para probar la existencia de Dios. Personalmente tuve dos a tres mil oraciones respondidas. ¿Será concebible considerarlas meras coincidencias? Muchas personas también obtuvieron respuesta a sus oraciones, ¿Serán todas ellas coincidencias también?

Un predicador estaba viajando por el océano Atlántico cuando, repentinamente, una espesa niebla envolvió el navío. El navío no podía proseguir y tuvo que ser anclado en alta mar. Aquel hombre fue al capitán y le dijo: «Usted tiene que zarpar nuevamente; tengo el compromiso de predicar en Londres el martes». El capitán respondió: «¿Ve esa espesa niebla? Es imposible que el navío prosiga. Si usted ora para que la niebla se disipe, yo llevaré las anclas». El predicador respondió: «Muy bien. ¡Puede levar las anclas! Voy a orar aquí mismo. No hay tiempo que perder». Se arrodilló, el ancla fue levada y la niebla se disipó. El navío logró llegar a tiempo. ¿Será eso coincidencia?

Fui a predicar a una aldea con algunos hermanos. Muchas personas decían:

«Nuestro Dios es el más poderoso; él es llamado Tá-Uam (el Gran Rey). Una vez al año hacemos una procesión para él y, durante muchos años ha hecho un excelente tiempo ese día. Impulsado por Dios, uno de nosotros dijo: «Mañana, cuando salga la procesión, ciertamente lloverá». Al día siguiente, a partir de las nueve horas de la mañana, comenzó a llover fuertemente. La procesión fue suspendida. Después de mucha discusión fue anunciado que, como resultado de cálculos cuidadosos, descubrieron que el día fue escogido erróneamente; debería ser día 14 y no día 11. Declaramos osadamente que ciertamente llovería nuevamente el día 14. Llegó el día y llovió nuevamente. Sin elección, las personas llevaron la estatua de Tá-Uam a la procesión. Los cargadores resbalaron más de una vez y Tá-Uam cayó y se quebró en pedazos. ¿Será eso coincidencia?

Hay incontables hechos de esa misma naturaleza. Eso es sólo una pequeña parte de la experiencia cristiana. Si todas las respuestas a la oración fueran relatadas, nadie sabe cuán gran volumen exigiría. Las respuestas a las oraciones son una fuerte prueba de la existencia de Dios.

Cuando joven, yo tenía una mentalidad muy obstinada. No sólo rehusaba creer en Dios, sino que rehusaba creer incluso en los Estados Unidos. Aun después de ver el mapa de Estados Unidos, todavía no creía que existiese tal lugar. Un día, cuando mi padre compró algunas cosas de allá, fortuitamente coloqué también un pedido de un par de zapatos y un barquito de juguete. Más tarde, cuando llegó el paquete y me dio los zapatos y el barco de juguete, comencé a creer en la realidad de Estados Unidos. Años después, cuando estaba en Chicago, visité a propósito aque-

lla tienda donde compré mi juguete. Apuntando con el dedo hacia el edificio, me dije a mí mismo que eso fue lo que me hizo creer en Estados Unidos.

No puedo darle una prueba directa de la existencia de Dios, pero puedo presentarle todos estos testimonios de respuestas a las oraciones. Usted no debería ser tan osado en hacer una negación radical de Dios y un rechazo categórico de la credibilidad de las oraciones.

Cierta vez conocí un alumno de la Universidad de Yentchin. Él me confesó: «Cuando estaba en el colegio, tanto el capellán como los profesores me enseñaron que hay un Dios y yo creí en él. Más tarde, fui a la universidad y todos dicen que Dios no existe. El mundo, dicen ellos, vino a la existencia por medio de una evolución natural y el universo fue formado al azar. Quedé confuso. Durante muchos meses ese problema me incomodó. Yo tenía que elegir una de dos alternativas. ¿Existe Dios o no? Inicialmente, ponderé la teoría de la evolución. ¿Sería concebible que varias cosas amontonadas, agitadas y mezcladas resultasen en un organismo vivo? ¿Y sería posible que todo el universo fuese formado de esa manera? No pude llegar a ninguna conclusión con ese tipo de hipótesis. Por

fin, no pude dejar de arrodillarme, diciendo: «Oh Dios, no sé si tú existes. Cuando pienso en eso quedo más confuso. Revélate a mí, por favor.» Dos semanas después de esta oración, tuve claro que hay un Creador. No puedo decirle por qué tomé esa decisión; pero creo que Dios respondió mi oración.»

Este es otro caso de oración respondida. Conozco muy bien a Dios, pues he tenido mucha relación con él y muchas veces he hecho transacciones con él. Si usted ya tocó a Dios alguna vez, entenderá lo que estoy diciendo.

No podemos ser irresponsables

Ahora, ¿qué dirá usted? Después de contemplar la naturaleza y el universo, cotejar con su sentimiento interior y oír las declaraciones de tantos testimonios, ahora depende de usted decidir si Dios existe o no. Pero no debemos ser irresponsables; nuestra actitud debe ser sobria, pues en breve todos tendremos que encontrarnos con Dios. Un día todos estaremos delante de él. Todo lo que se refiere a nosotros será expuesto. En aquel día todos conocerán a Dios. Pero hoy es el tiempo para que usted se prepare.

*(Tomado de O sentido da Vida.
Traducción desde el portugués).*

* * *

Una pobre idea de la eternidad

Recuerdo que hace unos años hablé a un gran grupo de creyentes en un país muy pobre. Intentando explicarles la verdadera esperanza de gloria – las genuinas riquezas espirituales que deberíamos estar procurando hoy– yo dije algo así: “Si poseer una casa bien grande, tres autos en el garaje y mucho dinero para gastar fuere el cielo, entonces los Estados Unidos son el cielo”. Quedé choqueado al ver que la audiencia entera asentía con la cabeza, concordando. Para ellas, según el evangelio que habían recibido, y en el cual creían, los Estados Unidos eran, si no el cielo, la cosa más cercana a él. Queridos hermanos, ese no es el verdadero mensaje del evangelio. Es apenas una pobre idea humana de lo que puede ser la eternidad.

David W. Dyer, en *De gloria en gloria*

Testimonio de Alice Yuan, una de las mujeres olvidadas de la Iglesia sufriente.

«Esto vino de mí»



Anneke Companjen

El hombre mayor, un poco curvado por los años, nos esperaba en una esquina de Pekín. Usaba una gorra de lana para protegerse del frío congelante. No fue difícil reconocerlo. Habíamos visto su retrato, habíamos oído su historia, habíamos orado por él durante años. Ahora, al fin, habíamos sido invitados para ir a su casa.

Después de un rápido saludo, él nos condujo a través de los coloridos puestos de frutas. Pasamos frente al puesto de policía, junto al templo Lama, a través de un pasaje sinuoso que llevaba a su «casa». No era más que un aposento usado como sala y dormitorio. La pequeña cocina parecía un anexo, probablemente construida después.

Alice, su esposa, nos saludó con un caluroso apretón de manos y una sonrisa radiante, apresurándose a ofrecernos una taza de té. Cuando nos sentamos en un pequeño sofá, yo apenas podía creer que

estaba allí. Era casi demasiado bueno para ser verdad. ¡Yo estaba conociendo a Alice Yuan en persona! Más aún, Johan y yo estábamos sentados en su casa.

Adoración con cristianos clandestinos en China

Personas de todo el mundo han visitado al pastor Alan Yuan y su esposa Alice, desde que China reabrió sus fronteras a los turistas. Durante años, los «entregadores» de Biblias siempre fueron bendecidos por las vidas de estos dos queridos ancianos, cuando visitaban su casa. La forma como ellos permanecieron fieles al Señor sirvió como un poderoso ejemplo para todos nosotros.

El pastor Alan, ahora de 84 años, nos entregó un testimonio escrito para nosotros y para otros visitantes que habían llegado. Había sólo una frase dedicada a su esposa Alice, pero valía más que muchos libros: «Durante mis 22 años de prisión,

mi esposa sufrió indecibles dificultades para criar los hijos».

Después de leer esas palabras, miré a Alice. Pequeña y curvada por la edad, Alice Yuan todavía era una mujer bonita, su rostro enmarcado por cariñosas sonrisas de bienvenida. Era difícil creer que ella fuese una mujer de la cual se debiese tener pena. Como muchos chinos que han sufrido por causa de su fe, su rostro parecía iluminado por una luz interior, que brillaba a través de sus ojos.

He oído hablar de las dificultades que esa valerosa mujer enfrenta y ahora deseo una oportunidad para sentarme con ella a conversar sobre sus experiencias. Pero estaba demasiado ocupada. Necesitaba ofrecer té, mandarinas y castañas tostadas a los visitantes. Y, como si eso fuera poco, traje también plátanos. A pesar de su pobreza, los Yuan eran muy hospitalarios.

Mientras observaba la sala, acompañando los movimientos atareados de Alice, mis pensamientos volvieron para Holanda por un momento. En aquel mismo día, la madre de Johan estaba celebrando su cumpleaños, y tenía la misma edad de Alice, 79 años. Pero, cuán diferente era su vida.

Pensando en la casa de reposo donde vive mi suegra, no pude dejar de comparar su vida con la de Alice Yuan. Desde el punto de vista físico, ciertamente era mucho más fácil vivir en la rica Holanda que en China. Pero, en cuanto a una vida plena, pienso que Alice llevaba ventaja. Pese a su edad, ella todavía pasaba noches en la delegación de policía con una cierta regularidad, porque aún eran importunados por las autoridades. Y las comodidades modernas estaban completamente ausentes de su pequeña residencia.

Pero Alice agradecía por el hecho de que ella y su marido todavía estaban sien-

do usados por el Señor. No tenía tiempo para aburrirse. Sus muchos visitantes y su vida ocupada también le impedían que prestase atención a todos los dolores que siempre acompañan la edad avanzada. La cariñosa sonrisa de su rostro me demostró que el Señor no queda endeudado con nadie. Él tiene sus propios medios de suplir aquello que le ofrecemos a él.

«Oímos hablar que las autoridades lo obligaron a cerrar su iglesia-casa», dijo Johan a Alan, «por eso no esperábamos poder visitarlo de la manera como lo estamos haciendo». «Sí, pero las personas continúan viniendo, por eso necesitamos dejarlas entrar», respondió el anciano, con una sonrisa maliciosa.

Di una mirada alrededor de la sala. Un cuadro de Billy Graham, bien visible, colgaba de la pared, cerca de una cortina, con la cita de Juan 14:6 escrita en caracteres chinos: «Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí». El aposento estaba escasamente amueblado. Una cama matrimonial, un pequeño comedor, un guardarrropa y un pequeño sofá, empotrado en la pared para ganar espacio. Muchas sillas plegables estaban puestas unas junto a otras. Cajas llenas de cintas cassettes y algunos libros estaban apilados encima del mueble de cocina.

Un flujo ininterrumpido de jóvenes inundaba todo el tiempo la casa de los Yuan. Cuando yo pensaba que la sala ya estaba abarrotada, aún llegaban más visitantes. «Tía» Alice continuaba trayendo sillas plegables. Muchas jóvenes se sentaban en la cama al lado de Johan. Sus rostros eran muy diferentes. Incluso parecía que habían venido de países diferentes. Algunas parecían chinas auténticas, otras nos recordaban a una tribu que habíamos conocido en Vietnam. Otras mostraban rasgos mongolos.

Yo había oído hablar que un gran número de personas acudían a los cultos en las iglesias que se reúnen en las casas, pero aquello iba más allá de mi imaginación. Si usted está sentado, debe quedarse donde está. No hay cómo salir, a no ser que los que están más cerca de la puerta dejen la sala. «Es bueno que ellos no tengan normas contra incendio aquí», pensé conmigo misma, «en caso contrario la mitad de estas personas no estaría aquí. ¡Y, si hubiese un incendio, no iríamos a ningún lugar!».

Pero todos esos pensamientos desaparecieron cuando comenzó la adoración. Lágrimas brotaron de mis ojos cuando recordé las incontables reuniones de oración a las cuales yo había asistido durante años. Una en particular, en 1971, en nuestro Colegio Bíblico. En esa época, todo lo que los misioneros visitantes de Hong Kong nos podían mostrar de China eran fotografías tomadas desde lo alto de un morro en los Territorios Nuevos. Las puertas de la República Popular China aún estaban cerradas. Todo lo que sabíamos era que había muchos cristianos allá adentro y que eran perseguidos. Por eso aquella noche oramos mucho por nuestros hermanos y hermanas.

Ahora, más de tres décadas después, yo estaba, de hecho, adorando al Señor con aquellos fieles cristianos chinos.

Un día el Señor le habló: «Esto vino de mí». Su voz inconfundible resonó en su corazón. Aquella palabra del Señor irrumpió con vida en el espíritu de Alice. Por fin, ella podía rendirse.

Di una mirada a Johan, y su rostro estaba radiante. No había otro lugar en el mundo donde él prefiriese estar. ¡Qué privilegio para nosotros encontrarnos con aquellos santos, Alice y Alan Yuan!

Alan había mantenido la fe en la prisión casi 22 años sin una Biblia y sin su familia. Incluso ahora, con esta gran reunión en su pequeño apartamento, Alan no parecía en absoluto preocupado por posibles consecuencias. Yo no dejaba de preocuparme por los policías que habíamos visto a sólo unas cuadras de allí.

En cuanto a Alice, yo sabía que valdría la pena esperar para conversar con ella. Cuando la noche fue cayendo, muchos de los jóvenes gentilmente pedían permiso y salían. No pasó mucho hasta que casi todos hubieron salido. El momento que yo había esperado finalmente había llegado. Alice Yuan ahora tenía tiempo para conversar conmigo.

Conducida por el fiel Pastor

«He orado durante años por usted. Tengo muchos deseos de oír sus experiencias», le dije. Alice asintió, sacudiendo la cabeza, y dio unas palmaditas afectuosas en mi mano. «Gracias por haber orado», dijo sonriendo.

Cuando ella comenzó a contar su historia, me di cuenta de que lo que iba a contar no era novedad para mí.

En abril de 1958, Alan, el marido de Alice, y varios otros pastores fueron detenidos y presos. «Usted no lo verá más», le informó fríamente un oficial comunista, cuando se llevaron a su marido. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón se enfermó con la súbita pérdida. El futuro se veía muy oscuro. ¿Cómo podría ella vivir sin el amor de su vida? ¿Para qué viviría sin su compañero de ministerio?

Alan y Alice habían servido con entu-

siasmo juntos al Señor, desde su casamiento en 1937. Primero, ellos fueron a trabajar al interior de la Provincia de Hebei. Los cultos evangelísticos que realizaban en diferentes aldeas se extendían a veces por tres o cuatro días. Juntos, los Yuan se habían recogido al ver muchas personas venir a Cristo durante las reuniones.

Los comunistas habían rodeado su región en 1945, y la tensión había aumentado. En ese tiempo, una carta de Pekín informaba que su madre, aún no convertida, estaba muy enferma. Él y su joven esposa regresaron a prisa para la ciudad, ya que Alan era hijo único. La respuesta a la oración fue maravillosa: creyeron en el Señor Jesucristo no sólo la madre, sino también la abuela.

Para esa época los comunistas habían destruido todas las ferrovías entre las grandes ciudades. Por eso, Alan y Alice tuvieron que quedarse en Pekín. Sin embargo, no permanecieron inactivos. Comenzaron a hacer reuniones al aire libre y no tardaron mucho en establecer una iglesia. Desde entonces, de veinte a cincuenta nuevos creyentes eran bautizados cada año.

Entonces vino la «Liberación», en 1949. Desde que los comunistas maoístas tomaron el control del país y establecieron la República Popular, no fueron permitidas más reuniones al aire libre. Los misioneros occidentales no fueron más recibidos. Las cosas empeoraron a medida que se imponían más y más limitaciones a los cristianos.

Junto a otros once predicadores de unas sesenta congregaciones de Pekín, Alan Yuan rehusó estar de acuerdo con una ley nueva e inaceptable, según la cual todas las iglesias deberían alinearse con el Movimiento Patriótico Triautónomo (MPT). El MPT era presidido por la Agencia de Asuntos Religiosos (AAR), que controlaba todas las actividades reli-

gias. Los pastores no querían permitir que sus iglesias se tornasen instrumentos del gobierno, dirigidas por el partido comunista ateo y por la AAR. Por eso, uno tras otro, ellos fueron detenidos y encarcelados.

Después que Alan fue encarcelado, Alice enfrentó sola una enorme prueba. Sin tener empleo ni ingreso alguno, debía cuidar de sí y de siete miembros de la familia: seis hijos y la suegra. Debido a que Alan era considerado un antirrevolucionario, ningún pariente, amigo o hermano en la fe se atrevía a visitarlo. Alice estaba sola. El futuro incierto y las inmensas obligaciones le parecían insostenibles. ¿Qué podría hacer?

«Fue difícil en el principio», dice Alice, moviendo la cabeza. «Yo sabía que mi marido estaba en prisión por el Señor, mas el peso sobre mis hombros era demasiado para mí. ‘Yo no puedo cargarlo, Señor’, oraba repetidas veces. Durante días terribles, Alice intentó luchar con Dios. Pero cuanto más lloraba y se lamentaba, más peso sentía en su corazón. Su futuro parecía como una nube negra e impenetrable. No había cómo atravesarla o rodearla.

Un día el Señor le habló: «Esto vino de mí». Su voz inconfundible resonó en su corazón. Aquella palabra del Señor irrumpió con vida en el espíritu de Alice. Por fin, ella podía rendirse.

«Si esto vino de ti, entonces yo me callo», oró. «Pero, tú tienes que mantenernos y protegernos. Y, por favor, no permitas que ninguno de nuestros familiares avergüence o insulte tu Nombre por causa de nuestra fragilidad». La carga de Alice se hizo liviana a medida que oraba así, mas su lucha estaba lejos de terminar.

Alan Yuan estuvo preso 21 años y ocho meses. Y para Alice, aquellos años estuvieron marcados por largas horas de arduo

trabajo físico, por agonizante soledad y por tiempos de grandes dudas e inseguridad.

Durante los años de separación de su marido, el Salmo 23 fue su fuente de aliento. Ella depositó la confianza de su vida en aquellos amados versos. De hecho, las promesas escritas en el Salmo 23 se convirtieron en su propia historia.

Una prueba de resistencia física

«Cuando me acuerdo de aquellas cosas», dice Alice, «pienso que Dios me dio cuatro pruebas por las cuales él quería que yo pasase.»

La primera fue de sobrevivencia física. El hijo menor de los Yuan tenía seis años de edad y el mayor diecisiete, cuando Alan fue detenido. Un día, la familia quedó completamente sin comida. Cansada y desanimada, Alice dobló sus rodillas antes de dormir. «Señor, si no nos envías algún alimento, todo lo que voy a tener mañana para alimentar a los niños será agua hervida. Y eso, Señor, no es suficiente para llenar sus barrigas».

Vino a su mente la promesa de Jesús, que se encuentra en Mateo 6:26. ¿No había prometido él alimentar a las aves del cielo? Después de eso, se fue a dormir confiada de que, de alguna forma, el Señor habría de proveer.

A la mañana siguiente, bien temprano, mientras se estaba preparando para enfrentar el nuevo día, alguien tocó la puerta. Afuera estaba una señora que Alice no había visto nunca. «¿Usted es la hermana Alice? ¿Y su esposo es el pastor Yuan?». «Sí», murmuró Alice, pensando en quién sería esa mujer y qué podría querer.

Pero, luego que ella respondió afirmativamente, la mujer agregó: «La he buscado desde hace algunos días, pero no he podido localizarla. Yo no sabía que usted se había mudado cuando su mari-

do fue trasladado. Finalmente, consulté su nueva dirección a las autoridades locales. ¡Mire, esto es para usted! Agradezca sólo al Señor».

«Pero, ¿quién es usted?», preguntó Alice, un tanto perpleja. «No puedo decirle», respondió la mujer, «todo lo que puedo decir es que el Espíritu Santo me dijo que viniera a verla». Dicho eso, se volvió rápidamente y se fue antes de que Alice pudiese interrumpirla.

Abrió ansiosamente la caja que la mujer había puesto en sus manos. Adentro había un gran paquete de arroz, un poco de carne, vegetales y un sobre con dinero por el valor de 50 RMB (seis dólares). Una suma enorme en aquellos días. Alice y su familia agradecieron a Dios, profundamente confiados de que Dios sabía cómo cuidar de ellos a pesar de la ausencia de Alan.

Seis meses después de que Alan fuera preso, Alice encontró un trabajo como contadora en una de las unidades de construcción del gobierno. Si ella trabajaba el mes entero, sin faltar un solo día, su salario mensual era de 24 RMB (tres dólares). Su renta no llegaba ni cerca de lo que necesitaba para cubrir los gastos de su familia. Pero, el Espíritu Santo continuó moviendo a los cristianos, hermanos y hermanas que nunca había visto antes, para proveer sus necesidades.

Muchas veces encontró sobres llenos de dinero frente a su puerta. Siempre que ella recibía un cheque, escribía una nota de agradecimiento para la persona cuyos datos estaban impresos en el cheque. Sus cartas siempre eran devueltas con la nota: «Persona desconocida en esa dirección».

Enfrentando pruebas políticas

«Mi segunda prueba», continuó Alice, «fue la presión política, y, tal vez, haya sido la más difícil».

En el trabajo, Alice soportó discriminación y humillación sin fin. Su unidad —en realidad toda la fuerza de trabajo allí— sabía que ella era de una familia «anti-revolucionaria». Sus colegas le despreciaban, tratándola de lo peor. Ella no era invitada para participar de ninguna actividad social ni podía expresar su opinión en las reuniones de los trabajadores. Y mientras otros recibían varios beneficios, reconocimientos y premios, Alice siempre era ubicada junto a ellos, frente a los demás, sólo para ser intencionalmente ignorada.

Se sintió muy herida y humillada la primera vez que eso sucedió. Pero entonces, inesperadamente, una vez más oyó la voz del Señor: «Yo voy a escribir tu nombre en el Libro de la Vida y voy a recompensarte en el cielo». Alice sintió una cálida sensación de bienestar. Una recompensa celestial era una promesa maravillosa. Pero, por encima de todo, le había sido dicha porque el Señor la amaba. Y ese amor era lo que más necesitaba.

Lamentablemente, Alice no fue la única en perder los derechos y privilegios: sus hijos sufrieron también. Y, como muchas madres lo habrán experimentado, eso fue lo peor de todo. «Eso era más duro de soportar que mi propio dolor».

Cuando uno de sus hijos tuvo edad suficiente para trabajar, fue contratado por una fábrica local. Esa empresa daba todos los años una compensación especial a sus trabajadores, por ser una de las mejores de la región. Pero, debido a la situación de su padre, el hijo nunca recibió ningún reconocimiento. Tal como Alice, él era postergado.

Otro hijo, después de terminar la secundaria, no consiguió empleo en Pekín. Todos sus compañeros de estudio fueron designados por el gobierno para diferen-

tes unidades de trabajo dentro de la ciudad, pero él no. Al contrario, fue enviado a trabajar en la Provincia de Ning Xiah, en una región lejana. Eso, de nuevo, porque su padre era considerado «antirrevolucionario».

Sin embargo, sus hijos habían trabajado de manera esforzada, diligente y fiel. «¡No es justo!», reclamó ella al Señor varias veces, al verlos heridos y rechazados. Y, varias veces, el Señor le recordó los sufrimientos de su único Hijo.

Alice era presionada por todos lados. Pero, cuanto más presionada era, más gracia parecía recibir. Fue obligada a soportar la injuria de uno de los más conocidos grupos políticos de «autocrítica». Durante seis meses, los inquisidores querían que ella renunciase a la fe y se divorciase del marido.

«¡Usted sabe que él nunca va a volver!», le decían todo el tiempo. «¿Se da cuenta que él fue condenado a *cadena perpetua*?». «Sí, lo entiendo», respondía ella educadamente. «Pero yo no puedo y no me voy a divorciar de él».

Eso enfurecía al grupo, que también la acusaba de corrupción. «Nosotros no entendemos cómo usted puede alimentar a su familia de ocho personas con el poco dinero que gana. ¡Claro que debe estar ocultándonos algo!». El grupo intentaba intimidar a Alice al acusarla así, pero ella permanecía firme.

«Y el Señor me fortaleció», dice ella, «con las palabras de Proverbios 24:10: «Si eres débil en día de angustia, tu fuerza es limitada». (Biblia de las Américas). Además de eso, nadie podía encontrar ninguna prueba de sus acusaciones contra mí».

La crítica pública, los análisis y juicios continuaron durante años. Alice nunca vio un rostro sonriente. Todos estaban decididos a liquidarla. Y otros fueron, de

hecho, liquidados. Un hombre, que la conocía, fue puesto en un hospital para enfermos mentales debido a la presión insostenible que sus perseguidores ejercían sobre él. Ella sólo podía agradecer al Señor por darle la fuerza para resistir.

Fuerza para resistir la prueba

«Mi tercera prueba», continuó Alice, «fue la carga más pesada que tuve que cargar. En el principio, fui a trabajar a una empresa de la construcción, como contadora. Después de tres días en el empleo, el jefe confió tanto en mí, que me dio la responsabilidad sobre todo el movimiento de caja y de la contabilidad. El Señor me dio sabiduría para hacer ese trabajo durante ocho años». Entonces comenzó la Revolución Cultural de 1966. Las esquinas se llenaron de jóvenes revolucionarios, verificando listas que contenían nombres de personas que pertenecían a familias «antirrevolucionarias». Aquellos jóvenes, comunistas entusiastas, exigían que cualquiera que pudiera ser aun remotamente cuestionable fuese removido de su empleo y obligado a trabajar en el campo.

Era una época de gran terror y derramamiento de sangre. Las familias eran separadas y el miedo imperaba en el país. Alice no estaba inmune a las terribles aprensiones que acometía a todos en aquellos días de anarquía. Ella quedó sorprendida cuando su supervisor le dijo que debería ser transferida a una fábrica de ladrillos para hacer trabajo manual.

Nunca había hecho trabajo pesado en su vida y, en su debilidad física, tenía que confiar en la fuerza del Señor. El primer día, se le ordenó que llenase y vaciase 150 ladrillos de un carrito de mano, que debía empujar de un lugar a otro de la fábrica. Ella disponía de sólo 15 minutos por viaje y todos los días tenía que cum-

plir su tarea. Desesperada y afligida, ella sólo podía orar. Y, de alguna manera, ella concluía la tarea de cada día.

Durante los días de enero y febrero, los meses más fríos del año, Alice y sus compañeros de trabajo fueron enviados a la construcción de una piscina al lado de un río congelado. Tenían que transportar pesados materiales de construcción, atravesando con sus carritos el lecho del río congelado. El viento era de un frío penetrante y el dolor de las manos y los pies era aun más agobiante que el cansancio de los miembros. Apenas se podía mover.

Algunos no cristianos dejaban caer sus carritos, se sentaban en la superficie del río congelado y lloraban. Muchos de los trabajadores no lograban cumplir con la cuota. Pero, la pequeña Alice recibía tanta fuerza del Señor, que conseguía, no solamente completar su meta, sino excederla. Muchos de sus colegas y líderes quedaban atónitos. «¿Dónde consigue ella su energía?», se preguntaban unos a otros.

Sólo Alice sabía.

Votos de casamiento puestos a prueba

La última prueba de Alice fue la tentación de volver a casarse. Ella sufrió contra la deprimente soledad. Sentía una añoranza terrible del cálido abrazo y de las palabras alentadoras de su amado esposo. Tenía sólo treinta años cuando él fue llevado. Y ella casi no se atrevía a soñar con su regreso, temiendo que ese día nunca llegase.

Fue entonces que la tentación entró en escena. Viendo su interminable tristeza, las personas procuraban presentarle posibles enamorados.

Alice no estaba sólo inconsolablemente sola, sino que además estaba en seria desventaja debido al estigma

antirrevolucionario de su familia. Ella sabía muy bien que la única forma de remover ese estigma sería divorciarse de Alan y casarse con otra persona. Un hombre muy bueno le ofreció su amor y su apoyo. Debíó luchar, tanto espiritual como emocionalmente, para no dejarse influir por su amable propuesta. En otras ocasiones, siendo ella bonita y elegante, recibió ofrecimientos de ropa, de dinero y de toda clase de presentes de pretendientes interesados.

Un caballero llegó a preparar los documentos de divorcio, diciéndole que todo lo que tenía que hacer era avisarle. «Cuando usted esté libre de él, puede mudarse a un departamento mejor. Usted va a tener una vida mejor y sus hijos no van a tener que preocuparse más por la comida», le dijo con una amable sonrisa.

Viéndola hoy tan contenta con su marido, estas historias no parecen especialmente significativas. Pero, para ella, en aquella época, la tentación fue fuerte. Casi todos le decían que Alan no regresaría. A veces, ella era tentada a creer en ellos. Aun así, a pesar del alivio que un divorcio pudiera traerle, rehusaba firmar los documentos.

«Vencí la tentación por la confianza en el Señor», dijo ella, reflejando ligeramente en su rostro el dolor que había sufrido. «Cuando me casé, hice un voto y un pacto delante del Señor, que tanto en la salud como en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, yo acompañaría a mi marido hasta ver a nuestro Señor».

Y así, a uno tras otro de sus pretendientes, les decía que estaba casada con Alan y quedaría casada con él hasta el

día de su liberación o hasta que supiese con seguridad que él había muerto.

Una oración por el futuro

Pero Alan Yuan no murió. Después de 21 años y ocho meses, volvió a su esposa amorosa. Y el reencuentro, para ambos, fue nada menos que un milagro.

«Cuando él volvió a nuestra casa, los hijos ya eran todos adultos y tenían sus propias familias», dice ella con una sonrisa. «Por tanto, él era sólo mío».

Orgullosamente, Alice me mostró el más reciente retrato de familia, sacado en el sexagésimo aniversario de matrimonio. Seis hijos y diez nietos rodeaban a la sonriente y anciana pareja.

«Alice, ¿todos ellos siguen al Señor?», pregunté. «Algunos más que otros», respondió ella encogiendo los hombros con una sonrisa triste. «No es diferente de nuestras familias del mundo libre», pensé con una cierta ironía.

Finalmente, mi marido y yo teníamos una pregunta final que hacerle: «¿Cómo podemos orar por ustedes?». La respuesta de los Yuan no nos sorprendió. No fue una petición por salud física o bienes materiales. No fue una solicitud por seguridad y protección contra las autoridades, a pesar de que Alan y Alice continuaban enfrentando fuerte oposición del gobierno chino. No, después de una vida de servicio al Señor, Alice y Yuan pidieron oración por la carga más importante de sus corazones: «Por favor, oren para que más personas en nuestro país vengan a Cristo. Eso es mucho más importante, ustedes saben, ¡porque Jesús vendrá en breve!».

*Adaptado del libro «Lágrimas e sonrisas»
(Traducción del portugués)*

Respuestas correctas a «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1B, 2C, 3A, 4D, 5A, 6D, 7D, 8B, 9C, 10C, 11B, 12A, 13A, 14D, 15B, 16B, 17C, 18A, 19D, 20C, 21A.

CALIFICACIÓN: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.

CARTAS

Gracias

Mucho les agradezco por la revista. Aprecio y valoro mucho, y doy gracias a Dios por permitirme acceder al conocimiento que Dios en su gracia les reveló por su Espíritu a sus siervos. Me siento honrado al poder compartir con ustedes a través de las páginas de Aguas Vivas.

*Roberto Chávez
Coronel Oviedo, Paraguay.*

Watchman Nee

Quiero agradecerles profundamente por lo que hacen por los siervos del Señor. En esta semana hemos comenzado a estudiar aquí los escritos de nuestro hermano Watchman Nee. Es una gran bendición. Agradezco a Dios porque hay ministerios en la tierra como el suyo que nos dan el alimento espiritual que necesitamos. Muchas gracias por todo, por su amor a los siervos del Señor y por su ayuda al crecimiento del Cuerpo de Cristo.

*Christiam Arriola Manrique
Goiania, Brasil.*

Edificación

Los saludo con la paz de Cristo deseando muchas bendiciones para su vida y ministerio tan precioso que el Señor ha puesto en sus manos para bendición de todo el pueblo de Dios. Aguas Vivas es una poderosa herramienta para el pueblo cristiano. Ustedes son un ministerio de mucha edificación para mi vida espiritual y también para la iglesia en general. Cada día visito la página para leer toda esa riqueza de revelación y sabiduría que ustedes comparten. Los animo a que sigan adelante sabiendo que hay recompensa para vuestra obra.

Williams Alvarado, Guatemala.

Canciones

Mi esposo y yo estamos felices por este sitio que acabamos de descubrir. ¡Qué hermoso! Nos encantan las canciones que podemos escuchar y bajar. Realmente aman a Dios, porque la mayoría de los sitios venden todo: libros y música cristiana. Así se evangeliza al mundo, con amor y desinterés.

Hilda y Samuel Villafaña, Argentina.

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 7 - Nº 40 - Julio - Agosto 2006

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda.

Además en esta edición: Stephen Kaung, Ricardo Bravo, Rodrigo Abarca, Rubén Chacón.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución: Jorge Geisse Dumont.

Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: aguasvivas.cl@gmail.com

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission
P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.
Email: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639
C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.
Email: sammyglez@yahoo.com